MARTA LOBO



De alguna otra vida

Primera edición: Vitoria-Gasteiz, 07 de mayo de 2026
©2026, Marta Lobo
ISBN: 9798276525464
All rights reserved

Diseño de portada, contraportada y maquetación: Marta Lobo
Corrección: Rachel RP

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

De alguna otra vida

Marta Lobo

Si no te quieres perder ninguno de mis lanzamientos, puedes seguirme en Amazon y así te avisarán de cada libro que publique.

Mil gracias por darle una oportunidad a este.
Disfrútalo.

Sígueme **aquí** para ser la primera en enterarte.

Para las mujeres que no encajaron,
que ocuparon demasiado espacio
o se hicieron pequeñas para sobrevivir.
Para las que aprendieron, con los años,
que no estaban fuera de lugar:
porque el lugar aún no existía.

«Si quieres amor, aquí lo tienes.
Esto es la vida real.
No es perfecta, pero es real».
Antes de la medianoche

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia se desarrolla en Labastida, Álava, un lugar real al que tengo un cariño especial. Sus calles, su luz y su carácter están ahí.

Sin embargo, algunas localizaciones, espacios y detalles han sido modificados o recreados por necesidades narrativas. He movido plazas, cambiado rincones y transformado escenarios para que la historia pudiera respirar mejor.

Si paseas por el pueblo quizá reconozcas algo o tal vez no.

Las edades que aparecen al inicio de algunos capítulos corresponden a la edad que tienen los narradores en ese momento de la historia.

La trama y los personajes pertenecen a la ficción.

PRÓLOGO

Greta

Observo a mis hijos correr descalzos por el jardín tratando de esquivar los disparos de la pistola de agua que mi hermana tiene entre sus manos y sus carcajadas tras no conseguirlo, me hacen volver a mis veranos en esta casa, a las noches durmiendo bajo las estrellas, a sus brazos rodeándome y al calor de un hogar que dejé atrás hace mucho tiempo.

—Y te casaste con él.

—Y me casé con él.

—¿Te arrepientes?

—¿De casarme?

—No, de haberle elegido a él.

—La vida a veces no es tan sencilla como nos gustaría.

—*A veces* solo hay que ser valiente, Greta.

—Podría haberme marchado. Podría haber elegido ser feliz, joder. Pero me quedé por ellos. Porque sus vidas eran más importantes que la mía. Porque su felicidad valía más que la mía. Y no es un acto heroico, ni bonito, ni digno de aplauso. Es un sacrificio que todavía me ardía en el pecho cada mañana cuando abría los ojos y entonces, un día, me di cuenta de que seguía encerrada en una vida que elegí por ellos y no por mí. Los elegí a ellos por encima de todo. Y lo volvería a hacer mil veces —digo casi sin respirar mirándolos mientras sonríen después de bastante tiempo.

—Incluso por encima de ti.

—Incluso por encima de mí, Marcos.

—Te olvidaste de lo más importante.

—¿De ti?

Siento cómo sus ojos recorren mi cara, sin parpadear, sin perderse ninguno de mis gestos. Es como si supiese que cuando termine este verano y con él la boda, volveré a mi vida en una ciudad muy lejos de aquí.

—No, de ti. Te fuiste encerrando poco a poco en el papel de madre, de cuidadora, y dejaste de lado a la Greta que cantaba las canciones sin saberse la letra, la que cogía el coche para cazar amaneceres y la que soñaba con que algún día esta casa albergaría un hogar de nuevo.

Levanta los brazos como si quisiera abarcar todo lo que dice y el silencio que se instala entre nosotros durante un par de minutos pesa más que todas las decisiones que he tomado.

—La vida no es tan fácil ni bonita como nos vendieron siempre —rompo el silencio—. El día a día nos come, la maternidad es tan terrorífica como maravillosa, pero no podía hacerle eso a mis hijos.

—¿El qué, Greta? —los señala mientras cuestiona cada una de mis palabras—. ¿Darles un hogar donde no han dejado de sonreír desde que llegaron? ¿Un lugar seguro en este mundo de mierda en el que su padre los ha abandonado, os ha abandonado, por una *influencer* de veinte años?

—Vete a la mierda, Marcos. —Me levanto enfadada por el cariz que está tomando esta charla, pero cuando siento el calor de su piel sobre la mía al sujetarme del brazo y tirar de mí para pegarme a él, siento que podría tomar otra decisión nada buena.

—Dímelo, Greta. Dime que no serías feliz aquí en el pueblo en esta casa, con tus padres, con tus hijos… —Abre unos segundos los labios y parece que las palabras se le atascan en la garganta—. Conmigo —termina por decir con voz temblorosa—. Dímelo y dejaré de insistir en que te mereces el mundo y ese imbécil no ha sido capaz de ver lo importante que eres.

Siento su aliento rebotando en mi boca y me mareo por la cercanía, por lo que me tengo que aferrar a sus hombros, unos musculados por las horas que pasa tallando madera, en los viñedos y arreglando los jardines.

—Marcos, no puedo. —Me mareo por el sentimiento que está a punto de ahogarme.

—¿No puedes o no quieres ser valiente?

Abro la boca para tomar aire y antes de darle una respuesta escuchamos un grito que proviene del interior de la casa que nos asusta. Ambos echamos a correr dejando esa pregunta atrás, como otras mil veces hemos hecho en nuestra vida.

1. DEVIL CAME TO ME

Greta

Dos Meses Antes

Nos han vendido una vida en la que si luchábamos por lo que queríamos, sería nuestro. Que con esfuerzo y tesón conseguiríamos el puesto de trabajo de nuestros sueños, la casa de nuestros sueños, la vida de nuestros sueños, el hogar de nuestros sueños…

Que también te digo que lo que sueñas con quince años no es lo mismo que deseas con veinticinco ni con treinta. Sobre todo si te has casado joven, has tenido hijos nada más hacerlo y tu marido te lleva poniendo los cuernos casi más años de los que lleváis juntos y tú, que entre la maternidad, el trabajo, la casa, los niños, las extraescolares y la maldita carga mental, estabas tan saturada que ni te habías dado cuenta.

O puede que sí te hubieses dado cuenta y no tuvieses ánimos ni ganas para lidiar con algo más.

Así que el único esfuerzo que ahora mismo podría tener su recompensa es conseguir meter todas las maletas y bolsas en el coche para largarme con mis hijos todo el verano a mi pueblo, uno que no pisamos desde hace demasiado, para asistir a la boda de mi hermana.

—Mamá, ¿has cogido los cargadores? —Mi hija lo grita desde el interior del coche mientras intenta poner alguna canción en el móvil.

—Si los has metido en tu maleta, sí. Si no, es muy posible que haya ido a la caja de donar que recogerán en unas horas en el portal.

Al decirlo miro el edificio que durante más de veinte años ha sido mi casa. Llamarlo hogar sería una forma demasiado fea de empañar esa palabra que se supone que debe ser refugio y lugar seguro. Siento cómo se me eriza la piel al pensar en cada recuerdo bonito que hemos vivido en ese piso de una de las mejores zonas de Madrid.

La llegada al mundo de Álvaro, hace más de diecinueve años, y cómo Victoria lo siguió un año después, trayendo una luz a mi vida que ni siquiera sabía que iba a necesitar.

Nuestras largas charlas de madrugada, cuando ninguno de los dos decía nada y, aun así, era la única forma en que conseguía calmarlos cuando lloraban.

Las horas que pasábamos en la alfombra haciendo manualidades y que al padre de mis hijos tanta rabia le daba que manchásemos con purpurina o restos de papel cortado.

El marco de la puerta de la habitación de los niños marcado con lápiz, con todas las fechas de sus cumpleaños para ver cómo iban creciendo.

La pequeña puerta de madera para el Ratoncito Pérez que mi padre nos mandó cuando a Álvaro se le movió su primer diente.

Siento que se ladean mis labios al recordarlo todo, pero pronto se me quita la sonrisa al ver al padre de mis hijos mirando por la ventana de su casa. Ya me ha dejado claro que esta no es *nuestra* casa y que solo somos los errores más grandes de su vida. Aun así, no ha dudado en chantajearme hace unos minutos con que si se me ocurría poner un pie fuera del piso jamás nos dejaría volver a entrar.

—Mamá.

La voz de Álvaro me hace no derramar las lágrimas que estaban a punto de salir sin control por la rabia.

—Dime. —Lo miro con la sonrisa que tantos años he ensayado ante el espejo.

—No es que tenga ganas de llegar a un pueblo sin cobertura y sin amigos, pero si no nos vamos te juro que voy a abandonar a Victoria en la primera gasolinera en la que pares a repostar. ¿Quieres dejar de poner tan solo diez segundos de cada canción? —Esta queja se la lanza a su hermana.

—Haber sido más rápido y haber elegido ser copiloto. —Mi hija sonríe y cambia de nuevo la canción sin dejar de mirar a su hermano a los ojos levantando una ceja.

—¿Me aseguras que tengo una habitación en la casa para mí solo? Porque si no es así te juro que voy a esconderte tu *Kindle* y no tendrás un mísero libro que leerte.

Respiro hondo mientras aprieto un poco más las bolsas para cerrar el maletero del coche de alquiler que nos llevará a Labastida, mi pequeño pueblo de la Rioja Alavesa en el que mi familia no nos espera.

Mientras mis hijos siguen peleándose me centro en la carretera, en las salidas que hace años que no tomo y en cómo el tráfico, el estrés, la contaminación y el ruido de Madrid van quedando lejos kilómetro tras kilómetro.

Pero esa paz que al principio me da la distancia a la ciudad que dejo atrás, se ve empañada poco a poco por lo que me voy a encontrar al llegar al pueblo.

La familia.

Los vecinos.

Los amigos a los que hace años que no veo.

La culpa por apartar a mis hijos de un verano con sus amigos en la playa.

Porque por lo visto cuando tú te separas de tu marido, te separas también de los que pensabas que eran tus amigos y ya no te invitan a las fiestas que organizan, a las salidas a la playa en verano ni a las cenas en las que antes podías ser tú misma.

Aunque me estoy dando cuenta de que tal vez jamás haya sido yo misma con ese círculo de gente.

Pero en el asiento de al lado y en el trasero llevo a dos semiadultos a los que su madre les ha jodido el verano en Calpe con sus amigos de toda la vida y se los lleva a un pueblo entre montañas, viñedos y, según ellos, *poco que hacer más que morirse del aburrimiento contando ovejas*.

Lo que me temo es que ninguno sabemos hasta qué punto nos puede cambiar este verano.

2. LA LUNA ME SABE A POCO

Greta

Vale, de acuerdo. Salir en pleno julio hacia el pueblo que me crio y me vio crecer, no ha sido buena idea. Muestra de ello es el atasco de más de dos horas en el que mis hijos no han parado de repetir una y otra y otra vez que deberíamos estar en la playa y no detrás de varios camiones parados en medio de una carretera a ninguna parte… Lo sibaritas que se han vuelto en estos años en los que su padre se los llevaba de vacaciones mientras yo seguía trabajando en la editorial a destajo.

Bueno, que ese es otro tema.

Esta es la primera vez que tengo vacaciones de verdad desde hace muchos años. Y más que unas semanas de ocio remunerado debería llamarlas semanas de… ¿ocio forzoso tras una demanda de plagio por parte de una editorial extranjera en el que me han utilizado de chivo expiatorio? Algo así.

—Yo debería estar en la playa con Catalina y Carmen, viendo como los chicos entrenan para el campeonato. —Mi hija me saca de mis pensamientos.

—Y yo con Alonso, Pedro y Lucas cogiendo olas en la moto de agua de papá.

Mis pensamientos intrusivos me hacen morderme la lengua para no decirles a mis hijos que yo ahora estaría en mi despacho firmando contratos o con las que ya no son mis amigas en algún restaurante de moda bebiendo vino.

—Chicos, sé que es complicado tener que cambiar de casa este verano y llegar a un pueblo en el que no conocéis a nadie, pero somos una familia, una que se apoya en los malos momentos y será jodido, lo sé.

—Mamá. —Vic me recrimina soltar un taco con una medio sonrisa en su cara.

—Es verdad. Estamos jodidos. —Álvaro me mira a través del retrovisor.

—No lo estamos. —Ni yo misma me creo esta mentira y nunca ha sido una opción no decirles la verdad a mis hijos—. Vale, tal vez estemos un poco jodidos, pero estamos juntos y saldremos de esta. ¿Os acordáis de las veces que hacíamos acampada en la terraza y no podíamos ver las estrellas porque el cielo de Madrid tenía demasiada contaminación lumínica?

—Siempre nos decías que en casa de los abuelos eso se podía hacer en el jardín cada noche. —Vic suelta el aire por la nariz al terminar de hablar—. Mamá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

Sujeta sus manos y sé que está sopesando lo que quiere decir antes de hacerlo.

—¿Tendremos dónde volver cuando acabe el verano?

—Siempre tendremos un hogar al que volver mientras estemos los tres juntos, chicos.

Necesito que lo sepan y hacérselo creer porque tras quedarse mi ex con la casa y con demasiadas cosas, no pienso permitirle que arrebate a mis hijos la totalidad de su vida.

La carretera se despeja y la conversación se queda ahí.

Los observo de reojo durante los kilómetros que nos separan del pueblo y sé que debemos retomar la charla más adelante, pero por ahora decido darles tiempo y espacio para empezar a asumir todo lo que nos está ocurriendo.

El paisaje de los viñedos, la sierra de Toloño a la izquierda y el cartel que me avisa que tan solo queda un kilómetro hasta Labastida hace que se me revuelva el estómago, obligándome a frenar y poner los

intermitentes al apartarme de la carretera en una pequeña entrada de tierra.

Me obligo a volver a respirar porque creo que no lo hago desde hace varios kilómetros. Los latidos de mi corazón son cada vez más fuertes y el sudor frío de mi frente augura un ataque de ansiedad. Por lo que me bajo del coche mientras mis hijos me miran sin comprender qué pasa, pero no dicen nada, solo siento sus miradas puestas en mí.

La cabeza me da vueltas y apoyo mis manos en el coche tratando de que el suelo deje de moverse.

No sé si pasan segundos o minutos, pero escucho cómo un coche para justo detrás de nosotros y unas luces azules aparecen brillantes cuando parpadeo.

—Señora, ¿se encuentra bien? —Una voz grave y que destila autoridad lo dice sin inmutarse.

Vuelta a la realidad y de muy mala leche.

—¿Señora? —Es lo que llego a decir antes de abrir por completo los ojos.

—¿Greta Samaniego?

Esa voz, esa forma de decir mi nombre y mi apellido me transporta al 2002, a las fiestas de un pueblo cercano, a la verbena en la que sonaba Marea a todo volumen con su *La luna me sabe a poco*. La cantaba sin saberme la letra y él se metía conmigo cada vez que lo hacía.

A la última vez que pisé este pueblo.

—Eneko Zuñiga.

Respondo sin mirarlo porque solo él es capaz de hacerme sentir de nuevo como una quinceañera con ganas de comerme el mundo.

—No me lo puedo creer. ¿Qué trae a la chica de Madrid al pueblo de nuevo?

No puedo responderle porque me da un abrazo y siento que todo lo malo que está sucediendo en mi vida desaparece por unos segundos.

—¿No puede una chica volver al pueblo sin motivos? —Me aparto de él mostrándole mi mejor cara de póker, pero me conoce desde hace tantos años que sabe que es un farol de los grandes.

—Van a flipar en cuanto te vean. —Pasa sus manos por mis brazos abarcándolos sin problemas.

—El traje de Ertzaintza no te queda nada mal. —Trato de desviar el tema.

—Uno hace lo que puede. —Aprieta los brazos y sus músculos se topan con la tela de las mangas, dejando ver algunos tatuajes—. ¿Saben que vienes? —Sé que no se refiere a mi familia.

—Necesito tiempo para aterrizar, por lo que no, no saben que vuelvo.

Suelta un silbido y sé que debajo de las gafas de sol sus ojos sonríen.

—Más de uno se va a llevar una sorpresa y…

—Mamá. —Álvaro no deja que Eneko termine la frase—. ¿Va todo bien?

Eneko se baja las gafas de sol, me mira por encima de ellas y ladea la cabeza observando el interior del coche.

—Álvaro, Vic, este es Eneko, un amigo.

—Hola, chicos. —Eneko parece sorprendido—. Joder, tu hija es como tú con dieciocho años.

—Sí, pero solo tiene diecisiete.

—Mamá… —Vic me lo recrimina con un pequeño grito.

—Eneko, aviso de la central. —Su compañero se acerca a nosotros y nos observa un par de segundos—. Si aquí has terminado, debemos irnos.

—Claro. —Eneko espera a que su compañero se aleje para volver a abrazarme—. Hemos quedado a las siete en el bar de la plaza.

—¿Como siempre? —No quiero que la pregunta suene decepcionada, pero lo hace.

—Hay cosas que si funcionan es mejor no cambiarlas. —Me da otro abrazo y camina hacia el coche patrulla, pero antes de montarse vuelve a mirarme—. Pásate.

Sonrío sin responder y vuelvo al coche con la mirada de mis hijos fija en mí.

—¿Ese tío bueno es tu amigo? —Vic lo dice mientras saluda por mi ventanilla al coche que se aleja de nosotros.

—Es uno de mis mejores amigos.

—¿Fue tu novio del pueblo? Ese al que tanto odia papá.

Sé que la pregunta de Álvaro no tiene mala intención, pero al escucharla me tiembla el cuerpo.

—Vuestro padre no odia a Eneko, es más, casi no lo conoce.

Vuelvo a la carretera para cruzar el pueblo y llegar a la casa de mis padres, una finca en las afueras.

—Si es tu mejor amigo, ¿cómo es posible que casi no lo conozca? —Vic espera una respuesta que no llega, pero que resuena fuerte y clara en mi cabeza.

Porque fui estúpida y rompí lazos con mi pasado cuando dejé de venir al pueblo porque él me lo pidió.

Porque he sido imbécil tantos años que perdí el anclaje a la realidad que tenía en este pueblo.

Porque he sido rematadamente tonta por permitírselo y no luchar por no perder toda mi esencia. Por dejar de ser Greta Samaniego y convertirme en la señora de Manuel Aguilar Osoria en demasiados aspectos de mi vida.

Por eso es tan complicado volver y darme de bruces con mi pasado. Este aparece en forma de camioneta cortando el paso en la entrada de la finca.

Delante de ella aparece él.

Mi pasado.

El que tanto odia mi ex.

Por él es tan complicado volver.

VERANO 1997 (15 AÑOS)

Greta

El crepitar de las maderas al contacto con el fuego y los cambios de tonalidades de las llamas me hacen quedarme absorta en este espectáculo, mientras la gente salta por encima de la hoguera de San Juan situada en uno de los barrios de Vitoria. Este año hemos convencido a nuestros padres para que nos dejasen venir y nos quedan unas tres horas hasta que varios coches vengan a buscarnos.

Mis amigos están sentados en el jardín con varias bolsas llenas de *kalimotxo* y *pika*. Ellos no creen demasiado en la magia de esta noche y no han querido acercarse a la hoguera, pero me miran sabiendo que me muero de vergüenza por acercarme a tirar el papel que llevo apretando tanto tiempo en la mano. Al observarlo compruebo que está algo mojado por mi sudor y la tinta lo ha traspasado manchándome la piel.

—Si sigues así el papel se va a desintegrar antes de llegar a la hoguera.

A mi lado aparece Eneko con una botella de agua llena de *kalimotxo*. Niego con la cabeza pero vuelve a ofrecérmela.

—Este es el bueno. Es el vino de mi padre.

Sonrío y le doy un trago saboreando el dulzor del vino mientras las burbujas de la Coca-Cola me hacen cosquillas en la boca. Le devuelvo la botella y Eneko pasa su brazo por encima de mis hombros.

—¿Tú crees que los sueños se cumplen? —pregunta antes de darle un trago.

—Si trabajas por ellos, dicen que sí. —Ladeo la cabeza para observarlo. Lleva unas semanas un tanto raro.

—¿No estás cansada de que todo el mundo te pregunte qué quieres ser de mayor? De tener siempre que elegir un camino. ¿Ciencias? ¿Letras? ¿Artes? —Vuelve a beber—. A mi padre le daría un mal si elijo Artes. Tú lo tienes fácil: vas a terminar siendo la jefa en alguna editorial y tendrás la nariz metida en libros que tanto adoras. Pero ¿yo? Acabaré trabajando en la empresa familiar.

—Es lo que llevas haciendo años, Eneko.

—Pero no quiero dedicarme a los viñedos. Me encanta ayudar a mi familia, pero quiero poder elegir mi propia vida.

—Eneko, si a tu padre le dices que quieres ser policía, no va a poner el grito en el cielo. —Miro a nuestros amigos que ríen en el jardín de algún chiste malo de Marcos—. Puede que a Unai o a Kerman les sorprenda, pero es tu vida y tus padres te apoyarán en todo.

—Esta noche vamos a beber, a bailar, a quemar lo malo, a pedir deseos y todo eso que haces cada noche de San Juan, Greta. —Me besa en la cabeza y me da un pequeño empujón para que lance a la hoguera el papel casi desintegrado—. Esta noche seamos salvajes.

Lo de *salvajes* se nos va de las manos.

Yo bebo más de lo que debería mientras Eneko baila a mi lado cada canción de la verbena y mis ojos se desvían más veces de la cuenta hacia Marcos y Ainara que se besan cada cinco segundos.

Los de Eneko se posan en un grupo de chicos que nos llevan molestando un buen rato con empujones, insultos en euskera y varias lindezas hechas con sus dedos corazón.

—Déjalo, tío. —Koldo apoya las manos en el pecho de Eneko—. No merece la pena.

—Mira, si son maricones.

Uno de los chicos del grupo de al lado lo grita tan alto que varias personas se vuelven hacia nosotros y empieza lo que ninguno esperaba.

—Los maricones no deberían salir de su pueblo.

—Que te den por culo. —Koldo es el que contesta enfurecido.

—Seguro que te gustaría. —Todos se unen a la provocación.

—Imbéciles. —Eneko se pone al lado de Koldo.

—¿Eres tú el que da o el que muerde almohada?

Lo que antes era un grupo de tres o cuatro idiotas, se ha convertido en más de diez personas rodeándonos e insultándonos por el mero hecho de estar en una plaza bailando.

Y yo, que con la botella de *kalimotxo* que llevo encima, las cinco caladas que le he dado a uno de los cigarros de Sara y el hecho de no haber cenado nada, pues el salvajismo se me activa.

—Lo que os pasa es que os pensáis que por hablar en euskera no os entendemos, pero nos lleváis tocando las narices más de una hora. Primero en el parque, luego en la hoguera y ahora aquí. Sois ese tipo de tíos insulsos y patéticos que solo buscan pelea para sentirse más hombres. —Lo digo casi sin respirar—. Y, claro, creéis que con esos pantalones petados, las botas militares o el corte de pelo de dudosa elección nos vais a asustar.

—Seguro que esa es la bollera del grupo. —Otro de los tíos empieza a meterse conmigo.

—Prefiero estar con una tía antes que liarme con un tío como tú. —Doy un par de pasos para enfrentarme a él.

—Zorra. —Se pega a mí.

—¿En qué quedamos? ¿Bollera o zorra? Es para saber si soltarte dos hostias a lo bollo o arañarte la cara como una zorra.

Antes de que me lleve un puñetazo, Marcos me coge de la cintura y me saca de la plaza ante la atenta mirada de Ainara.

—Tu novia se está cabreando. —La señalo mientras trata de salir de la multitud.

—No es mi novia.

—Pues la besas como si lo fuera.

—Podría besarte a ti. —Pone una de sus manos por encima de mi hombro apoyado en la pared.

—No soy segundo plato, Marcos. Ni para ti ni para nadie.

Trato de salir pero me atrapa con su otro brazo.

—Eres diferente, Greta Samaniego.

—Tú no tanto, Marcos Ochoa.

Mentira, Greta. Marcos es uno de los chicos más interesantes que has conocido en tu vida y lo sabes, pero es mejor mantener la

distancia porque es peligroso.

◆ ◆ ◆

Desde aquel día sé cuál es mi punto de salvajismo más alto y lo que le ocurre a mi cerebro cuando me bebo una botella de *kalimotxo*: la Greta salvaje hace acto de presencia y la tía es peligrosa.

Pero esa es la Greta de alguna otra vida.

VERANO 1988 (7 AÑOS)

Marcos

Estoy sentado en el escalón del porche, con las rodillas llenas de polvo y una ramita en la mano, haciendo dibujos en la tierra. El jardín huele a hierba recién regada y a melocotones maduros. Hace calor, pero del bueno, del que no molesta.

Greta está sentada en el suelo, con las piernas abiertas y un libro enorme apoyado entre ellas. Es demasiado grande para ella. Tiene seis años y frunce el ceño como si leer fuese un asunto muy serio.

Mi hermana Álex está a su lado, escuchando con la barbilla apoyada en las manos. Carolina, la hermana de Greta, que es más pequeña, no para quieta. Se tumba, se levanta, vuelve a tumbarse y acaba chupándose un dedo mientras mira las ilustraciones.

—Y entonces… —dice Greta, muy despacio— el dragón no se come al caballero porque estaba cansado de pelear. —Se queda callada.

—Sigue —le dice Álex.

—Es que… —Greta mira el dibujo— aquí hay muchas letras.

—Invéntatelo —le digo desde el escalón.

Greta levanta la cabeza y me mira. Tiene los ojos grandes y oscuros, como si siempre estuviera a punto de preguntar algo importante.

—¿Puedo?

—Claro —respondo—. Los cuentos se inventan cuando no te sabes las palabras.

Se lo piensa un segundo y luego sonríe.

—Pues el dragón se va a dormir. Y el caballero se queda cuidando el castillo. Y ya no pelean más.

—¿Y son amigos? —pregunta Carolina, con voz pequeña.

—Sí. Son amigos para siempre. —Greta asiente muy fuerte.

Álex sonríe y se acerca más a ella.

—Me gusta así.

Yo las miro desde el escalón. No sé muy bien por qué, pero sé que Greta no es como las demás niñas. No juega a lo que jugamos nosotros. No corre detrás de nadie. Prefiere sentarse con un libro más grande que ella y contar historias aunque no sepa leerlas.

Me levanto y me acerco para sentarme a su lado.

—Cuando seas mayor —le digo— me puedes contar cuentos a mí.

Greta me mira muy seria.

—Vale. Pero tú no te rías si me equivoco.

—No me reiré.

Es verdad. Lo sé.

Álex nos mira a los dos y frunce la nariz.

—Es mi amiga.

—Ya —digo—. Pero también puede ser mi amiga.

Greta cierra el libro con cuidado, como si fuese algo frágil.

—Puedo ser amiga de los dos —dice—. No pasa nada.

Y en ese momento, sin saber muy bien por qué, pienso que tiene razón.

Que no pasa nada.

Que este verano no parece importante, pero lo será.

Que Greta y yo vamos a llevarnos bien.

No como novios ni como nada raro.

Como amigos.

De esos que se quedan.

3. TODOS LOS BESOS

Marcos

Termino de colocar la herramienta en el maletero de la furgoneta y me sacudo las manos que están llenas de restos de tierra. Me doy cuenta al observarlas que tengo que hablar con Ainara para que me recete alguna crema para estas heridas que no curan como deberían, aunque tampoco les doy tiempo para hacerlo.

Escucho el sonido de un coche acercándose a la finca y me sorprendo porque Miguel y Candela están terminando de colocar las mesas nuevas del jardín y no esperaban visita.

Al menos eso me acaban de decir.

No reconozco el coche.

Tampoco a la persona que está al volante.

Me sacudo la camiseta y los pantalones que también tienen restos de materiales y madera cuando veo que dos adolescentes salen del coche y llaman a su madre, que parece paralizada en el interior.

La chica, que me resulta demasiado familiar, pasa por delante de mí y lo hace casi a cámara lenta.

El movimiento de su pelo oscuro, el color de sus ojos y la forma en que sonríe y levanta la mano en el aire al ver a Miguel, me resulta familiar.

—Abuelo.

Su tono de voz, la calidez y la melodía con la que suena es más que *familiar*.

El chico pasa por mi lado mientras se ajusta las gafas de sol y no dice nada, tan solo afirma con la cabeza a modo de saludo.

—Abuela.

Entonces sonríe y esos hoyuelos que se le dibujan en la cara…

Joder, no puede ser.

Me acerco al coche, apoyo el brazo en el techo y me agacho para mirar a la mujer que sigue paralizada agarrada al volante.

La ventanilla está cerrada por lo que la golpeo levemente con mis nudillos. Ella mira al frente, como si yo fuese invisible.

Vuelvo a tocar.

Aprieta el botón para bajar la ventanilla, pero parece que no funciona. Ella aprieta con fuerza de nuevo el pequeño botón y parece estar maldiciendo. Apoya la cabeza en el volante y su mano busca la puerta para abrir, pero tampoco parece querer seguir sus órdenes.

—Creo que se ha bloqueado. —Elevo un poco el tono de voz para que me escuche bien—. Tendrás que salir por el asiento del copiloto.

Veo como sus labios se mueven, pero no soy capaz de entender lo que dice.

—O puedes quedarte a vivir en el coche, pero te aseguro que en una hora le dará más el sol y el calor hará que te derritas.

No digo nada más y camino de vuelta para apoyarme en el maletero de mi furgoneta que sigue abierto.

No tardo más de dos o tres minutos en ver un espectáculo puramente Samaniego. Greta se suelta el cinto, peleándose con él porque se le enreda en su larga melena morena, empieza a moverse en el asiento tratando de pasar al de al lado, no sin antes emitir un grito cuando se clava la palanca de cambios en la pierna, activa el limpiaparabrisas un par de veces y aprieta el claxon con la cadera, alertando así a sus padres que la salvaje Greta está a punto de entrar de nuevo en la finca Los Naranjos.

Trato de no reírme.

De verdad que lo intento.

Pero ahora mismo su vestido se ha enganchado con la puerta y se le está subiendo demasiado, mientras unos cuantos abuelos del pueblo pasan por delante de ella, por lo que corro para pegar la tela a su cuerpo.

—Solo tú podrías volver a casa enseñándole el culo al alcalde.

Se lo digo casi al oído y siento el calor de sus mejillas.
—Solo tú podrías taparme el culo con una mano sin inmutarte.
—Me inmuto.
—No lo has hecho nunca.
—Puede que las cosas hayan cambiado, Greta.
—Lo dudo, Marcos. Las cosas y las personas no cambian.
En esto se equivoca.
No tiene ni idea de cuánto.

4. OUR LAST SUMMER

Greta

Creo que tan solo son varios minutos los que estoy pegada a él o tal vez solo son un par de segundos, porque toda la vida he sentido que cuando Marcos estaba a mi lado el tiempo se ralentizaba y las horas parecían segundos. La voz de mi padre hablándole a uno de los vecinos que pasean por el camino, me saca de este momento.

—Hola, señor alcalde. ¿Sigue en pie la cena con su mujer la semana que viene?

—Claro, sí… —carraspea mientras responde a mi progenitor.

—Buenas tardes, entonces. Que siga disfrutando de su paseo, alcalde. —Lo está echando con el mismo descaro con que él parece mirarme el culo.

Puedo escuchar perfectamente el sonido de las cigarras del campo y el del cerebro de mi padre haciendo conjeturas sobre mi llegada al pueblo.

No, no había avisado que veníamos a la boda de mi hermana dos meses antes.

—Cariño, diría que me alegro de verte, que es así, pero tendrás que contarme por qué no me has avisado y el motivo de que mis nietos lleven tanto tiempo sin venir a casa. —Me abraza y siento, por un momento, que este gesto podría curarme.

Suelto un gran suspiro y de mi boca se escapa mucho más que el aire que retenía en mis pulmones: esperanzas perdidas, dolor, pena, ilusiones y tantas cosas que me cuesta mucho mantenerme sin derramar lágrimas cuando los brazos de mi padre se apartan de mi cuerpo.

—Vamos, cariño. Ya estás en casa. —No dice nada más, pero sé que sabe que hay algo gordo para que aparezca aquí sin avisar.

Vuelvo a colocarme la sonrisa que tantos años he practicado y nos acercamos a mi madre, que sigue abrazando a mis hijos y diciéndoles lo grandes que están.

—Marcos, ¿te tomas un vino?

—Seguro que tiene muchas cosas que hacer. —Soy yo la que responde a la pregunta de mi padre.

—Tengo muchas cosas que hacer, Greta tiene razón.

Sonrío creyéndome victoriosa, pero lo que parece que he olvidado es que Marcos siempre tiene la última palabra.

—Pero nunca te digo que no a un vino, Miguel.

Pasa a mi lado guiñándome un ojo y todo ocurre a cámara lenta, como si estuviésemos en una maldita película en la que el director filma la escena con una cámara enfocando al protagonista mientras tu babeas como una jodida adolescente por el guiño y la sonrisa perfecta que se dibuja en sus carnosos labios.

Marcos ha envejecido como un puñetero gran reserva y yo es que soy muy de vinos de los buenos, de los que tienen cuerpo y me dejan un gran dolor de cabeza al día siguiente.

—Nena, ¿cómo no me has avisado de que veníais? —Mi madre me abraza y besa como si fuese la cría de diecinueve años que volvía a pasar el verano a casa.

—Las cosas se han complicado un poco y entre el trabajo, los niños…

Antes de que termine la frase escuchamos un grito que proviene de la garganta de mi tía Lili, la hermana de mi abuela. Lo de tía abuela dice que le suena demasiado rebuscado y me mataría si la llamo así en público… y en privado. A pesar de sus ochenta y cinco años, lleva un vestido ibicenco blanco, el pelo canoso largo recogido en un moño y unas gafas de sol bastante estrambóticas que seguro que ha comprado en alguna web de segunda mano. Me abraza con la fuerza que le dan más de cincuenta años al cargo de la recogida de uva de la bodega.

—¿Y ese marido gilipollas no ha venido contigo? —susurra antes de separarse de mí.

—Lo hablamos luego, ¿te parece?

—No puedo, he quedado con Angustias y Demetria para tomar un vino. —Me sujeta de las mejillas y sonríe—. ¿Te quedas hasta después de la boda? Así tendremos tiempo este verano para ponernos al día, cariño.

—Sí.

—No lo digas con pena. Estar en casa es lo mejor que os podía pasar aunque ahora mismo no lo veas. —Me guiña un ojo y se aleja canturreando la canción de ABBA que está sonando en el tocadiscos del salón—. Por cierto, Marcos, las flores están preciosas.

—Y eso que no dabas un duro por mi elección.

—A veces todos nos equivocamos, querido, pero nunca es tarde para darse cuenta. —Está mirando a Marcos pero sus ojos se desvían unos segundos a mí—. Tenemos mucho verano por delante antes de que dejes esta finca preciosa para la boda de vuestras hermanas.

Sí, algo que no había comentado es que mi hermana Carolina y Álex, la hermana de Marcos, se casan en esta misma finca a finales de septiembre.

Lo que nos convierte a partir de ese día en cuñados.

Y los cuñados no se desean.

¿Verdad?

VERANO 2000 (19 AÑOS)

Marcos

Último verano en el pueblo antes de la universidad. Joder. Si parece que hace unos meses estábamos corriendo por la plaza lanzándonos globos de agua con diez años y ahora me estoy despidiendo de Greta que mañana sale demasiado pronto hacia Madrid.

Siento su respiración relajada en mi cuello mientras estamos sentados en el banco. Para ser más exactos en *nuestro banco*.

Mis dedos recorren su brazo y aprovecho que está con los ojos cerrados para fijarme en esas pecas que se le han acentuado por las horas al sol este verano. Observo cómo el vestido se ha subido un poco por sus caderas, unas que ella odia porque dice que son demasiado grandes, pero que a mí me parecen perfectas. Paso mis dedos por el tatuaje que se ha hecho hace unos días en el brazo de unas flores de lino que no la puede representar más.

—¿Crees que encajaré en Madrid?

Ladea un poco la cabeza para mirarme y veo las dudas en sus ojos. Cuando sonríe le brillan de una forma espectacular, pero cuando tiene miedo o inseguridades se apagan, se oscurecen.

—Salimos al mundo y es normal que nos dé miedo. Haremos nuevos amigos, conoceremos nuevos lugares, pero es imposible que tú no encajes, Greta.

La sujeto de la barbilla aprovechando para grabar en mi mente sus ojos, sus mejillas y sus labios. Cada uno de sus gestos, porque tengo la sensación de que hoy me despido de la chica de los deseos imposibles, de las pestañas infinitas, la que me saca sonrisas aun cuando no quiero sonreír; la chica que hace que las cosas tengan sentido aunque parezcan una locura, por la que cogería el coche de

madrugada solo para verla sonreír al descubrir que amanecíamos en la playa.

—Tengo miedo, Marcos. Esta casa, este pueblo, vosotros sois el mundo en el que todo está bien. —Apoya su barbilla sobre mi hombro y parece hacer un gran esfuerzo para que los nervios le permitan hablar—. ¿Y si dejamos de ser nosotros para pasar a ser unos desconocidos?

Apoyo los codos en el banco obligándola a levantarse un poco, pero no nos separamos. Y es que sería una tontería enorme besarla ahora, cuando quedan pocas horas para alejarnos por demasiados kilómetros y mucho tiempo.

Sería una estupidez hacerlo, pero mi hermana siempre me ha dicho que soy experto en hacer estupideces y que nada me suele frenar, pero es Greta, mi mejor amiga, la chica de la que llevo enamorado demasiado tiempo y a la que no he tenido cojones de decirle nada.

—Marcos, no me mires así. —Ladea la cabeza y suspira, como si con este acto frenase las ganas de decir o hacer algo más.

—¿Y cómo te miro?

—Como si no fuésemos a volver a vernos nunca más. —Se muerde el labio inferior, como cada vez que tiene dudas.

—Siempre estaré aquí, Greta. Siempre estaré en casa. —Pongo mis manos en sus mejillas y siento el calor de su piel.

—Tengo miedo, Marcos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando se abraza con fuerza a mi pecho y siento los botones de su vestido contra mi cuerpo.

Está cerca de mis labios y su respiración se acelera, al igual que la mía. Cierra los ojos y al volver a abrirlos compruebo que brillan de nuevo, están llenos de vida, de ganas y de… ¿deseo?

Nos separan tan solo unos milímetros y comienzo a sentir sus labios suaves por ese cacao de sandía al que es adicta, húmedos y mullidos.

Se apoya más en mi pecho obligándome a apoyar mi espalda más contra el banco mientras una de mis manos se pierde en su espalda, bajando por sus caderas y apretándola contra mi cuerpo,

mientras con la otra la sujeto de la nuca para mirarla a los ojos y comprobar que no tiene ninguna duda de lo que vamos a hacer.

—Marcos. ¿Crees que mañana mamá me dejará ir a la playa con Elena y Marta?

Escuchamos los pasos de mi hermana y Greta me mira levantando una ceja y se aparta con rapidez, haciendo que no estaba a punto de pasar lo que llevamos años posponiendo.

—Me voy a encargar de que no te dejen —gruño.

—¿Estabas a punto de enrollarte con una chica?

Mi hermana no tarda más de diez segundos en aparecer a nuestro lado.

—No, que es Greta. Es como si me besases a mí. Puajjjjj. —Se pasa las manos por los labios como si se estuviese limpiando—. Qué asco. Pues eso, que le digas que me deje ir o le contaré que ayer te pillaste un pedo horroroso con uno de sus vinos más antiguos, ese que se ha esfumado por arte de magia.

Mi hermana desaparece por la entrada habiendo explotado la burbuja en la que Greta y yo estábamos metidos.

—Creo que es mejor que me vaya a terminar la maleta. Me queda mucho por meter aún.

Nos levantamos y la acompaño hasta la entrada que separa nuestras casas. Actuamos de forma extraña cuando nos despedimos, con un abrazo frío y sin forma de saber cómo actuar. Espero que llegue a casa y antes de volver a la mía la llamo.

—Greta.

—Dime. —Se da la vuelta y siento nervios en su voz.

—No dejes que los miedos te frenen. Tú has nacido para comerte el mundo.

Agacha la cabeza como cada vez que alguien le hace un cumplido y al levantarla veo cómo su sonrisa se va haciendo cada vez más y más grande.

—Marcos, no dejes que el mundo te cambie.

Espero a que entre en casa y vuelvo por el camino que tantas veces he recorrido, pero esta vez lo hago con un punto de decepción que no sé cómo manejar.

Freno.

Doy dos pasos en dirección a su casa.

Vuelvo a frenar.

Me voy a mi casa.

No soy capaz de subir las escaleras.

Vuelvo sobre mis pisadas, pero antes de girar en la entrada de Greta, escucho su voz.

—Casi hago una tontería.

—¿Tú tonterías? —Esta es Carolina, la hermana de Greta—. Eres lo más cabal y aburrido de este planeta. A ver, ¿qué tontería?

—Complicarme la vida unas horas antes de irme. Casi beso a Marcos y… Joder, que es mi mejor amigo y no me perdonaría perderlo.

◆ ◆ ◆

Ninguno de los dos sabíamos que aquel casi beso sería nuestra última oportunidad para darnos cuenta de que éramos perfectos el uno para el otro, y así le dimos a los meses y años la excusa perfecta para olvidarnos de aquellos dos adolescentes que tenían ganas de comerse el mundo.

5. SARÀ PERCHÉ TI AMO

Greta

Lo de sentir muchos ojos puestos en mí es algo a lo que me he acostumbrado en estos años. Ser la editora jefa de una de las editoriales más importantes del país es lo que tiene: reuniones, charlas, ferias del libro, liderar equipos para estrategias comerciales… Todo lo que te imaginas cuando oyes lo de editora jefa y si a esto le sumas ser madre coordinadora del colegio de mis hijos, y la mujer… exmujer de un importante empresario de Madrid, que asiste a muchas galas a las que no le apetece ir, pero en la que tiene todas las miradas en ella, por si revienta el vestido de marca que casi no le cierra o por si se toma una copa de vino de más… Obtienes mi experiencia.

Pero nunca una mirada me ha intimidado tanto como la de Marcos.

—¿Qué le pasa a mamá? —Mi hija se lo pregunta a mi madre, que está sacando diferentes vajillas para hacer combinaciones.

—Te diría que está en su mundo ahora mismo, pequeña. —Veo cómo mi madre le acaricia la cabeza a Victoria mientras sonríe.

—Yo creo que está pensando en que excusa dar para no ir a las siete a la plaza a ver a sus amigos.

Lanzo una mirada furiosa a Marcos por su comentario y, aunque haya acertado de pleno, no pienso darle la satisfacción de saberlo.

—Greta.

El grito de mi hermana me hace olvidarme de Marcos por un momento. Aparece corriendo mientras su cabello rubio ondea al viento y su vestido es mecido con suavidad por el mismo. La música de una canción italiana de los ochenta en su versión original hace

que toda esta escena parezca sacada, de nuevo, de una comedia romántica. Miro a mi alrededor por si de repente aparece una cámara y me dicen que están grabando el anuncio del verano para alguna marca de cervezas.

Mi hermana me abraza y sus ojos azules recorren mi cara mientras sus manos me sujetan las mejillas con fuerza.

—Joder, estás preciosa. —Me besa y vuelve a envolverme en sus brazos—. No pensaba que vendrías tan pronto a ayudarme con la boda.

—Me dijiste que necesitabas tenerme cerca. —Levanto los hombros y suspiro.

—No tienes ni idea de cuánto te necesitaba, Greta.

Le llevo un par de años a mi hermana y se supone que yo soy la que debe protegerla y cuidarla, pero ha sido ella la que ha conseguido que meta todas nuestras cosas en el maletero del coche y ponga rumbo al pueblo.

Hace dos meses se plantó en Madrid, aprovechando que Manuel estaba en un campeonato de pádel en Valencia, para decirme que debía terminar de una vez con mi matrimonio. Es la única que conoce los detalles más escabrosos de mi relación: los cuernos que no he contado a nadie más por vergüenza, las segundas, terceras y cuartas oportunidades que le he dado por nuestros hijos… Toda la mierda que he tenido que tragar en estos años y ella sabe lo sola que me he sentido estando rodeada de demasiada gente.

—Greta. —Álex aparece a mi lado y me abraza—. Pensaba que no llegarías hasta la boda. Qué callado te lo tenías, cariño. —Besa a mi hermana y sonríe—. Ya la tienes aquí.

—Sí.

Mi hermana no se separa de Álex, pero tampoco deja de darme la mano. Es como si me quisiera recordar que estoy donde debería estar, rodeada de familia y amigos.

—¿Por qué sigue teniendo esa cara tan extraña? —Mi hijo se une a las conjeturas de su hermana.

—Es la cara que se le pone cada vez que ve a mi querido hermanito. —Álex le responde sin dejar de mirar a su hermano—. Y me alegro que estéis los dos aquí juntos para pediros algo.

—Miedo me das, Álex. —Marcos se levanta situándose a nuestro lado.

—¿Te acuerdas de la estructura de madera que habíamos encargado para que tú no tuvieses más trabajo?

—Ajam.

Conozco esta respuesta y la cara que está poniendo Marcos. Sabe que le va a caer un marrón en 3… 2… 1…

—Nos han dejado tiradas. Y con tus manos y gusto, he pensado que podrías hacernos algo. —Álex agita sus largas pestañas tratando de camelarse a su hermano.

—Os dije que lo hacía yo, pero os empeñasteis en gastar dinero a lo bobo…

—No es a lo bobo. Si Carol quiere un arco de madera con flores naturales y organza, tendrá un arco de madera con flores naturales y organza. —Álex lo repite fuerte y claro.

—A lo bobo me refiero porque yo os lo podía hacer. —Marcos trata de calmar a su hermana—. Si a mí me dices que queréis una pérgola de madera repleta de flores, yo os hago dos. —La besa en la frente—. Sois mis chicas y por vosotras lo que sea.

Esta última frase la dice sin dejar de mirarme a los ojos y tengo hasta los pelos que no tengo de punta. Me duele el pecho de respirar tan profundo y sé que pongo un gesto de dolor porque mi padre se pone a mi lado preocupado.

—Deberíais descansar un poco, cariño. Has conducido muchas horas y parece que llevas días sin dormir bien. —Me acaricia el brazo empujándome lentamente hacia la casa.

—Sí, pero quiero saber para qué me necesitan las novias. —Me doy la vuelta para mirar a mi hermana y futura cuñada.

—¿Recuerdas que te dije que teníamos quién nos oficiase la boda? Pues no era verdad y queremos que tú, con tu amplia destreza en las palabras y tu don con ellas, la oficies.

—No os puedo casar.

Doy un paso atrás negándome a ponerme delante de medio pueblo a oficiar un matrimonio cuando el mío se ha hecho pedazos. Sería una estafa hablar de un amor en el que no creo. Que no es que no crea en estas dos chicas que se quieren por encima de todo,

pero el amor ahora mismo para mí es una palabra tan tóxica como peligrosa.

—Es un paripé. Ya sabes que hasta que no firmemos en el juzgado no es válido, pero nadie me conoce como tú, Greta. —Mi hermana juega su baza con su cara de niña buena que nunca ha roto un plato, pero tiene más peligro que un imbécil en redes sociales con un día malo—. Me has visto crecer, enamorarme de Álex y no quiero que nadie más lo haga. Tenemos dos meses para prepararlo todo. ¿O vas a dejar que la abuela vea que un tío que le caía mal lo oficie?

Carol se refiere a un concejal al que nuestra abuela desde pequeño lo llamaba Benito Camelas. Benito porque se llama así y Camelas porque hacía un juego de palabras con el nombre que le hacía gracia. Le puso ese mote porque desde que éramos pequeñas siempre estaba metiéndose con todo el mundo para sentirse superior y claro, no podía acabar en otro lugar que no fuese metido en la política elegido a dedo por su padre, el actual alcalde.

—Seguro que la abuela se me aparecería en sueños para echarme la bronca.

Sonrío al recordarla obligándome a prometerle, unos días antes de morir, que jamás dejaría que nadie nos hiciese sentir inferiores. Aunque incumplí mi promesa durante muchos años con Manuel.

—Vale.

Entre recuerdos agridulces y, antes de pensarlo bien, acepto. Mi hermana da saltitos, Álex la observa con las manos en los bolsillos sonriendo y puedo ver una sonrisa de victoria en la cara de Marcos.

—Quita esa cara de idiota. Que oficie la boda no implica que tenga que pasar tiempo a tu lado. —No sé por qué me pongo a la defensiva de forma tan rápida con Marcos.

—De hecho, sí, cuñada. Mi hermano me va a llevar al altar. A papá le hubiese gustado. —Álex hace un gesto divertido con la boca y sus cejas levantadas.

—No está muerto, Álex. —Marcos reprende su frase.

—Abandonó a mamá hace veinte años. Para mí está más que muerto. En la gloria lo tenga el Señor. —Hace un gesto de signo de

la cruz por su cuerpo de una forma muy extraña y con el dedo corazón que me hace reír.

—Odiaría que yo formase parte de tu boda. —La voz de Marcos se quiebra un poco.

—Odiaba que fuese una bollera. —Lo dice con un tono de voz imitando a su padre.

—¿Había algo que nuestro padre no odiase? —Marcos lanza la pregunta sin esperar una respuesta.

—Los locales de lucecitas rojas de carretera. —Es mi tía Lili la que lo dice y la que recibe todas nuestras miradas—. Me había dejado el monedero para la partida y esa pregunta merecía una buena respuesta. Os quiero.

Agita la mano en el aire y se va canturreando a Richie e Poveri mientras todos la observamos en silencio.

Lo de mi tía Lili no tiene remedio, lo mismo que mi verano trabajando mano a mano con Marcos mientras me mira con sus intensos ojos marrones que no recordaba tan… oscuros, penetrantes y llenos de algo que no sé reconocer.

6. THE FIRST TIME

Greta

Dejo la última maleta en el suelo de mi antigua habitación y me siento en la cama observando todo a mi alrededor. Las flores frescas que mi hermana ha puesto en el tocador justo antes de que yo subiese, el corcho en el que aún cuelgan entradas de conciertos, billetes de autobús o imágenes de París, Roma y Berlín. Recuerdos de otra vida.

Damiano David suena en toda la casa con su último éxito. Mi hija está un poquito obsesionada con él, con su música y con su último disco, que ha denominado como la mayor carta de amor que nadie haya escrito jamás. Dice que tanto él como su novia se han materializado de algún libro de fantasía romántica como el tío que parece un villano, pero es el mayor osito del mundo. Me he tragado tantas veces los discos, las fotos, ha analizado a mi lado sus *outfits*, los tatuajes y esa mirada de perdonavidas que he de decir que yo también estoy algo obsesionada con esta canción y con él, todo hay que decirlo.

Escucho cómo mi hija canta el estribillo final a pleno pulmón y desde mi posición la observo con el móvil en la mano como si fuese un micrófono mientras golpea en el aire cuando se escucha la batería.

Me veo a mí misma con su edad cantando las canciones que también repetía una y otra vez volviendo locos a mis padres, los conciertos imaginarios que dábamos delante de miles de perfectos desconocidos, los dramas que montábamos al cantar aquella canción desgarradora como si llevásemos a cuestas cinco divorcios; las películas que nos montábamos como novia perfecta si la canción era

una de Britney o de chica superempoderada si era alguna de las Destiny's Child.

—Es como si te viese a ti con diecisiete años.

La voz de Marcos a mi lado me hace dejar de ver un recuerdo de un pasado muy lejano y darme cuenta que he dejado de estar en este mundo durante unos minutos.

—Espero que ella sea más feliz que yo. —Se me escapa sin pensarlo y sé que le acabo de dar pie a Marcos para empezar a hacer preguntas incómodas y dolorosas.

—¿Preparada para venir a la plaza? —Obvia mi frase y me mira sonriendo, pero sé que en su cabeza se están amontonando preguntas de las que no sabe si quiere tener la respuesta.

—Tengo que sacar todo, colocar… Estoy cansada del viaje y huelo fatal.

—¿Prefieres que te eche al hombro como un cavernícola y te lleve a la plaza?

—No serías capaz.

—Hunga hunga.

De mi garganta se escapa una carcajada que me hace soltar tanta mierda, que comprendo en tan solo un segundo cuánto la necesitaba.

—Joder, Greta. Cómo he echado de menos ese sonido.

—Marcos, por favor. —No digo nada más y sé que me entiende.

—No sé por qué has vuelto al pueblo. No te lo voy a preguntar porque sé que te cerrarías en banda y te enfadarías conmigo por indagar, pero no pienso permitir que te consumas en tu mierda con alguna canción no tan alegre como la que está cantando ahora mismo tu hija. —Estira su mano frente a mí—. Así que, Greta Samaniego, te pido que vengas conmigo a ver a tus amigos que no te van a juzgar, que van a flipar cuando te vean, y a tomarte dos vinos para que veas la vida de otra manera.

Jugueteo con mis uñas unos segundos antes de aferrarme a su mano y creo que no es consciente de lo que necesitaba una mano amiga.

La canción se repite en bucle en el cuarto de mi hija y ojalá esta vida fuese tan perfecta como esa letra en la que él le declara su

amor por todo lo alto, no hay problemas y se besan al final. Pero ni él es Damiano, ni yo la novia a la que le ha dedicado esta declaración de amor.

Bajamos las escaleras para ir a por la furgoneta de Marcos y me sorprende que me abra la puerta para que entre dentro.

—Es que tiene truco y aún no la conoces bien.

Me siento y tiro del cinto pero se atasca, también me ayuda.

—Es un poco vieja, pero las cosas que funcionan jamás deberían cambiarse. —Marcos y sus malditas frases con doble sentido.

—Gra… —me atraganto con mi propia saliva y los nervios de tenerlo tan cerca—. Gracias.

—Si a esto lo llamas oler mal, no quiero imaginar lo que dirás de mí.

Tengo que cerrar los ojos porque su cercanía hace que todo se mueva y me mareo. Pero sí él huele como los tíos que salen corriendo por el bosque en los putos anuncios promocionando una colonia de esas carísimas con toques a cedro, madera y… olor a Marcos. Huele a él, a mis recuerdos de verano y a tanto que temo seguir respirando y desmayarme.

—¿Pueden ser tres o cuatro vinos? Hay mucho que borrar.

—Mientras mantengamos a Greta la salvaje controlada…

Lo que siento ahora mismo tengo que mantenerlo a raya porque es más peligroso que Greta la salvaje.

Muchísimo más peligroso para ambos.

7. EL ROCE DE TU CUERPO

Marcos

El trayecto en coche lo hacemos en completo silencio. Greta ha apoyado sus brazos en la ventanilla y deja que el aire que ha empezado a correr mueva su pelo. Cree que no me doy cuenta, pero a cada kilómetro que recorremos parece dejar atrás lo que sea que le ha hecho huir de Madrid con sus hijos.

Aunque en verdad puedo hacerme una idea debido a una conversación que escuché a medias de Carol hace unas semanas en el jardín, cuando pensaba que estaba sola.

Aparcamos a unos metros del lugar donde nos reunimos todos los viernes los que estamos en el pueblo para beber unos vinos, charlar sobre nada y discutir sobre todo.

Greta camina nerviosa aferrándose al vestido, colocándose el bolso o pasándose la mano para asegurarse que no se le ha salido un solo pelo del moño tirante que se ha hecho antes de salir del coche.

Puedo escuchar su respiración a cada paso, mientras acortamos los metros que nos separan de nuestros amigos, que ya están sentados en unas sillas de la antigua *Herriko* con una botella de vino en la mesa discutiendo.

—Que no, tío. Que te digo que no es lógico que nos hayan subido tanto los impuestos al campo. Que pago por trabajar, coño. —Este es Kerman con su vena más sindicalista.

—La verdad es que no nos lo ponen fácil. —Berta, que hace unos años volvió al pueblo y ahora regenta un pequeño hotel *boutique*, se une a las quejas.

—A mí no me miréis, que yo no voy como antiguamente cobrando con una saca por las casas los impuestos. —Eneko deja un plato de gildas en la mesa.

Mientras nuestros amigos están enfrascados en una charla que va a terminar en cuanto vean a mi acompañante, es Ainara la que aparece a nuestro lado para frenar en seco delante de Greta, obligándonos a parar.

—¿Quién se ha muerto para que Greta Samaniego venga al pueblo?

Esta no responde.

Toma aire.

Ladea la cabeza y veo cómo su cuerpo se tambalea unos milímetros. Es casi imperceptible, pero entiendo esa sensación de perder el control, por lo que pongo una mano en su espalda para evitar que se caiga de culo al suelo.

—He… —Se aclara la garganta antes de continuar—. He venido a preparar la boda de mi hermana.

—¿Dos meses antes? ¿O es que echabas de menos todo esto?

Greta no dice nada y, aunque Ainara tiene un gesto de enfado en su cara, creo que ambas saben cómo va a terminar esto.

Se ha hecho el silencio en la mesa de nuestros amigos que nos miran como si estuviesen sacados de la escena de *Parque Jurásico* cuando van en el *jeep* y ven el primer dinosaurio de la película.

Ainara ladea la cabeza.

Nuestros amigos se levantan de sus sillas.

Greta alza un poco la barbilla.

Todos dan varios pasos hasta nosotros.

—¿Crees que ahora se van a tirar de los pelos y rodar por el suelo? —Koldo cree que lo dice en bajo, pero su tono de voz está bastante por encima de la media.

—Y si quieres les lanzamos un poquito de barro para que te diviertas más. —Es Berta la que lo dice negando con la cabeza.

—Sería un buen momento para finiquitar lo que dejamos a medias aquel verano. —Ainara hace un gesto con la mano para que Greta la acompañe a un lado de la plaza para acabar aquella conversación.

—Hostia.

Esta palabra suena casi al unísono entre nuestros amigos.

—Eneko, ve llamando a los refuerzos.

Todos las observamos mientras se alejan de nosotros en silencio.

—Va a ser un verano divertido. —Eneko me da una palmada en la espalda.

VERANO 1997 (15 AÑOS)

Greta

Ainara y Marcos llevan discutiendo más de medianoche. No sé si es por las vacaciones de la playa de este año a las que Marcos no puede ir o porque los padres de ella han decidido que después de las fiestas va a irse unas semanas a Londres para perfeccionar su inglés.

—¿Tú crees que lo van a dejar? —Sara y yo los observamos sentadas en el muro del otro lado de la carretera. Son fiestas y el pueblo está lleno de gente, por lo que nos hemos alejado para no estar continuamente recibiendo empujones.

—Según ellos no son novios. —Le devuelvo a Sara su cigarro.

—¿Y a ti te gustaría que lo dejasen?

—Marcos es mi mejor amigo y Ainara es… Ainara. —Levanto los hombros sabiendo que Sara va a entenderme.

—¡¿Qué le has dicho a Marcos?!

Ainara cruza la carretera gritando y Sara sale por patas.

—Cobarde —le recrimino dándole un trago al *katxi* de *kalimotxo*.

—¿Qué le has dicho a Marcos para que se quede en el pueblo este verano?

Entrecierro los ojos y veo a Marcos haciendo un gesto con sus manos de no saber qué le ocurre a su *no novia*.

—Dice que tiene que ayudar y todo lo que te rodea le acaba tocando. ¿Lo has hecho porque tienes celos de mí? —Se planta ante mí enfadada y borracha. No sé qué porcentaje gana.

—Ainara, tía, no tengo celos de ti.

—¿Y por qué no le dices que se venga a la playa unos días? Marcos siempre hace lo que tú dices.

—Marcos es libre para ir a donde le dé la gana, no a donde tú te lo quieras llevar de paseo. —Mi porcentaje sería: setenta por ciento borracha, veinte sorprendida por esta conversación y diez con ganas de tocarle las narices a Ainara.

—Pídeselo, Greta. —Me empuja con sus dedos en el pecho, como si con este gesto fuera a hacerle caso—. Todo lo que le pides lo hace, joder, Greta. Pídeselo.

Se enfada cada vez más y acaba empujándome con fuerza y caigo hacia atrás, pero antes de perder por completo el equilibrio, me agarro a su camiseta, por lo que las dos acabamos patas arriba al otro lado del muro de piedra con alguna herida en las piernas.

Al menos la caída ha sido de menos de un metro y no nos hemos hecho nada más.

—¿Estáis bien?

Las cabezas de todos nuestros amigos aparecen sobre el muro y veo a Marcos que nos mira asustado.

—¡Dejadnos a solas!

El grito de Ainara parece asustarlos por lo que se van todos menos Marcos, que me mira preocupado.

—Tú también vete.

Le hace caso no sin antes mirarme para comprobar que estoy bien y le respondo alzando las cejas sin saber lo que va a ocurrir.

—¿Qué coño te pasa, Ainara? —Me levanto limpiándome el vestido y comprobando que no sangro.

—Que odio a mis padres por obligarme a ir a Londres este verano, odio no poder pasar más tiempo en el pueblo y me odio a mí misma por estar con Marcos sabiendo que no me quiere.

—No se acaba el mundo, Ainara. Solo son unas semanas. Y tenemos quince años. ¿Crees que el amor de tu vida está en este pueblo con los miles de millones de personas que hay en el mundo? ¿De verdad crees que el amor de tu vida lleva en ella desde que naciste? —Ya no sé si la estoy convenciendo a ella o a mí misma.

—Tus padres se conocen de toda la vida y son la pareja perfecta.

—Pero lo de ellos es algo entre un millón, Ainara. Además, no creo que exista la pareja perfecta. Eso debe de ser aburrido. Siempre de acuerdo, sin pelearse, sin reconciliarse… —Alzo las cejas

tratando de rebajar el tono serio de la conversación—. Además, Ainara, quien dice que no vas a conocer a un inglés alto, que adore a las españolas y al verte se enamore de ti.

—Eso solo pasa en las películas y en tus libros, Greta. Ese amor no existe. —Ainara agacha la cabeza.

—¿Y el de para toda la vida sí? Es un poco hipócrita ese pensamiento, ¿no?

Me mira durante unos segundos mientras sus rasgos se van relajando.

—Joder, Greta. Cuando tienes razón, tienes razón.

Caminamos alejándonos del ruido hasta la fuente para lavarnos las heridas.

—Que yo no te digo que no vayas a tener una próspera vida con Marcos si es lo que os espera, pero no creo que sea lógico con quince años cerrarte en banda en esa idea. —Aprieto el grifo y mantengo la mano apoyada para que ella meta sus manos debajo del agua fría—. Hay vida más allá de lo que siempre hemos conocido. ¿Te acuerdas cuando nuestra cuadrilla se juntó con la de Marcos? Aquí lo normal es que los chicos vayan por un lado y las chicas por otro, pero a pesar del miedo a que nos dijesen que pasaban de nosotras, les dijimos que fuésemos todos una cuadrilla. Total, ya pasábamos casi todo el día juntos.

—Kerman y Koldo se opusieron.

—Porque ya no te podrían mirar las tetas en la piscina como si fuesen desconocidos. —Juego con el humor para relajarla.

—Siguen mirándomelas cuando creen que no los veo.

—Son tíos, es normal. Y tienes unas tetas preciosas. —Le guiño un ojo de forma descarada y escucho su risa.

—No eres mala, tía, pero mi prima me metió ideas raras sobre ti de que te gustaba Marcos y demás.

Sonrío escondiendo esas dudas que desde hace unos meses me rondan sobre lo que habla.

—Somos buenos amigos y a veces las personas confunden estos sentimientos. Somos como hermanos.

—Gracias por decírmelo.

Levanto la cabeza y veo a nuestros amigos esperándonos en el muro mientras agitan las manos avisándonos de algo.

—Vamos a seguir disfrutando de estas semanas y creemos recuerdos que no puedas olvidar mientras un inglés de dos metros te enseña el Big Ben.

Ainara sonríe y niego con la cabeza.

—Pero ahora hagamos que hemos tenido la pelea de nuestra vida, que tengo una reputación de borde en el pueblo y no se puede ver rota por una Samaniego. —Ainara me acaricia el brazo a sabiendas de que nadie la ve.

—¿Yo amiga tuya? Jamás. —Le guiño un ojo escudándome en la oscuridad de esta zona.

—Jamás de los jamases.

◆ ◆ ◆

Ahora me doy cuenta de que lo que le vendía a Ainara como una vida mejor fuera del pueblo, fue lo que a mí me condenó a apartarme de ellos durante demasiados años.

Que acerté con lo del inglés y que Ben, el que ahora es su novio desde hace años, le enseñó lo Big que tenía.

Que estaba equivocada con ella y que ha sido una gran amiga después de aquel verano.

Y que a Marcos jamás lo he vuelto a ver como un hermano.

8. HEAVEN IS A PLACE ON EARTH

Marcos

No dejo de observarlas y no soy capaz de saber de qué están hablando, pero Greta parece estar dándole explicaciones a Ainara y esta la abraza, le pasa las manos por los brazos reconfortándola y acaban fundidas en un abrazo de varios segundos.

—¿Tú sabes por qué ha vuelto? —Eneko aparta una silla y se sienta a mi lado. El muy cabrón es sigiloso.

—Eso será mejor que se lo preguntes a Greta.

La señalo con la cabeza y vemos que se acercan susurrando para que nadie más sea partícipe de sus confidencias.

—Kerman, Koldo, ¿podéis dejar de mirarme las tetas como si tuviésemos quince años?

No sé por qué, pero creo que este comentario de Ainara es para ocultar el hecho de que hayan estado hablado Greta y ella, y quiere desviar toda la atención.

—Ben llegará en unos días y os podría dar una paliza con el meñique.

—¿El dios del equipo de rugby de Inglaterra va a venir al pueblo? —Koldo lo dice de forma poco convincente—. Que no me cae mal, que os veo venir.

—Hablas así porque siempre te ha gustado Ainara.

Kerman empieza a pincharle a Koldo y este entra al trapo rápidamente.

—No me toques los cojones, Kerman, que como empecemos a sacar mierda, no paro. —Tira de su silla para acercarlo.

—No, cuidado con el cajón de mierda de Koldo que nos puede enterrar a todos.

Todos nos quedamos en silencio ante el comentario de Greta que va besando a todos hasta que llega a Koldo y le aprieta de los hombros.

—¿O han cambiado tanto las cosas que no recuerdas nuestras más vergonzosas miserias?

Koldo se levanta de la silla, se quita las gafas de sol y mira a Greta en silencio durante un par de segundos. Creo que él también está tratando de saber por qué ha vuelto al pueblo.

—Dame un par de vinos y dos o tres gildas y te respondo a esa pregunta que no te atreves a hacerme, Koldo. Bueno, ni ninguno de los demás.

Nos sonríe y entra en el bar sin decir nada más.

—¿Está bien? —Todos lo preguntamos al unísono a Ainara.

—¿Acaso creéis que somos amigas y nos hemos hecho trenzas mientras hablábamos de estos años? —Sigue siendo la más borde del grupo.

—Mira, no sé qué pasó aquel verano de la fuente, pero vosotras habláis más de lo que ninguno nos imaginamos. —Kerman y su vena cotilla no puede estar sin saber las cosas.

—No es mi vida, no es mi historia, como tampoco la de ninguno de los que estamos aquí, por lo que vamos a dejarla tranquila y en paz. —Ainara se sienta a mi lado—. Y dejad de mirarla como si fuese a romperse con el primer roce de aire.

Greta sale del bar con una botella de *patxaran* y varios vasos que deja en la mesa delante de cada uno de nosotros y los va rellenando.

—Sé que hay muchas preguntas sobre mi presencia aquí y el por qué he tardado tanto en volver y bla bla bla. —Deja la botella en medio—. Y prometo poneros al día, pero primero tengo que hablar con mis hijos, que están en casa odiándome por haberlos traído aquí sin conocer a nadie.

—Mis sobrinos pasan aquí el verano. —Ainara saca el móvil y envía un audio a uno de ellos—. A ver, Luka, ve a casa de los Samaniego, que han venido Álvaro y Victoria y no conocen a nadie.

—No te recordaba tan mandona. —Greta levanta su vaso de *patxaran* en el aire.

—Mi hermana me lo agradecerá también, que se pasan el día rebufando en el jardín y diciendo que estarían mejor en la playa. —Ainara coge un vaso y el resto somos espectadores como si ellas dos estuviesen en una conversación privada.

—No tienen ni idea de la suerte que tienen de estar aquí, de disfrutar de veranos eternos, de no tener preocupaciones más allá de si el bikini se te ha secado o si te has dejado la toalla en el césped de la piscina al cierre y se te va a mojar con los aspersores. —Greta se bebe de un solo trago el chupito—. El mundo en el pueblo era mucho mejor de lo que nos imaginábamos y solo nos bastó crecer un poco para descubrir que el verdadero paraíso lo teníamos al alcance de los dedos.

—No nos hacía falta tener mar, ni discotecas repletas de gente o colas eternas para entrar en los sitios. —Ainara se une a la nostalgia.

—Pasear por el parque de noche buscando luciérnagas, colarnos en la piscina de la urbanización de los primos de Eneko, irnos a un pueblo cercano a pie a la fiesta de la espuma y volver de madrugada recordando cada momento de la noche. —Greta se rellena el vaso—. El tiempo era infinito y éramos capaces de pararlo, de hacer que los minutos se convirtiesen en horas. Exprimíamos todo lo que hacíamos y no nos daba miedo no ser como los demás hasta que nos tuvimos que enfrentar al mundo fuera de aquí.

Creo que Greta no es consciente de todo lo que nos está removiendo su discurso inesperado. Kerman agacha la cabeza y sonríe bebiendo el *patxaran* y quitándole la botella a Greta para rellenarse el vaso. Koldo le acerca el suyo vacío para que haga lo mismo.

—No sabíamos lo jodidamente afortunados que éramos.

Duele.

Duele escuchar la nostalgia en Greta.

No por los recuerdos, pero si por lo que ella parece haber perdido.

¿Qué cojones ha pasado para que hable con tanto dolor?

VERANO 1998 (16 AÑOS)

Greta

Estoy tumbada en la toalla observando a mis amigos lanzándose a la piscina, mientras en mi *discman* nuevo suena el último disco de Bon Jovi que me ha regalado mi padre. El sudor recorre mi nuca y se desliza por la espalda. Estoy achicharrada. Me encantaría quitarme el vestido, correr hasta la orilla y tirarme al agua tal y como hacen ellos, pero el miedo y la vergüenza me hacen estar a cuarenta grados casi tapada con la toalla.

Odio mis piernas, llenas de pequeños granitos que me salen cada vez que me depilo; odio profundamente la redondez de mis caderas y el tamaño de mis tetas. ¿Cómo es posible que una chica de dieciséis años tenga que usar sujetadores que su madre le compra en mercerías y no puede llevar los que usan sus amigas, que son mucho más bonitos?

Odio tener que ocultarme con tanta ropa.

Odio no poder comprar camisetas cortas y enseñar el ombligo.

Odio cómo me veo.

Me miro al espejo y lo primero que pienso es que no soy como las demás. Las chicas de mi clase tienen todo mucho más fácil, siempre delgadas, se visten tan bien, y yo… yo no. Me cuesta encontrar ropa que me quede bien. Toda la ropa que encuentro parece estar hecha solo para las chicas delgadas, y yo me siento como si no encajara en ninguna parte.

¡¿Por qué no hacen ropa para chicas como yo con la que no parezca una señora?!

Me paso horas mirando revistas como *Super Pop* o *Bravo*, y todas las chicas que salen ahí son perfectas.

Nunca me voy a parecer a ellas. Nunca.

Y nadie parece entenderlo. Mis amigas me dicen que no pasa nada, que yo soy guapa, pero... yo no me veo así. A veces, me siento invisible, como si todo el mundo estuviera fijándose en las chicas con cuerpo de modelo y nadie me viera a mí. Y no hablo solo de los chicos. Es como si el mundo estuviera hecho para ellas, las perfectas, las que siempre encajan, las que lo tienen todo mucho más fácil.

Yo solo quiero ser como ellas, sin tener que estar todo el tiempo mirando lo que me sobra delante del espejo y odiando todo lo que no me gusta de mí misma.

A veces, también siento que mis padres o mi hermana no me entienden. Ellos me dicen que no debería preocuparme, que soy preciosa tal como soy, pero es que es muy difícil no compararme con lo que veo en la tele o en el instituto. Veo *Friends* y pienso que por qué no puedo ser como Rachel. En los anuncios de ropa solo aparecen chicas como las de las revistas: delgadas, con cuerpos perfectos, sin granos, sin pelitos rebeldes... Y yo, con mis caderas, mi pecho, mis piernas regordetas, me siento un poco fuera de lugar.

Me da rabia cómo cada día me juzgo y aunque intento no pensar todo el tiempo en ello, a veces es imposible. No quiero estar pensando en el michelín que saldrá si me quito el vestido al sentarme en la toalla o cómo el agua salpicará más de la cuenta al lanzarme a la piscina, pero no sé cómo evitarlo.

Ojalá pudiera hacer más caso a las voces de mi familia y de mis amigos, pero las que están en mi cabeza diciéndome que no encajaré jamás, suenan mucho más altas.

Tal vez nunca me sienta bien en mi propia piel.

—Greta, vamos.

Mis amigas gritan desde el borde de la piscina y mis amigos las cogen para lanzarlas al agua.

Nunca seré como ellas.

Nunca me mirarán como a ellas.

9. AQUÍ ESTARÉ

Marcos

Recordar el pasado con amigos siempre está bien. El problema es cuando comprendes que a veces has perdido demasiado tiempo pensando en las cosas que pudieron suceder y no ocurrieron.

¿Qué por qué digo esto? Por la cara que pone Greta cada vez que alguno menciona algún verano en el que se liaron con tal o cual, o si hablan de los viajes que hicimos en la universidad.

Ella sonríe como si en su cabeza apareciesen los fotogramas de aquellos días, pero ella no vino con nosotros. Desde el tercer año de carrera, ella no volvía al pueblo con tanta frecuencia. Conoció a Manuel y su mundo pasó a ser Madrid y el círculo de amistades de su entonces novio.

—¿Y el año de Erasmus de Kerman en Croacia? Creo que no he bebido tanta cerveza ni he visto atardeceres en la playa tan increíbles. —Koldo sonríe con nostalgia.

—¿En qué momento nos hemos convertido en viejos de ochenta años que cuentan batallitas? —pregunta Ainara sacando otra botella de vino.

—Nos hemos hecho mayores. —Eneko alza la copa para que se la rellenen.

—¿No curras hoy? —Berta es la que sirve el vino.

—En dos días empiezo de noches, por lo que hoy y mañana pienso celebrar que nuestra amiga Greta ha vuelto al pueblo. Hay que ponerla al día con los cotilleos.

Ella no dice nada. Está mirando el móvil y se tuerce el gesto de su boca. Suelta un pequeño bufido y estampa el móvil en la mesa, boca abajo.

—¿Todo bien? —pregunto, preocupado.

—Sí.

Miente y sé que lo hace porque se da pequeños golpecitos en los labios con los dedos. Siempre he sabido leerla, pero esta vez me está costando más. Tal vez por todos los años que han pasado desde que no nos vemos.

Tal vez porque ya no somos los mismos.

Tal vez porque la última vez que lo hicimos fue complicado.

Muy complicado.

Puede que intentase impedir su boda.

Solo un poco.

10. HAPPIER THAN EVER

Greta

Nadie dijo que los finales fuesen fáciles y menos si tienes a tu ex enviándote mensajes contradictorios constantemente. Primero te engaña durante demasiado tiempo. Y cuando digo *demasiado tiempo* es más del ochenta por ciento de tu matrimonio. Nos casamos cuando yo tenía veintitrés años, enamorada como nunca de un hombre que me veía, que me adoraba y al que le gustaban cada uno de mis tan odiados defectos; que me ayudó a crecer, a conocer a gente en Madrid, una ciudad que era demasiado grande para la chica de pueblo. Me empujó a presentar una solicitud en una gran editorial y, gracias a los contactos de su padre, acabé trabajando de editora jefa en el puesto de mis sueños.

Pero los sueños, todos, tienen dos caras: la feliz, la que te provoca el subidón de hacerlos realidad. Y la cara B, la que casi nadie ve: la forma en que dejas abandonada a tu familia, a tus amigos, a tu pequeño pueblo donde estabas segura; cómo vas cambiando para ajustarte a los estándares de casarte con alguien de la *realeza* madrileña. Que Manuel ni es un príncipe ni nada por el estilo, pero su familia es de un selecto club de millonarios con muchos contactos y pocos escrúpulos. Pero tardé demasiado en ver en qué me estaba convirtiendo.

Manuel no asistió al parto de ninguno de nuestros hijos, pero en su lugar mandó a mi suegra Cayetana y a su séquito de amigas bien peinadas y emperladas, para coger a mi primer hijo y decirme que sería mejor darle biberón, que mis tetas no eran lo suficientemente buenas, que había engordado demasiado en el embarazo y que debía empezar a cuidarme ya. Había dado a luz con veinticuatro

años, en una cesárea de urgencia por algo que vieron en mi última revisión con la matrona y no pude avisar a mis padres ni a mi hermana. De hecho, ellas fueron quienes se encargaron de blanquear a Manuel con un: *hija, es que él tiene un trabajo muy importante*. También ocultaron mi teléfono durante el tiempo que estuvieron en la habitación con mi hijo en brazos. A la hora de su merienda, la de ellas, en la que se ponían ciegas a Martinis y despotricaban del mundo, me devolvieron a un pequeño asustado y con olor a colonia de persona demasiado estirada.

Lloré.

La noche entera.

Y mi hijo fue el que me calmaba cada vez que por el dolor de los puntos se me saltaban más lágrimas. Se agarraba a mi dedo y me miraba sonriendo.

Sí, sé que los recién nacidos ni ven ni sonríen.

Pero él lo hacía.

Álvaro había llegado a este mundo a curar una parte de mí que ni siquiera sabía que estaba rota.

Cuando me calmé, ya que no quería que mis padres viniesen corriendo al sentirme destrozada, les avisé de que me ingresaban en el hospital para dar a luz.

Una mentira que nunca les aclaré.

Cuando llegaron y vieron a su primer nieto, ver cómo le brillaban los ojos a mi padre al cogerlo, cómo mi madre me preguntaba si estaba bien y la forma en que mi hermana acunaba al pequeño mientras le cantaba una canción, me hizo comprender que no merecía la pena explicarles lo que había sucedido.

Primera bandera roja en mi comportamiento.

Mi madre se quedó unas semanas en nuestro piso del barrio de Salamanca hasta que pensó que estaba bien en casa, justo cuando Manuel volvió de su viaje de trabajo.

Se comportó como el perfecto yerno, el perfecto marido y el perfecto padre.

Puntos para él de cara a mi familia.

Pero cuando todos se marcharon, volvió la manipulación.

◆ ◆ ◆

—Joder, Greta, lo siento muchísimo.

No, mentira, Manuel no es de decir tacos porque eso es de pueblerinas y barriobajeras.

—Greta, cariño, lo siento mucho. Esta fusión era imposible de parar y he hecho un esfuerzo titánico al quedarme allí para solucionarlo de primera mano. Si no, la empresa de papá se hubiese ido al garete.

Siempre dice *papá* en un tono… ñoño, pijo en exceso.

—Candela, gracias por cuidar de nuestra Greta en mi ausencia. Has sido la perfecta abuela. —La besa y en el gesto de mi madre se dibuja el disgusto que ha ocultado estas semanas.

—Soy su madre, es imposible que me hubiese perdido esto por nada del mundo —responde, haciendo hincapié en esas cuatro palabras finales.

—Puedo acercarte al aeropuerto cuando salga tu vuelo. Ahora que estoy en casa, cuidar de Greta y mi hijo es mi trabajo. Consuelo, ¿puedes llevarte al niño a dormir? Parece incómodo.

Consuelo, la mujer que tenemos interna en casa (algo que me ha chirriado desde siempre, pero a lo que Manuel está más que acostumbrado) me mira con una sonrisa compasiva y le contesta sin dejar de mirarme.

—Por supuesto, señor Manuel. —Coge al pequeño y pasa a susurrarme—. Voy a prepararle su baño y le aviso cuando esté.

Consuelo me trata de usted cuando Manuel está en casa; el resto del tiempo lo tiene prohibido por mí.

—Mejor que me prepare a mí el traje de Armani, Consuelo. Tengo una cena importante en una hora y necesito salir en breve.

Siento la mirada de mi madre clavándole mil puñales a Manuel en la espalda y yo lo excuso con que su trabajo en la empresa de su padre es muy importante y le doy demasiadas vueltas a que no pasa nada.

—Hija, acabas de tener a tu hijo, tu marido debería estar a tu lado. Necesitas que me quede.

—No, mamá. No te preocupes. Todo está bien.

◆ ◆ ◆

Me repetí esa frase durante tantas veces a lo largo de los años, que me la acabé creyendo. Me llevó muchos meses de terapia, hace menos de un año, darme cuenta de que me tenía completamente atada a él sin que yo lo viera.

Primero me quedé con él por Álvaro.

¿Cómo iba a privarle de su padre?

Después llegó Victoria y de nuevo me puse el mismo pretexto.

Los niños crecieron y todo lo hacía por ellos, por no separarlos de su ambiente, de su círculo de amigos, de sus compañeros de colegio y de los veranos en la casa de la playa que tanto disfrutaban. Pero no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde que me aparté de mi familia y hasta de lo que yo soñaba con ser: una mujer fuerte, autosuficiente y que se iba a comer el mundo.

Estaba tan equivocada en tantísimos aspectos, que ahora mismo me siento imbécil escuchando a mis amigos hablar de sus recuerdos, unos en los que solo hay una sombra de mí, ya que no soy partícipe de ninguno de ellos.

Me casé con Manuel y me divorcié de la Greta del pasado.

Me disculpo con todos alegando un cansancio extremo del viaje y avisando de que tengo muchas maletas que abrir y unos hijos que atender. Pero antes de que pueda alejarme de la mesa, escucho una voz que me estremece.

Y no para bien.

11. SCARS TO YOUR BEAUTIFUL

Greta

La profundidad de su voz me estremece y me convierte de nuevo en la adolescente con complejos, miedos y ganas de ocultarse.

—Hombre, mirad a quién ha traído el viento.

Me mira con los brazos abiertos esperando algo que no sé qué es. Está rodeado, como siempre, de su cuadrilla de amigos que le reían las gracias, se sumaban a sus burlas y hacían que sus comentarios doliesen mucho más.

—Hola, Unai. —Elevo un poco la cabeza al decirlo, tratando de que mis recuerdos no me hagan pequeña otra vez.

—¿No vas a abrazar a un viejo amigo?

—Nunca fuimos amigos, Unai —respondo firme.

—Fuimos algo más que amigos. —Hay mucha sorna en su voz—. Aunque a lo mejor tu nueva vida de rica en Madrid ha hecho que lo olvides.

—Es una pena que el cerebro no borre ciertos recuerdos. —Niego con la cabeza al decirlo y continúo con mi camino.

—Anda ya. Que lo pasábamos muy bien en la parte de atrás del jardín de tus padres. —Camina a mi lado tratando de que le vea la cara. Sigue siendo experto en ponerme nerviosa y no de una forma buena.

—Unai, déjame en paz. —Trato de controlar mi respiración porque está completamente alterada por el bombeo de mi corazón.

—Anda, Greta. ¿No quieres recordar viejos tiempos? La verdad es que has mejorado bastante. Ya no eres la chica regordeta de

entonces. Podría decirse que estás bastante buena.

Unai era y, parece que sigue siendo, un experto en hacerme sentir una mierda encubriéndolo todo con un falso halago.

¿Que quién es este imbécil?

El primer chico al que besé y el primer error de mi vida.

En las fiestas de un pueblo de al lado, mientras mis amigas se enrollaban con unos chicos, yo bebía sentada en la plaza esperando a que dijesen que nos íbamos a casa. Pero en aquel momento Unai apareció a mi lado y me hizo caso. Yo, que me sentía invisible para los chicos el noventa y nueve por ciento del tiempo, me dejé llevar por sus palabras bonitas y su labia.

Y la cagué.

La cagué exactamente durante un verano entero.

Pero cuando él quiso que nos acostásemos y casi me forzó a ello, le mandé a la mierda.

Entonces comenzó su ataque a mi cuerpo, mis complejos y avivó los demonios de mi cabeza.

—Vamos a hacer algo que no hicimos de jóvenes.

Freno en seco y pongo mi mano sobre su pecho.

Sus ojos se abren mucho y parece que le pillo desprevenido con mi respuesta.

—¿Quieres hacerlo aquí o prefieres más intimidad? —Sonrío y sé que el cree que es coqueteo, pero nada parecido.

—Joder, Greta, sí que has cambiado.

—No tienes ni idea de cuánto. —Subo mis manos por su pecho, le sujeto con fuerza de la camiseta y lo acerco a mí. Su sonrisa se ladea y sus ojos se oscurecen—. Esto es algo que no hice hace años y de lo que me llevo arrepintiendo desde entonces. —Tomo aire—. Puedes irte a la mierda, Unai. Eres un gilipollas que sigue utilizando los miedos de la gente para llevarla a tu terreno y hacer lo que te da la gana. Sigues siendo un crío lleno de complejos y la polla demasiado corta.

Suelto su camiseta y me doy la vuelta caminando hacia la carretera con la clara intención de irme a casa.

—¡No dejas de ser la chica gorda a la que nadie quiere! —grita bien fuerte para que el pueblo lo escuche bien.

Cuando dejo a todos atrás y estoy segura de que no me ven, sonrío. Tal vez tendría que haber actuado de forma más madura y no dejarme llevar por la Greta adolescente. Pero sé que ella ahora mismo está aplaudiendo por lo que acabo de decir, por lo que ella no fue capaz de hacer.

Los tonos naranjas del atardecer tiñen el horizonte. No me he dado cuenta de que se había hecho tan tarde. Camino observando el cielo, y me doy varias veces la vuelta para ver la sierra del fondo y respiro hondo por primera vez en todo el día. Al girar en la curva y dejar el pueblo atrás escucho un coche que viene por la carretera.

Con mi suerte seguro que es Unai que quiere atropellarme.

—¿Te llevo a casa?

Marcos para al otro lado de la carretera y apoya su brazo en la ventanilla, uno que se tensa por el gesto y en el que se dibujan unos músculos que no recordaba que estuvieran ahí antes.

—No hace falta que me salves, Marcos.

—Eso ya me lo dejaste claro hace años, Greta.

Un par de coches pasan entre nosotros y él me sigue mirando de esa forma que es capaz de desarmarme, pero con el lío que tengo en la cabeza, con toda la mierda que tengo que gestionar, no es un buen momento para bajar la guardia y cometer alguna estupidez que nos hiera a ambos.

—Solo estaba siendo amable, Greta. A veces no está mal aceptar ayuda. —Levanta las cejas al decirlo y se sube las gafas de sol que descansaban en el puente de su nariz.

Lo veo alejarse por la carretera y siento lo mismo que aquella última vez que lo vi marcharse de Madrid cuando me pidió que no me casase con Manuel.

12. QUÉ VIDA TAN DURA

Greta

Tardo más de lo que recordaba en llegar a casa. Parece que las distancias, al igual que nosotros, cambian con los años. O es que mi cuerpo está a punto de caer rendido en cuanto apoye el culo en una silla. Me suelto el pelo para dejar que la pequeña brisa que siempre se levanta en esta parte del pueblo se deshaga del calor que tengo.

Sé que al llegar a casa tendré un interrogatorio o quejas de mis hijos sobre la idea de pasar aquí el verano, pero tras veinte minutos caminando lo que me encuentro cuando llego a casa me sorprende. Mis hijos están en la mesa del porche jugando con mi hermana y Álex al Uno.

—¡Chúpate dos, tía! —Mi hija lanza la carta junto con el grito.

—Já. —Es mi hermana la que ahora lanza una carta y se ríe—. Chúpate cuatro más, Álvaro.

—Sois unas tramposas.

Se ríen y escuchar esos sonidos saliendo de las gargantas de mis hijos hacen que me una a ellos desde lejos. No parece que lo estén pasando mal.

Desvío la mirada a la zona de la piscina y veo a Marcos junto a mi padre en la parte de la ducha exterior. Me acerco a ellos.

—No sé qué le pasa. Se atasca cada dos por tres. —Mi padre golpea el grifo.

—Yo me encargo. —Marcos sonríe quitándole a mi padre la herramienta que tiene en la mano.

—Gracias, hijo. —Mi padre le da una palmada en la espalda y camina hacia mí—. La cena estará en media hora, cariño. —Me besa en la cabeza antes de alejarse.

—Mierda.

Es Marcos el que maldice.

El agua de la ducha cae sobre su cabeza, resbalando por su pelo y empapándole la camiseta blanca que se le pega al cuerpo como una segunda piel. Puedo ver cada músculo de su torso, el contorno de su pecho y cómo las gotas de agua recorren sus brazos hasta caer al suelo. Me quedo paralizada, con el corazón a mil, sin poder apartar los ojos de él.

Se pasa la mano por el pelo, echándolo hacia atrás con un movimiento lento y luego me mira. Sus ojos oscuros brillan bajo las pequeñas luces del jardín, son casi felinos, pero su respiración es pesada, como si llevara horas cargando con nuestros fantasmas.

—¿Te quedas a mirar o piensas ayudarme?

—Soy de menos ayuda que mi padre con una llave inglesa o lo que sea eso. —Mi voz sale temblorosa y esto me cabrea.

—Ven. —Alarga la mano mojada hacia mí. Doy un paso atrás y siento que el pecho se me encoge.

—Marcos…

—Greta… —Su voz apenas es un susurro roto, pero lo escucho tan claro como el agua que golpea el suelo—. Ven aquí.

Cada fibra de mi cuerpo me grita que me acerque, que le abrace, que me deje caer en él como tantas veces he soñado y nunca me he permitido. Pero mi cabeza me repite que esto es complicado, que Marcos es peligroso para mi estabilidad y para mi corazón.

Aun así, mis pies se mueven sin que les dé permiso. Camino hacia él, hacia su calor, hacia su olor a madera húmeda. Cuando estoy lo bastante cerca, tira de mí con suavidad, con esa fuerza contenida que siempre me ha puesto nerviosa y me pega a su pecho empapado. El agua fría me cala el pelo, me empapa el vestido y siento cómo se me pega a la piel, marcando cada curva.

Sus manos se posan en mi cintura, grandes, seguras y cálidas incluso bajo el agua helada. Su frente choca con la mía y nuestras respiraciones se mezclan rápidas y desordenadas. Me mira a los labios.

Siento su aliento chocando con mi boca.

Sus dedos se clavan un poco más en mi cintura y su pecho sube y baja contra el mío.

—Joder… —susurra con la voz rota, tan baja que apenas lo escucho—. Qué guapa estás cuando no huyes.

Por un momento pienso que me va a besar.

—¡Mamá! —grita Victoria—. Te has dejado el otro teléfono y no ha parado de sonar. Creo que deberías llamar a papá. Quiere hablar contigo.

Manuel, él siempre ha sabido cómo joder las cosas aun sin estar presente. Es aparecer y desvanecerse la magia que se acababa de crear entre Marcos y yo.

—Tu marido te llama. —Siento dolor en las palabras de Marcos.

—Exmarido.

—Si no hay papeles, sigue siendo tu marido.

Siento cómo comienza a apartar sus manos de mis caderas y su cuerpo lentamente se mueve hacia atrás, por lo que yo también me alejo de él y de lo que fuera que fuese esto que ha ocurrido.

—Hay cosas que al parecer no cambian: Manuel te llama y te toca perder el culo para estar con él.

—Eres imbécil. —Aprieto mis manos a ambos lados de mi cuerpo y me doy la vuelta enfadada.

El cabreo no va con él, va conmigo por dejar que mi yo adolescente esté tomando las riendas.

13. IN THE STARS

Marcos

Llego a casa con la camiseta empapada pegada al cuerpo. Me la quito antes de entrar junto con mis zapatillas y las dejo tiradas en el banco de la entrada. Abro la puerta de la cocina y siento el frescor del suelo de barro cocido bajo mis pies descalzos. Me duele la espalda después de cargar sacos toda la mañana y la tensión de la ducha no ha ayudado.

Subo las escaleras hasta mi habitación con el cuerpo húmedo y el pelo goteándome la nuca. Me cambio rápido y me pongo un pantalón corto de algodón gris y una camiseta limpia. Me miro en el espejo un segundo mientras me paso la mano por la barba. Tengo ojeras, la piel quemada por el sol y un mechón rebelde que siempre se me queda de punta.

Suspiro dándome cuenta de que parezco agotado.

Bajo de nuevo y cojo las llaves de la furgoneta del cuenco de la entrada donde las había dejado. Voy hasta la parte trasera y empiezo a colocar los sacos de tierra que he dejado a un lado esta mañana, para seguir con el jardín de los Samaniego mañana a primera hora. Siento el peso en los brazos, la tierra raspándome la piel y el sudor corriéndome por la espalda cuando llevo ya diez sacos.

Me paso el brazo por la frente para limpiarme el sudor y entonces la veo.

Greta aparece por el camino de grava que separa ambas fincas. Está en silencio con el móvil pegado a la oreja, caminando con esa forma suya… como si pudiera con todo. Se ha cambiado de ropa. El

vestido se mueve alrededor de las piernas y el pelo aún mojado le cae en ondas oscuras sobre los hombros.

Parece molesta. Habla con el ceño fruncido y mueve la mano libre para enfatizar lo que dice.

Pero, joder, está preciosa.

El aire se me queda atascado en el pecho. Me obligo a seguir levantando sacos para colocarlos ordenados y contarlos al terminar. Escucho palabras sueltas como *Madrid* o *editorial* saliendo de su boca y la realidad me golpea como un gancho: directo e inesperado.

Su mundo es la capital, las fiestas y el mundo fuera de aquí.

El mío es la tierra, la madera y este pueblo.

Hace años ese mundo también pudo ser mío, pero no me fui.

Podría haberlo hecho, por supuesto, pero la vida tenía otros planes para mí.

Saqué matrícula en bachiller y tenía una beca para estudiar Ingeniería Agrícola en Bilbao. Mi madre lloró de orgullo el día que llegó la carta. Pero ese invierno mi hermana Álex cayó enferma y acabó ingresada tres veces por neumonía. Dormía en un sillón incómodo del hospital escuchando su respiración ronca, pensando que no podía dejarla sola.

Me decía: *Un año más aquí y luego me voy*.

Pero un año se convirtió en tres.

Cuando mi padre nos abandonó, yo no era más que un adolescente, y me convertí en el hombre de la casa. Aprendí a podar, a arreglar bombas de riego, a pelear con proveedores que me miraban con cara de *qué sabrá este crío*. Y cada vez que pensaba en marcharme, miraba a mi madre y me decía: *¿Y si me necesita y no estoy?*

No podía dejarla sola con mi hermana enferma.

Luego estaba Greta.

La única razón por la que sí me habría ido. Porque siempre creí que, si estudiaba en Bilbao, si me hacía un nombre, si le demostraba que no era solo el chaval del pueblo, tal vez me miraría de otra forma. Pero antes de que pudiera decidir nada, ella se largó.

Se fue a Madrid sin mirar atrás, dejándome con un montón de planes que nunca conté a nadie.

Así que no me fui.

Mi tío decía que si abandonas el lugar donde naciste, rompes algo dentro de ti que ya no puedes reparar. Porque mis raíces están aquí, en estas tierras, en el barro que se mete bajo mis uñas, en el olor a madera recién cortada. Porque mi madre era mi raíz, mi hermana mi tronco y yo el que sostenía todo esto.

Pero también me quedé porque, en el fondo, tenía la estúpida esperanza de que Greta volvería. Que un día aparecería por el camino de la finca con esa sonrisa suya que me revuelve el estómago y me diría: *Marcos, he vuelto*.

Pero conoció a Manuel.

Dejó de venir al pueblo.

Nos olvidamos de aquellos chavales que soñaban a lo grande.

No me fui porque siempre la estuve esperando.

Y, ahora que ha vuelto, lo único que pienso es si esta vez seré capaz de dejarla marchar o impedir que lo haga.

Porque, joder, no sé si podría soportar perderla otra vez.

Greta se detiene de pronto en mitad del camino. La veo cerrar los ojos un segundo, apretar los labios y respirar hondo, como si estuviera conteniéndose.

—¡Joder! —grita de golpe.

Su voz retumba entre las paredes de la casa y los viñedos, haciéndome tensar los hombros. Antes de que pueda reaccionar, lanza el móvil con fuerza contra el suelo de grava. El golpe suena seco, hueco y el teléfono rebota un par de veces antes de quedarse ahí, quieto, con la pantalla boca abajo.

Se queda inmóvil, mirándolo, con los puños apretados a los costados y el pecho subiendo y bajando rápido. Su vestido ondea un poco con la brisa caliente y una hebra de su pelo se le pega al labio inferior.

Está furiosa.

Está preciosa.

Está rota.

Y yo… yo no sé si debería acercarme a recoger los pedazos.

14. QUERIDA YO

Greta

El móvil queda sobre la grava roto. Lo observo con los oídos zumbándome y el corazón desbocado. Siento un sudor frío bajándome por la nuca.

Esta llamada ha sido la confirmación de algo que no quería oír: mi despido definitivo.

—Joder.

No sé en qué momento el nudo de mi garganta se convierte en un grito. Solo sé que necesitaba sacarlo. Porque llevo días o semanas conteniéndome para no explotar.

Porque si exploto, se enteran de todo: de que no soy la Greta que creen, que no soy esa mujer imparable, fuerte y que puede con todo. De que no soy más que una niña jugando a ser mayor, con vestidos bonitos, tacones altos y un puesto de trabajo que ya no significa nada.

Me froto la cara con la mano, sintiendo el temblor en los dedos. Respiro hondo y fijo mi vista en las viñas que se pierden en el horizonte, en el polvo que se levanta con la brisa cálida, en la casa de piedra que fue mi refugio cuando era niña. Todo parece igual que siempre, mientras mi vida se desmorona pedazo a pedazo.

Fracasada, susurra una voz en mi cabeza.

Ridícula, dice otra.

Te lo mereces. Por creerte mejor que todos. Por irte sin mirar atrás, añade una tercera sin pudor.

Me arden los ojos, pero no pienso llorar aquí, en mitad del camino, delante de Marcos que me mira sin comprender nada. Se acerca con pasos firmes sobre la grava. Puedo ver su expresión:

ceño fruncido, mandíbula apretada y esa mirada suya que parece querer sostenerlo todo.

Pero yo no quiero que me sostenga.

No necesito que me salven.

—Greta… —dice con su voz grave pero suave, como si temiera hacerme daño.

Cierro los ojos con fuerza.

Me duele el pecho.

Me duele la garganta.

Me duele el maldito orgullo.

—No —susurro.

No me oye, porque da un paso más y lo repito, más alto, con la voz rota.

—No. Ahora no, Marcos. —Noto cómo la primera lágrima me resbala por la mejilla. Me la seco rápido, con la mano temblorosa y me obligo a mirarlo—. Por favor… ahora no.

Lo veo detenerse mientras traga saliva y asiente, aunque sus ojos me dicen que no quiere dejarme así. Pero lo hace. Se queda quieto mientras yo me agacho, recojo el teléfono hecho pedazos y me doy la vuelta sin mirarlo.

Camino hacia la casa sintiendo su mirada clavada en mi espalda. Cada paso lo siento más pesado que el anterior, como si arrastrara todo el fracaso conmigo. Respiro hondo, intentando ordenar mis pensamientos antes de que mis hijos me vean.

—¡Mamá! —grita Álvaro. Está sin cartas celebrando su victoria. Tiene el flequillo pegado a la frente por el sudor. Me mira con esos ojos suyos tan grandes, tan llenos de vida, y el nudo de mi pecho se aprieta aún más.

—Hola, cielo. —Sonrío. Al menos lo intento—. ¿Estáis bien?

—Sí. Las he ganado en cada una de las partidas y la tía me ha dejado beber de su *kalimotxo*.

—Ya hablaré con ella de eso —respondo con una mueca divertida. Me incorporo y miro a Carolina. Me lanza una mirada rápida y vuelve a jugar a las cartas para ganar a su futura mujer y a Victoria.

Me quedo observándolos unos segundos en silencio.

Los escucho mientras juegan, se ríen y pienso: *¿Qué pasará si descubren que su madre es un fraude? ¿Que la mujer fuerte que creen que soy no es más que humo y cansancio?*

Me da miedo fallarles, me aterra más que nada en el mundo.

Porque no soy solo yo la que se hunde si caigo.

Álvaro vuelve a llamarme.

—Mamá, ¿quieres jugar con nosotros?

La sonrisa se me rompe un poco por dentro.

—Ahora no, cariño. Necesito… necesito un momento, ¿vale?

—Vale —dice bajito, y comienza a repartir las cartas, sin mirarme.

Muerdo el interior de mi mejilla con tanta fuerza que me duele. Me giro antes de que vean mis ojos húmedos y subo las escaleras sintiendo que cada peldaño me cuesta el doble. Cuando llego a mi habitación, cierro la puerta con suavidad. Me apoyo contra ella y dejo que todo el aire salga de golpe. Miro a mi alrededor: la cama sin hacer, la maleta abierta sobre la alfombra, ropa desordenada, mi neceser volcado. Todo es un desastre. Como yo.

Y lloro. Lloro de verdad. Sin contenerme.

Siento las lágrimas quemarme la piel mientras me encojo en el suelo, con la espalda pegada a la puerta y las rodillas contra el pecho. Lloro por todo lo que he perdido, por todo lo que no fui, por todo lo que nunca voy a recuperar. Lloro porque he fallado y no tengo a quién decírselo sin que duela.

Ridícula.

Fracasada.

Te lo mereces.

Lloro porque no quiero que me vean así. Porque no quiero que mis hijos descubran que su madre no sabe qué hacer. Que no sabe cómo pagar un alquiler en Madrid sin trabajo. Que no sabe cómo mantenerlos en la universidad. Que no sabe si podrá darles el futuro que prometió.

Me limpio la cara con el dorso de la mano intentando calmarme. Pero cada vez que respiro, un sollozo nuevo me sacude. Me duele todo: el cuerpo, la cabeza y el alma.

No puedo fallarles. No puedo fallarles. No puedo fallarles.

Me repito las palabras como un mantra, aunque no me las creo. Me gustaría volver a ser la Greta de antes. La que creía que podía con todo. La que nunca habría vuelto aquí derrotada. La que se habría reído de esta escena dramática, diciendo: *Por favor, Greta. Levántate. No tienes tiempo para esto.*

Me tumbo de lado, apoyando la mejilla contra el suelo frío. Me quedo ahí, temblando, con las lágrimas empapándome el pelo y la cerámica.

Y entonces llaman a la puerta.

Me encojo más contra el suelo. Me froto los ojos, intentando borrar las lágrimas, pero es inútil. Mi voz tiembla cuando hablo:

—Marcos… —Suspiro, derrotada—. Déjame en paz.

15. POISON & WINE

Marcos

Me quedo quieto al otro lado de la puerta, con la frente apoyada en la madera y las manos en los bolsillos, como si así pudiera estar con ella aunque me haya pedido que me vaya. La oigo llorar con la respiración entrecortada y los sollozos que intenta ahogar sin éxito, es un sonido que me araña por dentro como un clavo oxidado.

Joder, Greta.

Cierro los ojos y apoyo la palma abierta contra la puerta, sin golpear, sin llamar, solo intentando decirle que estoy aquí aunque no me vea. Siento el frescor de la madera vieja bajo mis dedos y me la imagino al otro lado temblando. Me dan ganas de abrir la puerta, entrar y abrazarla hasta que se quede dormida sobre mi pecho o al menos hasta que deje de llorar. Quiero decirle que todo estará bien, que puede caerse, que aquí siempre habrá alguien para sostenerla.

Pero no lo hago.

Porque la conozco.

Siempre ha sido así con ella.

Cuando las cosas no van bien se cierra como una puerta demasiado vieja que no sabes si al empujarla se romperá. Si ahora mismo la abriese, me la cerraría en la cara con un portazo y se encerraría más. Y yo… yo no quiero que me cierre la puerta para siempre.

No sé cómo ayudarla sin que sienta que intento salvarla.

No soy un salvador, bastante jodido estoy ya con su vuelta como para intentar salvarla de algo que no sé ni lo que es.

Suelto un suspiro largo.

Bajo la mano despacio y apoyo la frente de nuevo contra la puerta un segundo más antes de apartarme. Me quedo ahí, mirándola como si pudiera ver a través de ella, intentando averiguar qué está pensando, qué le duele tanto, por qué tiene esa mirada de alguien que ha perdido una gran batalla desde que volvió.

Doy un paso atrás. Bajo la vista y me doy cuenta de que los pantalones cortos y la camiseta vieja están manchadas de tierra de los sacos. Me paso la mano por la barba, pensando que debería ducharme. Pero ahora lo único que quiero es asegurarme de que Greta no se sienta sola.

Bajo las escaleras y camino despacio hacia la cocina. Los hijos de Greta parece que han terminado la partida y ahora están en el salón, viendo una serie. Álvaro me mira un segundo, con sus ojos enormes y llenos de preguntas. No parece que le guste que esté por casa o cerca de su madre. Me lo deja bastante claro cuando le da un pequeño golpe a Victoria en el hombro y ella también se fija en mí.

Ninguno dice nada, pero no me hace falta: sus caras ya lo hacen.

Entro en la cocina y enciendo la cafetera sin hacer ruido y saco la que era su taza favorita: una blanca con el borde dorado y el asa rota que pegó hace muchos años. Me sorprende que siga aquí.

Mientras se calienta el agua, me apoyo contra la encimera. Miro por la ventana. El aire huele a tierra caliente y hierba recién cortada. Es el olor de mi vida. Respiro hondo e intento no pensar en cómo se siente ahora mismo, sola en la habitación, posiblemente hecha un ovillo sobre el suelo sin dejar de llorar.

Siempre fue fuerte, más que nadie que haya conocido. Pero incluso la roca más dura se resquebraja si la golpeas demasiado.

Cuando la cafetera termina, vierto el café en su taza.

Ni azúcar, ni edulcorantes. Greta odia endulzar lo amargo. Dice que es mejor tomarlo como la vida: negra y fuerte. Sonrío al recordarlo, pero me duele el pecho al hacerlo.

Cojo la taza caliente entre las manos y me quedo quieto un momento aspirando el aroma.

Podría subir, abrir la puerta y dejársela en la mesilla, pero ella me ha pedido que la deje en paz. Y, aunque me cueste, la respeto. Le

dejo su espacio. No quiero empujar esa puerta hasta que esté lista para abrirla.

Camino hasta el final de la escalera, subo los últimos peldaños y dejo la taza en el descansillo, justo frente a su puerta, donde pueda verla si sale.

Me quedo un segundo mirándola como si el aroma a café fuese a conseguir que Greta saliese de la habitación y poder decirle que, aunque no entre, sigo aquí: siempre estaré aquí.

Me doy la vuelta y bajo las escaleras en silencio.

Mientras vuelvo a la cocina, pienso que ojalá fuera tan fácil arreglarla como lo es hacerle un café.

Porque aunque me duela reconocerlo, creo que la han roto.

16. NANA TRISTE

Greta

Creo que se me va a partir por la mitad la espalda en cuanto me levante del suelo. Noto el suelo frío contra mi piel, tengo el cuello rígido y no siento la parte del cuerpo que ha estado aplastada contra las baldosas.

Me incorporo despacio y miro a mi alrededor. La habitación sigue desordenada. Lo veo por los primeros rayos de sol que se cuelan por la ventana entreabierta.

Me arden los ojos y no soy capaz de abrirlos por completo, signo de lo hinchados que deben de estar. No sé si me dormí llorando o dejé de hacerlo antes de caer en los brazos de Morfeo. Aunque esto es demasiado poético para la noche de mierda que he pasado.

Suspiro y me obligo a ponerme de pie. Intento estirar una a una las vértebras de mi espalda, pero estoy demasiado encorvada y camino así hasta el armario para recoger un par de toallas. Compruebo que tengo el vestido arrugado y al revisar mi cintura veo marcas rojas en la piel donde la tela se me ha clavado al dormir. Me paso una mano por el pelo, enredado y sucio, y me miro en el espejo. Veo a una mujer rota. Con los ojos oscuros, la piel apagada y el alma… Esa no sé dónde la he dejado.

Tal vez en Madrid.

Tal vez se perdió por el camino.

Tal vez se la vendí al diablo cuando me casé con Manuel.

Abro la puerta para ir al baño y veo algo en el suelo que me resulta familiar: mi taza blanca con el borde dorado, la que se rompió una vez hace demasiados años y pegué con pegamento. La cojo con cuidado. Recuerdo que era mi taza favorita, pero un verano

se me cayó de la encimera y se le rompió el asa. Habíamos aprendido sobre *Kintsugi*, la técnica japonesa de reparar las cosas rotas con pegamento y luego espolvorearlo con polvo dorado.

Sonrío al recordar lo pesadas que nos pusimos mi hermana y yo para que mi padre nos consiguiese algo que fuese dorado y en polvo para hacerlo. Paso las yemas por las marcas y desearía que fuese tan fácil reparar todo en esta vida: con un poco de pegamento fuerte y algo de polvo dorado.

El café está frío, aun así, me lo acerco a mi nariz, respiro hondo y cierro los ojos un segundo.

Sé quién la ha dejado aquí: Marcos y su forma de cuidarme sin que yo le deje, sin entrar donde no le permito.

Entro en el baño, me doy una ducha con agua helada y me lavo los dientes. Me recojo el pelo en un moño rápido, me pongo una camiseta limpia y unos pantalones, y bajo las escaleras con la taza en la mano, como un escudo.

El olor a tostadas me recibe antes de llegar a la cocina. Escucho risas suaves y la tele del salón encendida. Respiro hondo, elevo la cabeza, estiro la espalda y me pongo recta, y al entrar en el salón los veo. Victoria está sentada en la encimera, con una taza en la mano y comiéndose una galleta, y Álvaro está de pie junto a la tostadora, untando mantequilla en un pan muy concentrado.

Me detengo en el umbral, solo un segundo, para mirarlos. Para grabar en la memoria esta imagen sencilla, este momento que no sé cuánto durará.

—Buenos días —digo con la voz un poco ronca.

Ambos parecen sorprendidos al verme.

—Pensábamos que no te levantarías nunca. —Álvaro lo dice con algo de rabia en su voz.

—Sí, lo siento. Parece que el aire del pueblo me hace dormir más. —Trato de sonreír.

—Pues no parece que hayas descansado demasiado bien. Estás fatal, mamá. —Victoria y su sutileza.

—Tengo que acostumbrarme al colchón.

Le doy un trago al café que aún tengo en las manos. Tras todos estos años de vida a mil por hora, me he acostumbrado a beberme

el café frío, pero siento un amargor extraño en la boca.

No ha sido buena idea tras estar toda la noche en el suelo.

—¿Estás triste? —pregunta Victoria, con esa franqueza cruel de los adolescentes.

Trago saliva y le sonrío, aunque siento el temblor en los labios.

—Solo estoy… un poco cansada.

—¿Cansada de nuestra vida en Madrid y por eso hemos venido al pueblo a morir? —dice con toda la seriedad del mundo, y me aprieta la cara con sus manos.

—Victoria tiene razón. ¿Qué ha pasado tan grave para que tengamos que huir de Madrid? Tendréis que arreglarlo, como siempre hacéis. —Álvaro me mira como si esto no fuese nada más que otra pelea por la elección de extraescolares o el lugar de vacaciones.

—A veces hay cosas que no se pueden arreglar tan fácilmente. —Siento la presión en el pecho.

—Pero tú siempre lo haces. Pides perdón y la vida vuelve a ser la misma. —Es Victoria la que ha normalizado mis peleas con Manuel y la solución a la que siempre llegábamos.

Noto cómo el aire se me atraganta la garganta.

—Voy a por café.

Respiro hondo y tiro el café frío de la taza por el fregadero y me preparo uno nuevo. Mientras espero, me apoyo contra la encimera y los miro cuando no me ven. Victoria le pide un trozo de tostada a Álvaro, pero él se niega diciéndole que se haga unas para ella. Victoria ladea la cabeza y pestañea un par de veces sin dejar de mirar a su hermano. Bromean entre ellos. Es una escena cotidiana pero me he perdido muchas de estas últimamente. Llevo meses levantándome a las cinco de la mañana para trabajar sin parar hasta las doce de la noche.

Me he perdido desayunos y demasiadas cenas. No me he despedido de ellos antes de salir por la puerta de casa deseándoles un buen día. Casi he olvidado los besos que me daban y el abrazo antes de salir corriendo con sus amigos.

—¿Hoy podemos ir a algún centro comercial? —pregunta Victoria con la boca llena—. Necesito comprar crema del sol y algo más.

—La tía tendrá de eso. —Álvaro odia ir con su hermana de compras.

—Hoy… —miro el reloj, sin ver la hora realmente—. Hoy tengo cosas que hacer. Pero si me da tiempo, sí, iremos.

—Vamos, que no iremos —dice decepcionada.

Álvaro me mira de reojo y susurra:

—¿Necesitas ayuda con algo?

Me acerco y le acaricio el pelo con cuidado.

—No, cariño. Tú disfruta. *Ama* puede sola.

Pero cuando digo estas palabras, algo se rompe un poco más dentro de mí.

Porque no es verdad.

Porque me estoy engañando.

Porque los estoy engañando.

No puedo sola.

Pero ¿a quién se lo voy a decir?

El café termina de hacerse y lo sirvo en mi taza. Me quedo de pie, mirando el vapor subir, mientras escucho sus voces mezcladas con la serie que están viendo de fondo. Siento que el pecho me duele de tanto amor y miedo a la vez.

—Mamá, ¿puedo hablar con él?—Victoria me enseña mi móvil.

—¿Con quién?

—Con papá. Te está llamando.

Se me revuelve el estómago y me tengo que agarrar a la fregadera de mármol para tratar de no vomitar.

Aguanta un poco más, Greta.

Solo un poco más.

Después ya verás qué hacer.

Odio este maldito mantra que me llevo repitiendo demasiados años, pero o me aferro a él o no voy a salir de esta.

17. LO QUE CONSTRUÍMOS

Greta

Antes de que pueda responderle a mi hija, ella ya está hablando con su padre. Le contesta con palabras cortas, como si no quisiera que escuchase su conversación.

Escucho algún *no* contundente unido a una carcajada, otras veces un *puede* y algún *no sé*. Me concentro en mi café y respiro hondo tratando de calmarme. Manuel tiene el don de hacerme sentir débil aun no estando en la misma habitación.

—Álvaro, quiere hablar contigo. —Su hermana trata de pasarle el teléfono, pero este, sin yo saber muy bien por qué, lo rechaza—. Álvaro, papá quiere hablar contigo.

—Dile que no estoy. —Álvaro coge uno de los libros de mi padre.

—Te está oyendo —responde Victoria enfadada.

—Me da igual. —Álvaro sale del salón al jardín.

—*Papá, es que esta fuera y no me oye. Vale*.

Es entonces cuando veo el brazo de mi hija alargado hacia mí. Me está ofreciendo el teléfono y lo cojo con las manos temblorosas. Ver su nombre en la pantalla hace que se me revuelva más el estómago.

—¿Sí? —respondo tratando de sonar calmada.

—Vaya, por fin coges el teléfono. —Su voz suena fría y cargada de reproche. De fondo oigo el tintineo de una cucharilla contra una taza. Seguro que de la vajilla francesa que su madre nos regaló hace unos meses—. ¿Qué pasa? ¿No tienes cobertura en ese pueblo de mierda al que te has largado?

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo para no llorar, para no dejar que me oiga rota.

—Estaba dormida. —Pongo el altavoz y dejo el teléfono en la encimera. Escuchar su voz en mi oído me hace temblar.

—Claro. Dormida a las nueve de la mañana. Qué vida más dura, Greta. —Suelta un bufido sarcástico—. Mientras tanto, aquí sigo yo, cubriéndote en todo, como siempre. Porque parece que se te olvida que tienes responsabilidades.

—No se me olvida nada —respondo en voz baja, con los dientes apretados.

—Pues actúas como si se te olvidara. —Su tono cambia, se vuelve más cortante—. Me ha llamado el banco. Dicen que la cuenta compartida tiene movimientos raros. ¿Se puede saber en qué coño estás gastándote el dinero ahora? ¿En más copias de libros de mierda o en algún traje de Zara que probablemente no te vale?

Siento un escalofrío en la nuca.

—No he usado esa cuenta.

—Pues algo habrás hecho. —Oigo cómo deja la taza con fuerza sobre la encimera—. Siempre igual. Siempre con tus cuentos de víctima. ¿Y ahora qué? ¿Te vas a quedar ahí tirada con esos críos mientras yo me parto la espalda aquí para mantenerte?

—Manuel, no empieces. —Intento que no me tiemble la voz, pero lo hace igual.

—¿Qué no quieres que empiece? Eres tú la que se ha largado sin hablar las cosas como una adulta. —Su tono sube un poco—. ¿Sabes lo que están diciendo en el club? ¿Sabes lo ridículo que es que no estés aquí para la reunión de este mes de la universidad? ¿O también te da igual su educación?

Me muerdo la lengua para no decirle que fui yo quien eligió y gestionó cada colegio, cada extraescolar, cada maldita reunión en la que él nunca estuvo. La que ha hecho todos los papeles de las universidades y los pagos de estas. La que a pesar de que quería que nuestros hijos decidiesen por ellos mismos dónde estudiar, tuvo que tragar con su elección de la universidad en la que su padre estudió.

—Estoy viendo cómo organizarlo.

—Sí, claro. *Tú viendo cómo organizarlo*. Como siempre. Viviendo en tu nube, Greta. Pues te lo digo ya: baja. Porque aquí la vida real

sigue. Y tus hijos no necesitan una madre que huye cuando las cosas se complican.

—Eres tú el que nos ha echado de casa, Manuel. —No sé de dónde saco la fuerza—. Así que deja de decir que he huido con los niños. ¿O no recuerdas tu amenaza?

Siento que me falta el aire.

Miro por la ventana, hacia las viñas y el cielo despejado, y sé que, si no cuelgo ahora, voy a romperme delante de él.

—Tengo que colgar.

—Ni se te ocurra colgarme. —Su voz se vuelve grave, amenazante—. Escúchame bien: como se te ocurra gastar un euro más de esa cuenta, no vas a ver ni un céntimo en tu vida. —Hace una pausa y respira hondo—. Y cuando vuelvas, porque vas a volver, no pienses que esto se me va a olvidar. Aquí nada cambia porque tú decidas largarte. —Su voz baja aún más—. Me encargaré de recordarte cada día que me necesitas. Porque no sabes vivir sin mí. —Otra pausa—. Soy tu marido, Greta. Y no pienso firmar los papeles.

No respondo. Solo cuelgo antes de que mis lágrimas me traicionen y me oiga sollozar.

Me quedo mirando el teléfono, con el pulgar temblando sobre la pantalla negra.

Siento náuseas. Me abrazo el estómago y me apoyo contra la encimera, intentando respirar.

—¿Qué coño ha sido eso?

Su voz me pilla por sorpresa y suelto el teléfono.

18. AUNQUE TÚ NO LO SEPAS

Greta

Me giro despacio y está en la puerta de la cocina, con el ceño fruncido y las manos cruzadas sobre el pecho.

—Greta…

—¿Cuánto llevas ahí? —pregunto, intentando sonar casual mientras limpio las lágrimas que me mojan la cara.

—Lo suficiente. —Los ojos de mi hermana brillan, como si contuviera sus propias lágrimas—. ¿Así te habla siempre?

Trago saliva. Me doy la vuelta para darle la espalda, abro el armario del pan y lo saco para prepararme una tostada que probablemente no coma.

—No es nada.

—Greta, no me tomes por idiota. —Su voz se rompe un poco y, cuando me doy la vuelta, la veo acercarse. Me agarra de los hombros con fuerza—. Eso no es un matrimonio. No es normal que te hable así.

—Déjalo, Carol. Por favor.

Intento apartarme, pero ella me sujeta con más fuerza.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque no hay nada que contar. —Mi voz sale débil, casi en un susurro. Siento el temblor en los labios y me odio por ello—. No quiero hablar de esto. No ahora. Déjame que intente solucionar las cosas, por favor.

Carolina suspira, me acaricia la mejilla y suelta mis hombros. Me da la espalda y abre la nevera.

—Está bien. No hablaremos ahora. —Saca un yogur y cierra la puerta con fuerza—. Pero un día tendrás que contármelo todo. Y espero que no sea cuando ya sea demasiado tarde.

Me mira fijamente unos segundos y su mirada se suaviza, pero no su tono.

—Espero que una de las cosas que tienes que solucionar no sea volver con él y seguir permitiéndole maltratarte, Greta. Porque eso es maltrato. Si eso mismo se lo dijesen o hiciesen a tu hija, ¿qué harías?

—Probablemente llamarte en medio de la noche diciéndote que te necesito, que pilles un disfraz y una pala.

—Tú pones el coche y yo la gasolina. —Mi hermana camina de nuevo hacia mí y me pone la mano en la espalda invitándome a salir a la entrada de la casa, donde mis hijos no podrán oírnos—. No sé qué mierda ha pasado con el imbécil de tu exmarido, porque espero que sea tu exmarido lo antes posible. Pero no permitas que te hable así nunca más. Hazlo por ti. Te mereces todo el respeto del mundo, del puto universo, Greta. —Me obliga a sentarme en uno de los escalones.

—¿Cuándo sabes que has tocado fondo?

Carolina suspira, se sienta a mi lado en el escalón y se queda un momento en silencio, mirando al frente. Luego, se frota las manos sobre los muslos y me dice con la voz firme, pero suave.

—Cuando ya no sientes nada, ni miedo ni rabia ni tristeza. Cuando te da igual si amaneces mañana o no.

Se gira hacia mí y sus ojos se llenan de lágrimas que no deja caer. Siempre ha sido así: un muro de contención para todo el mundo, incluso para mí.

—Y tú, Greta… tú aún sientes. Te duele, te revienta por dentro, pero sientes. Eso significa que todavía no has tocado fondo. Pero no esperes a llegar ahí para levantarte —añade con un hilo de voz. Me acaricia la mejilla con los dedos fríos—. No le des ese poder a nadie. Ni siquiera a ti misma.

Me tapo la cara con las manos y empiezo a llorar temblando. Carolina me rodea con su brazo y me aprieta contra su costado,

como cuando éramos niñas y yo me caía de la bici y me pelaba las rodillas. Aun siendo yo la mayor, ella siempre me cuidaba.

Nos quedamos así, en silencio, con el aire de la mañana aún fresco rozándonos la piel y el sonido lejano de los pájaros en los cables de la luz.

—Te prometo que no vas a pasar sola por esto, ¿me oyes, Greta? —dice cerca de mi oído—. Aunque sea yo la que te empuje a levantarte.

Asiento, sin poder hablar, con la frente apoyada en su hombro.

En algún lugar dentro de mí, muy hondo, una voz pequeña y cansada susurra que tal vez no estoy tan sola como siempre creo.

Carolina me da un beso en la sien y se pone de pie. Se sacude la ropa y, antes de entrar en casa, dice con una media sonrisa cansada.

—Y, por cierto… —me señala con la barbilla hacia el jardín, donde Marcos está agachado revisando algo en la tierra, sudado y concentrado, con el sol iluminándole la nuca—. Si alguna vez dudas de que el destino te está mandando señales, míralo bien. Porque ese hombre está más cerca de lo que nunca te has atrevido a imaginar.

Se gira y antes de cruzar la puerta, suelta sin ningún filtro.

—El destino a veces no es más que alguien que siempre estuvo ahí, esperando a que te dieses cuenta.

VERANO 2004 (23 AÑOS)

Marcos

Nunca he creído en las premoniciones, pero si tengo que elegir un momento para empezar a hacerlo, es este verano.

Hace calor, ese calor pegajoso de julio que se mete en la piel y no sale ni debajo del agua fría de la ducha. Las cigarras cantan sin parar. El ventilador gira lento sobre la mesa de la cocina, levantando papeles y facturas que mi madre intenta ordenar sin éxito. Huele a tierra seca y a tomates recién cogidos que ha dejado en cajas junto a la puerta trasera.

Yo estoy con los codos apoyados en el hule de cuadros azules, mirando la nada. Y entonces mi madre abre un sobre blanco con su nombre escrito en caligrafía cursiva.

—Mira, hijo. Greta se casa —dice con una sonrisa, como si ese trozo de papel no fuera una gran bofetada de realidad.

Me giro despacio al escucharla. Siento que si me muevo rápido, este dolor que me cruza entero podría partirme en mil pedazos. Veo cómo saca una cartulina gruesa, elegante, con flores en relieve y letras doradas.

Greta Samaniego y Manuel no sé qué, alcanzo a leer, con fecha, lugar y una frase final que me revuelve el estómago: *Os esperamos para celebrar el amor.*

El amor.

El amor es ella colándose en mi habitación para meterse en mi cama de madrugada cuando tenía miedo a las tormentas.

El amor es su risa cuando me ve bajar la cuesta del frontón en bici sin manos y me parto el labio.

El amor es el día que ella pierde una sandalia y llora desconsolada hasta que le prometo que le compraré otras iguales con mi paga.

El amor no es Manuel.

Nunca ha sido Manuel.

—¿No es maravilloso? —dice mi madre, doblando la invitación y colocándola en la encimera para que la veamos bien—. Una boda siempre trae alegría. Tendremos que buscar ropa nueva. Sobre todo tú, que siempre vas hecho un desastre, hijo.

Sonrío, porque es lo que se espera de mí. Pero tengo la garganta tan cerrada que necesito beber agua antes de poder contestar.

—Sí… Maravilloso.

Me levanto con la excusa de sacar a Terry, nuestro viejo pastor vasco, que ya apenas ve y camina un kilómetro antes de sentarse a esperar que lo lleve de vuelta en brazos. Salgo de casa, cruzo la calle de tierra, doblo la esquina hacia la era, y siento que no puedo respirar.

El calor me ataca. Me arde en la cara. La rabia y la pena me impiden respirar bien. Me apoyo en la pared encalada de una casa cercana y respiro hondo. No quiero llorar. No quiero volver a sentirme como aquel idiota que temblaba cada vez que ella me sonreía. Pero no puedo evitarlo. Cierro los ojos y llegan los recuerdos.

Yo con diecisiete años, sentado en la parte de atrás de la furgoneta de mi tío, cuando llevábamos a Greta y su hermana a las fiestas del pueblo de al lado. Ella lleva un vestido blanco de tirantes y el pelo suelto. Cuento las pecas de sus hombros, una a una, memorizándolas como si fueran a desaparecer con ella en cualquier momento. Y deseo, con toda la fuerza de un adolescente, que me mire como mira a otros. Que me vea. A mí. Solo a mí.

Pero nunca me ve.

—Pásame la cesta, hijo —dice uno de mis tíos, que está podando los viejos almendros de esta parte de la finca.

No contesto. Estoy cansado, sucio, quemado por el sol y todavía con el estómago revuelto por la invitación. Entonces Greta pasa con su bicicleta roja, con la misma que recorría el pueblo con catorce

años. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, un vestido corto azul que le deja los hombros desnudos y el sudor hace que su piel brille. Me saluda con la mano y me sonríe. Es esa sonrisa suya, luminosa, la que me destroza entero.

—Hola, Marcos —dice.

—Hola —contesto y me odio por no decir nada más. Por no pedirle que se quede. Por no preguntarle si es feliz de verdad.

Inclina la cabeza, como si esperara algo de mí. Pero enseguida vuelve a sonreír y sigue pedaleando. Se aleja, dejando tras de sí un olor a jabón, a veranos pasados y a recuerdos que me rompen en mil pedazos.

Mi tío, sin mirarme directamente, dice:

—Hay cosas que no se pueden impedir, hijo.

Asiento, limpiándome la cara con el antebrazo, disimulando las lágrimas que me pican en los ojos.

—Ya lo sé —respondo.

Ojalá tuviera el valor de luchar por ella.

Por la noche no duermo. Me tumbo en mi cama, con la ventana abierta y fijo mi vista en las cortinas que se mueven con la brisa.

El pueblo está callado, dormido.

Repaso cada momento de mi vida con Greta.

Cada mirada.

Cada roce accidental.

Cada conversación sobre el futuro que queríamos cuando éramos niños y comprendo lo idiota que fui al pensar que ese futuro podía incluirme.

Y lloro.

Lloro en silencio, con la cara hundida en la almohada para que mi hermana no me oiga desde la habitación de al lado. Es un llanto real. De esos que queman, de los que te hacen sentir ridículo. Que te recuerdan que, por mucho que ames a alguien, no siempre es suficiente.

Porque Greta es de otro mundo.

Uno al que yo nunca perteneceré.

Y está bien.

O, al menos, intento convencerme de que está bien.

Los días siguientes los paso trabajando con mi tío en el campo. No quiero ir al pueblo. No quiero verla enseñándole a su madre las telas de las mesas o eligiendo los pendientes para el gran día. Cada vez que la veo me duele un poco más, como si alguien me arrancara la piel con las uñas.

Una mañana, mientras riego los frutales, mi tío me pasa un brazo por los hombros. Huele a sudor, a tabaco y a campo, como siempre.

—Eres buen chaval, Marcos —dice—. Ya te llegará a ti lo que te tenga que llegar.

No contesto.

Porque, ¿qué le digo?

¿Que lo único que quiero es a ella?

¿Que ninguna otra me importa?

¿Que preferiría no sentir nada antes que seguir queriéndola así?

Así que solo asiento y sigo trabajando.

Porque eso es lo que esperan de mí.

El día que vuelve a Madrid para seguir con los preparativos de la boda, la veo subir al coche de alquiler. Lleva un vestido amarillo y sandalias blancas. Su melena larga se mueve cuando se gira para saludarme. Me sonríe y levanta la mano. Es un segundo, y luego la puerta se cierra y su coche desaparece carretera arriba.

Me quedo de pie, solo, junto a la entrada de mi casa. Cuando ya no puedo ver su coche, me siento en el escalón de piedra caliente. Apoyo los codos en las rodillas y bajo la cabeza. Siento las lágrimas caer sobre mis manos sucias de tierra. Son lágrimas silenciosas, sin fuerza, sin un posible consuelo.

Lágrimas de derrota, de esas que solo salen cuando sabes que has perdido antes incluso de pelear.

Y aquí, en este escalón, con el sol del mediodía quemándome la nuca, entiendo algo que me acompañará toda la vida: que el amor no siempre es justo.

Que no siempre se gana.

Que a veces lo único que puedes hacer es querer a alguien en silencio, desde lejos, y rezar para que un día deje de doler.

Pero con Greta… con Greta me temo que nunca dejará de doler.

19. WHEN THE PARTY'S OVER

Greta

Los días parecen no avanzar en el pueblo. Es como si viviésemos sumidos en el Día de la Marmota. Juro que lo intento, que trato de sacar fuerzas para que mis hijos no me vean derrotada, pero a lo largo de la semana las cosas se han ido complicando poco a poco. A la llamada de la editorial se suman varias llamadas de mi ex acusándome de gastarme un dinero al que no tengo ni acceso, porque, oh, sorpresa, me ha bloqueado en dichas cuentas. Menos mal que hace unos años le hice caso a mi hermana cuando me dijo que pensase en abrirme una cuenta yo sola para mis caprichos o para viajar con los niños. No tengo demasiado dinero, pero al menos cuento con un colchón para poder sobrevivir hasta saber qué hacer con mi vida.

Veo a Victoria sentada en el jardín con un libro y, aunque adoro muchísimo esta faceta suya de ratita de biblioteca, quiero que disfrute del verano, de los paseos en bici por el pueblo, de la piscina y de los amigos que se ha negado a conocer.

—Vic, ¿te apetece acompañarme a comprar pan?

—Mamá, planazo —dice sin despegar los ojos de su libro.

—¿Prefieres cortar el césped, quitar la maleza con las manos o limpiar la piscina?

Espero exactamente tres segundos a qué suelte un bufido, camine descalza hasta mí con los ojos entrecerrados y niegue con la cabeza al recoger las sandalias que descansan en las escaleras de la entrada.

—Eres cruel dejándome así con el libro. —Lo mueve delante de mi cara.

—No se irá demasiado lejos.

Mientras se pone las sandalias la observo. Tiene el pelo bastante largo y moreno, el sol que le ha dado estos días en el jardín ha hecho que comiencen a salirle pequeñas pecas en la zona de la nariz y la mejilla. El vestido que mi madre le ha dado esta mañana es uno de los que yo usaba cuando tenía su edad. Sí, mi madre es de esas que guarda todo y cuando vuelves a casa saca el baúl de los recuerdos. Victoria lo ha cogido nada más verlo. Le ha sorprendido que yo llevase algo así cuando era pequeña porque está de moda ahora. Sonrío al recordar a mi abuela decir que en la moda todo vuelve, al igual que en la vida.

Ojalá la abuela estuviese aquí ahora.

—¿Mamá?

Parece que mi hija lleva llamándome unos segundos y yo, como otras muchas veces desde que llegamos al pueblo, me dejo llevar por los recuerdos y me voy lejos sin apenas moverme.

—Perdona, estaba…

—En tus cosas. Sí, como siempre. —Victoria se da cuenta del tono con el que lo ha dicho nada más hacerlo—. Perdón, mamá.

—Tienes razón. Es que estar aquí es…

—Complicado, ya lo sé. —Levanta una mano en el aire para que la siga.

Antes de salir de casa nos cruzamos con Álex, que lleva en las manos una caja de la que salen telas, papeles y algo de madera.

—¿Está tu hermana en casa? Necesito que me diga qué tela quiere para los manteles o no me dará tiempo a terminarlos.

—¿Va a hacerlos Carmen?

—Sí, bueno, los haré con mi madre. —Noto algo raro en su tono de voz, como si le temblase un poco—. Pero tu hermana no se decide si los quiere sencillos o con una fina decoración en forma de flores en la parte de abajo.

—Me encanta que seáis vosotras las que estéis haciendo todo. Yo no pude decidir muchas cosas. Por no decir ninguna. Es lo que tiene casarse con alguien de la alta sociedad madrileña: tu suegra toma

más decisiones en tu boda que tú misma. Y después de casarte lo sigue haciendo. Bautizo, crianza, colegios…

No me doy cuenta de que mi hija está justo a mi lado y me mira sorprendida porque nunca me ha oído hablar así de su abuela paterna. Es más, jamás me ha oído hablar mal de nadie de la familia de su padre, aunque muchos se lo merecen.

—¿Dejabas que la abuela decidiese por ti? —No lo pregunta enfadada ni decepcionada. Creo que no lo entiende—. Siempre me has dicho que tome mis propias decisiones, pero tú has dejado que ella elija por ti.

—No le *he dejado*. Más bien no se me ha permitido.

Hace un par de días, cuando recibí otra llamada de su padre, tras varias amenazas encubiertas en consejos tales como: *será mejor que tengas cuidado con lo que haces en ese pueblo de mierda* o *si no cuidas bien de tus hijos y les sucede algo, sería una pena*, comprendí que mi exmarido no se preocupa por ellos. Aunque esto mi subconsciente lo sabe desde hace demasiado, pero yo me he encargado de blanquearle siempre.

Vic no dice nada más y se adelanta alejándose de nosotras.

—¿Todo bien con ella?

—Hay cosas que no comprende aún, otras de las que me culpa y muchas que no puedo explicarle. —Me paso la mano por la cara agotada—. Dicen que cuando son pequeños los problemas son del mismo tamaño y que según van creciendo lo hacen al mismo ritmo que ellos. Pero es que ahora tenemos encima mucha mierda y no sé cómo deshacerme de ella.

—Pues poco a poco, Greta. —Álex pone una de sus manos en mi hombro—. Soluciona una cosa y ve a por otra. Cuanto menos hagas a la vez, más fácil será.

Camina en dirección a la parte del jardín donde mi hermana está podando y las observo unos segundos. Se besan, se abrazan y hablan de esas telas que cuelgan de la caja de madera. Después de todo, parece que el amor sí que me puede hacer sonreír.

—Álex.

Escucho a Marcos llamando a su hermana desde la zona que separa nuestras casas.

—¿Has visto a mamá?

—No. Pensaba que estaba en la cocina haciendo la masa de los fardelejos.

Es solo escuchar esa palabra y trasportarme a la cocina de Carmen con cinco o seis años, cuando me enseñó a hacer este postre típico de su pueblo. Recuerdo el sabor dulce y cómo el azúcar glas que espolvoreaba por encima se me pegaba a la nariz y dejaba rastro en mis labios al comerlos.

—No.

Marcos suspira y mira en mi dirección. Parece sorprendido al verme. Abre mucho los ojos, frunce los labios y me dedica un gesto extraño a medias entre saludo y despedida. No hemos vuelto a hablar desde la noche en que no le dejé entrar en mi cuarto para que no me viera sumida en la tristeza. Y de eso ya han pasado varios días.

—Mamá, ¿vamos o qué?

Victoria lo grita desde la mitad el camino que lleva al pueblo y corro hasta alcanzarla.

No tardamos más de quince minutos en llegar a la panadería de la plaza. Mientras mi hija observa todo lo que ve a su alrededor con una mirada curiosa, a mí me toca evitar miradas indiscretas y cuchicheos que oigo cuando alguien pasa a nuestro lado. Para evitar que Victoria se sienta más observada, le pido que vaya a la tienda que hay un poco más adelante a comprar algo de fruta. Refunfuña, pero al decirle que compre lo que quiera parece creer que va a encontrar en esa tienda algo que la ayude a sobrevivir en el pueblo.

—Ha vuelto de Madrid sola con sus hijos —cuenta una señora a otra desde el banco en el que están sentadas a la sombra—. Dicen que su marido la ha dejado por otra más joven.

Coño, no llevo ni una semana en el pueblo y ya saben más de mi vida que yo misma.

—A mí me dijo la Clotilde que es ella la que le ha engañado con un chico más joven. —Señora dos al aparato.

—Hacía mucho que no venía al pueblo. ¿No la ves más delgada? —Señora uno hablando de cuerpos ajenos.

—Es lo que tiene el dinero. Seguro que se ha pinchado algo prohibido como semen de ballena. —Señora tres se une a la trama sin saber realmente lo que dice.

Juro que si no hablasen de mí hasta me harían gracia sus conjeturas, pero llevo tantos años escuchando cómo la gente opina de mi cuerpo, de mis arrugas y de las operaciones que debería hacerme, que al abrir la boca para contestar prefiero mantenerme en silencio. No quiero que mi madre y la tía sepan que he alborotado el gallinero tan temprano.

Al entrar en la tienda compruebo que Carmen está en una esquina contando monedas para pagar, por lo que me acerco a ella.

—Carmen, buenos días.

Me mira como si no me reconociese y por un segundo pienso que no he cambiado tanto como para que no sepa que soy la misma chica que pasaba horas en el sofá de su casa comiéndome su comida.

—Mamá, no tenían manzanas, pero me aseguran que son los mejores arándanos de mi vida. —Victoria se abre paso entre la cola y se acerca a nosotras.

—¿Greta Samaniego?

Carmen no me lo dice a mí, se dirige a mi hija poniéndole una mano en la mejilla y entrecerrando los ojos como si acabase de ver un fantasma.

—¿Vas a venir a casa a merendar con Marcos?

Victoria me mira sin comprender nada.

—Carmen, yo soy Greta. Esta es mi hija Victoria. —Me acerco más a ella porque veo cómo le tiemblan las manos.

—Sí, claro, qué tonta. —La mirada de Carmen se fija en mí y parece otra ahora mismo—. Os parecéis tanto que por un momento... —No termina la frase y su sonrisa se diluye—. Tengo que irme corriendo, que tengo al fuego el conejo para cuando Antonio vuelva de las viñas. ¿Te pasas luego por casa y te doy un poco?

—Claro, Carmen.

—Así nos tomamos un vinito y me cuentas que tal tu vida por Madrid.

Sonrió asintiendo con la cabeza mientras dejan mi pedido en la encimera de la panadería. Pago con el móvil sin perder de vista a Carmen que sale del establecimiento hablando sola y con las monedas que le han sobrado en la mano.

Al salir observo que la madre de Marcos camina con rapidez por la cuesta aferrada a su bolsa de tela en la que lleva el pan.

No mira atrás. Casi no lo hace al cruzar la carretera y la pierdo de vista a los segundos. Camina con mucha rapidez, como si estuviese huyendo de algo.

—¿Quién es Antonio? —pregunta mi hija.

—El padre de Marcos. —Tomo una gran bocanada de aire tan grande que me duelen los pulmones—. Los abandonó hace muchos años.

—Ha dicho que iba a prepararle la comida —dice mi hija sin entender lo que acaba de pasar.

—Lo sé, Vic. Lo sé.

Me uno a su incomprensión.

20. HAIZEA

Greta

No me puedo quitar la imagen de Carmen de la cabeza en todo el día, ni la forma tan extraña que ha tenido de comportarse ni cómo ha salido casi corriendo de la panadería.

He intentado sacar la conversación con mis padres varias veces a lo largo del día, pero siempre se ha interpuesto algo y, y… Me acostumbre hace años a dejar al resto a hablar pensando que mis cosas no eran importantes.

Estoy tomándome un café mientras mi hijo se prepara, ya que el sobrino de Ainara va a pasar a buscarle para ir a echar un partido de fútbol.

—Vic, ¿seguro que no quieres ir con él?

—¿Para ver cómo pegan patadas a un esférico mientras se gritan obscenidades? —Lo dice de una forma tan clásica que sé que ha cambiado su lectura por *Orgullo y prejuicio*, uno de sus libros favoritos.

—A veces es interesante salir de tu zona de confort, Victoria. —Es la tía Lili la que intenta animarla.

—Mamá ya se ha encargado de eso sacándonos de Madrid.

Sé que mi hija no lo dice a malas o no tan a malas como le acaba de salir. Está dolida por estar lejos de sus amigas, por verlas en las redes disfrutando de la playa, de paseos en barco y de noches de discotecas. Son adolescentes y se creen más listas que nosotras, que ya hicimos cosas así a su edad.

Me gustaría que no tuviese redes sociales porque sé lo dañinas que pueden llegar a ser. Ya hablé con ellos sobre cómo gestionarlas

y sobre algo que tengo claro: si alguien los acosa, en persona o a través de una pantalla, deben decírmelo en cuanto ocurra.

Sé que tanto ella como su hermano son cabales y maduros, pero todos sabemos lo que un imbécil con un teléfono puede llegar a hacer.

Algunas de sus amigas me tienen agregada en Instagram. Veo sus vacaciones entre yates de lujo, compras de miles de euros con la tarjeta de sus madres y reservados con botellas de alcohol absurdamente caras.

Y, aunque mi hija tiene muchísima más cabeza que todo eso, no deja de ser una chica de diecisiete años: influenciable y con ganas de encajar.

Los primeros días en el pueblo estaba enganchada al móvil, dándole me gusta a las fotos de sus amigas y comentándoselas. Intentó hacerse unas fotos sugiriendo que esto era un paraíso en el que pasar el verano sería interesante. Pero al pasar los días se ha ido refugiando en los libros de la biblioteca de mis padres. Cosa que me encanta, pero me da miedo que los use como excusa y se esconda en ellos de tal modo que se pierda todo lo que el pueblo puede ofrecerle.

—A veces hay que levantar la nariz un poco de los libros y disfrutar de las vistas —dice la tía Lili al pasar cerca de Victoria.

—No pienso ir a verlos jugar al fútbol.

—Pues es una pena.

Mi hija levanta la cabeza al escuchar una voz masculina. Es la de un chico de la edad de mi hijo, alto y atlético, con la piel bronceada, el pelo castaño algo largo y despeinado, y unos ojos marrones profundos que no dejan de observarla.

—Ho… Hola. —Victoria trata de ponerse en pie, pero se tropieza con sus propias piernas y está a punto de caerse al suelo, pero el artífice de su nerviosismo la sujeta de la mano y el codo.

—Ey, cuidado. No querrás lesionarte en verano.

—Sería feliz si no pudiese moverse y se alimentase a base de gazpacho y libros.

Álvaro sale de la casa vestido con ropa de deporte en el momento justo para meterse con su hermana. No me había

percatado de lo mucho que ha crecido. Es más alto que yo y tiene una complexión atlética, pero no tanto como para parecer demasiado mayor. Su cabello ondulado y rebelde, tan distinto al mío, ondea un poco por la brisa que se acaba de levantar. Sus ojos azules brillantes miran a su hermana esperando su contraataque, pero no llega.

—Joder, Luka. Has dejado a mi hermana sin palabras. —Álvaro le choca la mano al sobrino de Ainara.

—Vete a la mierda, Álvaro. —Victoria trata de mantener la compostura, pero siempre la pierde cuando su hermano se mete con ella.

—Ella jamás vendría a ver a unos tíos detrás de un balón. Ella es mucho más de libros. —Álvaro está intentando molestarla para conseguir que vaya con ellos.

A veces con las chicas Samaniego funciona la psicología inversa.

—¿Me estás diciendo lo que puedo o lo que no puedo hacer? —Se enfrenta a su hermano.

—Para eso ya estás tú, Vic.

Ambos se desafían con la mirada durante unos segundos.

—Venga, vamos.

Victoria camina delante de los chicos que la miran porque no tiene ni idea de a dónde tiene que ir.

—Greta, vamos a cenar en casa con unos amigos. ¿Pueden quedarse? —Me sorprende que Luka me pida permiso.

—Claro, si ellos quieren, sin problema.

—Solo seremos nosotros, mi hermano y un par de amigos. No habrá nada loco.

No sé por qué pero me da que este verano va a sonar mucho el nombre de Luka en esta casa.

Los observo mientras se alejan y por un momento nos veo a Marcos, Eneko y a mí saliendo de casa con la toalla de la piscina al hombro.

Aprovecho que mi padre está revisando unos papeles en la mesa del jardín para acercarme a él.

—Papá, esta mañana me ha pasado algo extraño con Carmen.

—¿Qué ha pasado, peque? —No levanta la vista del taco de facturas que parece estar contabilizando.

—Ha confundido a Victoria conmigo.

—Es que es igual que tú a esa edad. —Gira la cara para que vea su sonrisa, una que creo que usa para tranquilizarme.

—No ha sido solo eso. Podría pasar lo de confundirnos, pero me ha dicho que tenía que volver pronto a casa para preparar la comida. —Hago una parada esperando que mi padre me mire a los ojos.

—La gente tiene por costumbre comer. —No me mira.

—Para comer con Antonio, papá. Con su marido que se fue hace veinte años.

Es en este momento cuando mi padre me mira, sé que algo no va bien. Él nunca me ha mentido, puede que haya hecho más bonitas algunas cosas cuando no lo eran, pero jamás ha faltado a la verdad conmigo. Pero no sé qué me da que hoy lo va a intentar.

—Bueno, nos hacemos mayores, a veces nos falla la memoria. Seguro que se refería a Marcos.

—Traigo un poco de limonada. —Mi madre aparece con una jarra y nos mira sabiendo que pasa algo—. ¿Todo bien?

—¿Carmen tiene alzhéimer?

Ambos se miran para después volverse hacia mí.

—Hija, nos hacemos mayores, las horas que pasamos al sol a veces nos juegan malas pasadas. Seguro que ha sido una mezcla de todo eso con los nervios de la boda.

—¿Por qué siento que me estáis mintiendo?

—Greta, cariño —mi madre trata de tomarme las manos mientras habla—. A veces las personas prefieren que sus cosas no salgan de sus casas. —Hace énfasis en ambos *sus*.

—Joder, mamá. Sois amigos desde hace más de sesenta años. Los abuelos eran compañeros de trabajo, amigos. Somos familia. Si Carmen está enferma me gustaría saberlo. —Lo digo demasiado alto como para alertar a mi hermana y a Álex que salen de casa en este momento.

Ambas se acercan a nosotras y veo cómo mi hermana sujeta con fuerza la mano de Álex.

—Mi hermano me dijo que no te dijese nada. Que tu vida estaba en Madrid, con tu trabajo, tu marido y tus hijos. Que nada como eso debía retenerte aquí y alejarte de tus sueños.

Siento que el suelo comienza a moverse bajo mis pies y veo que mi madre trata de sujetarme de la mano, pero la rechazo.

—No es culpa suya, Greta. —Álex se sitúa delante de mí—. Mi hermano tenía sueños, una beca, una vida que vivir lejos del pueblo, pero mi padre se largó, yo enfermé y luego llegó el diagnóstico de nuestra madre; por lo que decidió que su lugar era este para cuidarla e intentar frenar algo que es imposible. —A Álex le tiembla la voz y trata de calmarse para seguir hablando—. Puso mis sueños y mi vida por delante de la suya. Ha dejado tantas cosas atrás que sé que piensa que no se merece salir de aquí, que no tiene derecho a hacerlo porque debe cuidar de nuestra madre.

—Joder, Álex. —No hay nada más que salga de mi boca que tenga coherencia.

—Le he dicho a mi hermano mil veces que te llame, que vaya a verte y te lo cuente, pero su orgullo es mucho más grande de lo que a todos nos gustaría. Creo que hubo una vez que estuvo a punto de contártelo.

Es en este momento en que el recuerdo aparece en mi cerebro.

—El día que me dijo que no me casara con Manuel.

VERANO 2005 (24 AÑOS)

Marcos

La ciudad tiene una energía tan diferente al tranquilo pueblo en el que vivo, que me sobrecoge. Es como si todo se moviera a la velocidad de la luz, como si nada pudiera detenerse, ni siquiera para mirar atrás. A medida que avanzo por las calles de Madrid, con mi traje oscuro y la corbata ajustada, siento que no pertenezco a este mundo.

Estoy aquí, en esta boda, no porque me guste el lugar ni la gente que la rodea, sino porque es la boda de Greta. La niña que corría descalza por el jardín de su casa, la que se reía sin filtro y me hacía ver la vida de otra manera. La chica que hoy parece tan ajena a esa vida que compartimos: la que parece que nunca formó parte de ella.

La boda tiene todo lo que esperas de una ocasión como esta: lujo, vestidos caros, gente que habla de negocios y viajes, una puesta en escena perfecta. Pero no hay nada en esta boda que me haga pensar que este es el lugar donde ella debería estar. El brillo de las luces, las copas de vino que brillan bajo los focos, todo parece falso. Ni siquiera soy capaz de disfrutar el momento.

No es su mundo.

No debería serlo.

Una puerta se abre y la veo en una pequeña sala al fondo. Se mueve nerviosa mientras habla con alguien y sonríe como siempre, pero esa sonrisa... no es como la de antes. Se ve perfecta, aparenta felicidad, pero algo no cuadra. La Greta que conozco nunca habría aceptado esto.

No, la Greta que yo conocí quería algo sencillo: una boda de cuento de hadas en el jardín de su casa con cientos de bombillas iluminándolo como si fuesen luciérnagas en una noche de verano.

Cuando me acerco a ella, por un momento parece que respira por primera vez, que se siente cómoda viéndome.

Me acerco a la pequeña salita y una señora enjoyada y con un cardado que Greta hubiese criticado, me mira preguntándose qué demonios hago aquí.

—Los de las flores ya se han marchado. Mi marido les pagará la semana que viene.

—Cayetana, es un amigo.

—Ah. —Sin decir nada más me revisa de arriba abajo criticando con su mirada mi ropa y hasta la falta de etiqueta de marca en ella, antes de dejarnos a solas.

—Greta... —Mi voz es más seria de lo que esperaba.

—Marcos, qué bien que hayas podido venir. —Su sonrisa parece de mentira, como una máscara.

—¿De verdad eres feliz aquí? —le pregunto sin poder evitarlo—. Todo esto, este lujo, estos vestidos, este circo... no eres tú. No te reconozco, Greta.

Su rostro, tan dulce hasta hace un momento, se endurece, y por un segundo, me siento como si hubiera roto algo en ella.

—¿Qué quieres decir con eso? —Su tono es cortante, más de lo que esperaba. Parece molesta.

—Esto... no es con lo que soñabas de pequeña. No es lo que me habías contado. Esto no es lo que te hace feliz. —Mis palabras salen atropelladas, pero son sinceras. La gente sigue hablando fuera mientras esperan a que todo dé comienzo.

Ella me mira y luego aparta la vista, mirando a los invitados, como si quisiera escapar de mi mirada. Un par de segundos de silencio y luego, con un suspiro que no puedo descifrar, me dice:

—Manuel me hace feliz. —La forma en que lo dice parece más una justificación que una declaración de amor. —Es lo que quiero. Esto es lo que quiero.

No sé qué está pasando, pero cada palabra que sale de su boca la aleja más y más de la chica que conocí, la que solía soñar con

algo más sencillo, con algo real.

—No te puedes casar con él, Greta. —Lo suelto sin pensar demasiado, como si mi corazón hubiera gritado por fin lo que tenía guardado—. No lo hagas. No lo hagas solo porque crees que es lo que se espera de ti.

Ella me mira como si se sorprendiese de que esté aquí diciéndole que no se case. Es como si no esperara mis palabras, como si no supiera cómo reaccionar.

—¿Qué sabrás tú lo que quiero, Marcos? —su voz se quiebra ligeramente—. Tú ni siquiera has sido capaz de salir del pueblo y perseguir tus sueños. ¿Vas a decirme ahora que mis sueños no son estos? Yo al menos he tenido las narices de luchar por lo que quiero.

Abro la boca para hablar de mi madre y de todo lo que nos está sucediendo, pero reculo. Greta podría pensar que es un intento desesperado para evitar su boda.

La miro, buscando algo en su mirada que me diga que lo que está haciendo es lo correcto. Pero lo único que encuentro es inseguridad, camuflada en un vestido de novia demasiado pomposo y una sonrisa forzada.

—Greta… —mi voz se suaviza—. Solo quiero que seas feliz. Si esto es lo que de verdad te hace feliz, no puedo hacer nada.

La miro.

—Pero no lo parece.

Manuel aparece a nuestro lado, con su sonrisa perfecta. La sonrisa de alguien que sabe que tiene el control. No puedo evitar mirarlo con desdén. Hay algo en su forma de ser que no me encaja.

—Todo bien aquí, ¿cariño? —le dice a Greta marcando claramente su territorio. La forma en que me mira, al igual que su madre, no me gusta. No sé si es su arrogancia o el hecho de que sé que está tratando de comprobar si soy un obstáculo.

Greta, como siempre, sonríe.

—Todo está bien, Manuel. Marcos y yo solo estábamos hablando. —Lo dice de forma tranquila, pero yo noto el miedo en sus ojos.

—¿No se supone que da mala suerte ver a la novia antes de la boda? —De nuevo mi boca tiene vida propia.

—Nosotros jamás tendremos mala suerte, Marcos —dice mi nombre de una forma extraña—. Lo nuestro está escrito y Greta será mi mujer para siempre.

En ese instante, mi corazón se acelera, y no sé si la rabia o la impotencia está ganando. Quiero decirle tantas cosas, pero no puedo. No puedo hacerle cambiar de idea ahora mismo, ni de vida. Solo puedo mirarla, sabiendo que algo se está desmoronando entre nosotros.

Antes de irme, aprovechando que Manuel está despistado con su móvil, me vuelvo una última vez, una última mirada hacia ella.

—Si crees que esto es lo que realmente quieres, Greta... —digo, sin darme cuenta de lo rotas que suenan mis palabras. —Entonces, adelante.

Me voy sabiendo que la próxima vez que nos veamos todo será distinto y ya nada será igual.

Greta

Me llevo una mano a la tripa, que me duele desde hace semanas. Pensé que eran los nervios de la boda, las prisas, las ganas de que todo saliese bien, pero el test que me he hecho antes de ponerme este vestido, que me aprieta hasta las ideas, ha confirmado que no son nervios.

Veo a Marcos alejarse por uno de los pasillos sin mirar atrás.

Manuel, a mi lado, me agarra de la mano y se la lleva a los labios para besarla.

¿Es esto lo que quiero?

¿Es esta la vida que quiero vivir?

Manuel me quiere. Me lo ha repetido más de veinte veces desde que ha llegado mi familia y desde que ha visto a Marcos.

Alzo la vista y lo veo justo antes de que salga por la puerta. Podría correr detrás de él y olvidarme de esta boda, de esta vida, pero esto no es una novela romántica.

Vuelvo a llevarme las manos a la tripa y lo asumo: ahora ya no puedo pensar solo en mí.

21. ONE OF US

Greta

Al levantar la vista veo a Marcos y a su madre a través del gran ventanal del salón. Ambos están sentados en la mesa de madera en la que tantas veces hemos compartido meriendas y confidencias.

No digo nada más y recorro los metros que separan nuestras casas y entro en ella tras llamar a la puerta sin haber recibido respuesta. Antes de llegar al salón escucho parte de una conversación.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Siempre se te ha dado muy bien esto, Antonio.

—Mamá, soy Marcos, tu hijo. —Su mano acaricia la cara de Carmen que lo mira desconcertada.

—¿Crees que a papá le gustarán los manteles?

La mirada de Carmen está perdida. No mira a Marcos, ni siquiera a las telas que descansan por toda la mesa. De repente se fija en mí y sonríe.

—Marcos, ha venido Greta para que salgáis a jugar. Ve con ella, yo termino esto.

Siento cómo el corazón de Marcos se paraliza al escuchar mi nombre y se levanta rápido de la silla, haciendo ruido al arrastrarla, para sacarme del brazo del salón.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué…? ¿Qué has oído? —Está aterrado.

—¿Por qué me has ocultado todo este tiempo que Carmen estaba enferma? —Intento que no suena a reproche, pero lo hace, demasiado—. Joder, Marcos. Soy yo. Somos nosotros.

—Dejamos de ser nosotros hace mucho tiempo, Greta.

Las palabras se me clavan en el pecho. Esta es nuestra realidad. Y yo la he permitido.

Sigo viendo miedo en sus ojos, como si fuese un niño perdido que no sabe dónde está su madre. En parte es así.

—Marcos, siento mucho haber estado tan distante, haber permitido que mi vida me alejase de la tuya, pero estoy aquí, no me voy a mover de aquí.

—Hasta que pase la boda y debas volver a tu vida.

—Joder, Marcos, escúchame: estoy aquí para ti.

—No necesito que vengas de salvadora ni nada parecido. Llevo muchos años lidiando con esto, preparándome para lo peor.

Su cuerpo se tensa. Sus puños se aprietan hasta marcarle los músculos de los antebrazos. Y puedo sentir la tensión en cada fibra de su cuerpo.

—Puedes irte a tu casa y seguir con tu perfecta vida.

—No tienes ni idea, Marcos. —No quiero enfadarme con él, pero si sigue por este camino sé que la pelea se nos va a ir de las manos.

—Claro que no tengo ni idea porque no me has contado nada. Por mucho que queramos seguir siendo los de siempre, que bromee contigo como si los años no hubiesen pasado, dejamos de ser nosotros hace demasiado tiempo, Greta. Ni tú eres aquella niña que soñaba a lo grande ni yo el chico que quería darte…

Antes de que Marcos pueda terminar su frase, Carmen vuelve a aparecer a nuestro lado.

—Greta, cariño. Qué alegría verte. Si supiese que venías me habría arreglado. —Se intenta peinar un poco—. Además, huelo a comida.

—No quiero molestar. —Miro a Marcos al decirlo.

—Tú nunca molestas. Ya sabes que siempre eres bienvenida en casa, cariño. —Pone su mano en mi espalda y me guía hasta el salón —. Marcos, hijo, ¿puedes preparar café? Seguro que a Greta le apetece comer uno de sus dulces favoritos de cuando era pequeña.

Marcos abre la boca para decir algo, pero la cierra a los segundos sabiendo que su madre no va a permitir que me vaya.

—Mira estas telas tan bonitas que ha elegido Álex. Van a quedar preciosas en las mesas.

No tengo ni idea de cómo funciona esta enfermedad ni cuales son los momentos de lucidez que puede tener Carmen, pero parece que este es uno de ellos.

—Va a ser una boda preciosa. No con tanto *glamour* como la tuya —al decirlo sonríe—. ¿No ha venido tu marido?

—No, nos hemos separado.

Es la segunda vez que lo digo en alto. No sé si es cobarde hacerlo ante Carmen ya que puede olvidarlo en una fracción de segundo o es un intento de empezar a sanar.

—Te diría que lo siento, pero la verdad es que no me ha gustado nunca ese hombre. —Recoge las telas con cuidado y las mete en un baúl de madera que descansa bajo las escaleras—. De hecho, siempre pensé que te casarías con Marcos.

—Éramos buenos amigos.

—Bueno, ya sabes que las madres siempre quieren lo mejor para sus hijos. Tú lo debes saber bien. —Me acaricia la cara y estoy a punto de romperme por completo—. Voy a por los fardelejos, les he puesto mucha cobertura de azúcar como te gustaba.

Me deja sola y, por un momento, valoro la opción de volver a casa, encerrarme en el cuarto y esperar a que se le olvide lo que le acabo de contar. No me creo lo cobarde que he sido al decírselo a ella antes que a mis padres. Mierda.

—Aquí están. Alguno no ha quedado demasiado bonito, pero ya no tengo las manos que tenía. La edad no perdona. —Deja un gran plato en el centro de la mesa y a los minutos aparece Marcos con tres tazas de café.

—Voy a subir un momento a cambiarme la ropa. Seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar.

Nos deja a solas. Marcos se sienta en una de las sillas. Yo me siento a su lado. No me salen las palabras.

—Todo empezó hace años con pequeños olvidos, comportamientos extraños, pero que traté de normalizar. Tal vez por ser egoísta y no querer admitir que mi madre estaba enferma. —Juega con las yemas de sus dedos alrededor de la taza—. Álex estaba saliendo de aquella ruptura tan jodida y no estaba bien. Y yo…

—Tú decidiste cargar con todo solo.

Me siento culpable por no haber sabido nada de esta situación, por no haberme preocupado más por él, por su familia.

—No te culpes. No podrías haber hecho nada. —Su mirada se fija en la mía y me hace estremecer. Me sigue conociendo demasiado bien.

—Y tú, ¿cuándo dejarás de culparte por todo?

—Es algo que ambos debemos aprender, ¿verdad?

Cuando nuestros ojos se encuentran, su miedo me atraviesa. El dolor. La frustración. El peso de proteger a su madre sin saber qué va a pasar.

—¿Me ayudas a volver a creer en la magia y ser la Greta salvaje de antes, la que no tenía miedo de nada? Porque me temo que ya no queda nada de esa chica. —Estiro la mano buscando la suya, y cuando nuestros dedos finalmente se entrelazan, siento que algo dentro de mí, algo que está roto, podría empezar a curarse. Es como si todos esos años de distancia entre nosotros, esas desconexiones que nos separaron, lucharan por regresar, por reconstruir lo que una vez fue nuestro.

—Solo si tú me ayudas a encontrar al Marcos de antes, al que perseguía sus sueños sin importar nada, al que se dejaba arrastrar por la locura de la Greta salvaje. —Y en su mirada, en su voz temblorosa, veo que él también está luchando por encontrar lo que hemos perdido, por recuperar la chispa de un pasado que aún nos consume.

Por primera vez desde que llegué al pueblo, algo dentro de mí se agita. Una chispa de esperanza en medio del caos.

Y el miedo inmediato a que lo peor aún esté por llegar.

22. EURITAN DANTZAN

Marcos

No sé si ha sido la mejor o la peor conversación con Greta. Solo sé que, desde que llegó al pueblo, por primera vez creo que lo que rompimos puede repararse.

—¿Sabes, Greta? —Mi voz suena más suave de lo que esperaba, como si no quisiera romper este momento—. No sé si estamos hechos para ser los que éramos, pero lo que sí sé es que, de alguna manera, los dos hemos sobrevivido a tantas cosas que, al final, el destino nos ha traído a los dos a este momento.

El miedo me golpea, fuerte y rápido. Porque sé que, pese a todo, siempre hemos estado ahí. Y, precisamente por eso, me aterra lo frágil que es lo que tenemos ahora entre manos.

Ella no dice nada, se queda quieta, mirándome con esos ojos que parecen conocerme mejor que yo mismo. Y yo, que siempre he sido el que huye, el que guarda lo que siente, no puedo dejar de pensar en lo que esto significa.

—Quizás no sea el momento perfecto, ni el lugar, ni las circunstancias. —Mi voz se quiebra un poco, pero lo dejo salir todo —. Pero te lo prometo, aquí y ahora: nos recuperaremos. De una u otra manera, volveremos a ser los dos niños que soñaban con el mundo.

—¿No tienes miedo de que esos niños no tuviesen ni puñetera idea de lo que es la vida? —Greta coge un fardelejo de mi madre y se lo lleva a la boca.

—Me gustaría tener la valentía de aquel chaval de diez años que corrió detrás de aquel perro que te robó el pañuelo.

Greta emite un pequeño sonido, parecido a una risa, que me hace sentir nostalgia.

—Y yo poder volver a ser como la cría de quince años que supo poner límites. Aunque no lo hice bien. Me hicieron sentir pequeña, inútil, inexistente de nuevo. Y me cargaron con miedos que no eran míos.

Al escucharlo, siento como si el mundo entero estuviera colapsando a nuestro alrededor.

—Escúchame, Greta, no permitas que nadie jamás te haga sentir así. Eres fuerte, valiente, dura y naciste para conquistar el mundo.

Cierra los ojos y sé que está luchando por no llorar. Esto es algo que no ha cambiado. Cuando sentía de más, ya fuese bueno o malo, su cuerpo respondía llorando.

—Joder, Marcos, qué difícil ha sido no recordarnos cada día.

Aquí está, tan cerca, tan real, que por un segundo, el mundo desaparece.

Siento que todo lo que hemos sido, todo lo que hemos compartido, está volviendo a nosotros. Pero, como siempre, temo que se deshaga en un suspiro.

Y es entonces cuando siento sus manos a un milímetro de las mías. Sé que, si la toco, si nos dejamos llevar, no habrá vuelta atrás. Pero hay algo en mí que me frena, algo que no puedo controlar, algo que se clava en mi pecho y me dice que aún no es el momento.

—No sé si estamos listos para esto, Greta. —La miro y mis palabras salen casi como una súplica—. Pero si alguna vez pudimos ser algo, me gustaría intentarlo. Aunque no tengamos la idea de cómo hacerlo.

—Qué complicado es esto de ser adulto y estar tan roto.

—Tú no estás rota, Greta.

—Lo estoy y bastante, Marcos. —Aparta su mano de las mías.

—Entonces déjame ayudarte a reparar y enseñarte a querer tus cicatrices.

De repente un rayo ilumina el jardín y el agua comienza a caer.

Greta cierra los ojos y aspira el aroma a tierra mojada que empieza a inundar la casa. Aparta la silla y me mira sonriendo.

—¿Sabes que en Madrid no era capaz de recordar a lo que olía el pueblo en verano cuando llovía?

La veo salir al jardín, decidida, como si el agua no pudiera tocarla. Como si todo lo que la rodea, incluso la tormenta, fuese solo una excusa para sentirse viva.

Greta da un paso tras otro mientras la lluvia le cae sobre la piel y la empapa poco a poco. Yo me quedo en el umbral, quieto, observándola.

No sé si es la lluvia o es ella, pero hay algo en cómo se mueve, en cómo mece el cuerpo bajo el agua, que me hace sentir el peso del mundo… y al mismo tiempo una libertad que asusta.

El cielo se ha oscurecido, los árboles se agitan con el viento, pero lo único que me interesa es ella. La miro, como siempre, sin poder apartar la vista. Me mojo sin darme cuenta, pero no importa. Es como si toda la tormenta, todo el caos, fuera nada en comparación con la magia que desprende ahora mismo.

Greta está en el jardín, empapada, moviéndose como si la tormenta no pudiera tocarla. La lluvia le oscurece el pelo y se le pega al cuello, a la piel.

Cuando levanta la cabeza tiene los ojos cerrados. Se deja llevar. Y entonces sonríe.

Esa sonrisa me desarma.

Nuestros ojos se encuentran. El mundo se detiene. Greta, mojada hasta los huesos, me mira con una mezcla de dudas, fuerza y vulnerabilidad que me deja sin aire.

Siento todo lo que he intentado guardar durante años. Y lo difícil que es no tocarla.

Greta extiende una mano hacia mí.

—¿Bailas conmigo?

—Siempre.

No lo dudo. Acorto la distancia, la sujeto por la cintura y clavo los dedos para asegurarme de que es real. Sus manos se aferran a mi cuello. Mi corazón late tan rápido que me asusta.

—¿Crees en la magia? —dice, mirando un árbol donde unas luciérnagas se refugian de la tormenta.

—Desde el verano del noventa y nueve. —Veo en la cara de Greta que no comprende nada, pero un rayo que impacta en un árbol cercano me impide explicarle más.

A pesar de la lluvia, del viento y del caos, sonrío. Porque por primera vez en mucho tiempo, lo imposible parece posible.

¿Qué pasó en el verano del noventa y nueve?

Fue el verano en que me enamoré por completo de Greta Samaniego.

VERANO 1999 (18 AÑOS)

Marcos

El sol hace horas que se ha escondido tras la sierra y la verbena está en ese punto en el que la orquesta deja de tocar para los más mayores y empieza con los éxitos del momento. Hace mucho calor y la gente se apelotona en el centro de la plaza para bailar.

Hemos pasado el día en la piscina. Luego hemos cenado pizzas en casa de Greta, de las que ha preparado su padre antes de irse a la sociedad, y hemos llenado los litros para traerlos a la verbena.

La orquesta arranca con una versión infame de *Bailando* de Paradisio y todos, incluso Eneko, la corean como si fuera el himno del verano.

Yo no canto, la estoy mirando a ella. A Greta.

Lleva un vestido corto que su hermana la ha obligado a ponerse. Yo he escuchado parte de la discusión desde el baño de arriba. Que si se le ven mucho las piernas, que si se le marcan demasiado las caderas…

Joder.

Si Greta es perfecta.

Ella solo ve defectos y yo veo a la chica más guapa que he conocido.

Le brillan los ojos de esa forma descarada que le sale cuando sabe que está haciendo algo que no debería. Acaba de robarle la botella de *kalimotxo* a Koldo y se la bebe a morro, subida a un banco.

Cuando se agacha para decirle algo a Ainara, la raja del vestido se le sube un poco y mis ojos se desvían a esa parte de su cuerpo. Luego se levanta y empieza a bailar.

Bailar de verdad.

Como si no se juzgara.

Como si nadie más estuviera mirándola.

Y ahí es cuando lo entiendo. No de golpe. No como en las películas. Es más bien como un clic.

Greta se mueve como si el mundo fuera suyo.

Y yo… yo apenas respiro.

—Joder, Ochoa. ¿Vas a decírselo de una vez? —dice Eneko, dándome un codazo.

No hace falta que me explique qué.

Llevo dos veranos mirándola así, sintiéndome extraño a su lado y sabiendo que nunca me va a mirar como a otros.

La canción cambia y comienza a sonar *Por la raja de tu falda*. El pueblo entero se viene arriba.

Greta baja del banco, se acerca y me agarra del brazo.

—¡Vamos, Marcos! ¿O también te da miedo bailar?

Me arrastra al centro de la plaza mientras las luces parpadean. El polvo se levanta bajo nuestras zapatillas y su mano se engancha a la mía.

Cuando gira, la sujeto por la cintura para que no se caiga. Se ríe quedándose a pocos centímetros de mi boca.

—¿Qué? —dice, sonriendo.

Podría besarla. Podría, pero no lo hago. Porque si la beso y se aparta, la pierdo para siempre.

Me separo soltando su mano.

—Eres un idiota, Marcos Ochoa —susurra.

Y se va sin siquiera mirarme.

Algo dentro de mí se rompe.

Minutos después la veo bailando con Unai, el gilipollas de Unai. No sé si me parece asqueroso por cómo juega al fútbol o por cómo le habla al oído.

O por cómo ella sonríe y la besa. Y ella no se aparta.

Mientras ella ríe, baila y no vuelve a mirarme en toda la noche, lo entiendo por completo: estoy enamorado de Greta Samaniego.

Y no tengo ninguna oportunidad con ella.

Ni ahora. Ni nunca.

23. NIGHTS LIKE THIS

Greta

La tormenta ya ha parado y huele a tierra mojada. Es como si el agua me hubiese hecho darme cuenta de que estaba tan aferrada a una vida llena de citas, reuniones, extraescolares, compras y preparación de mil cosas, que me había olvidado de respirar de verdad. Es más, creo que casi no recuerdo cómo es vivir sin piloto automático.

Y tener a Marcos justo delante diciéndome que cree en la magia desde hace veinticinco años me hace sonreír. Aun teniendo todo lo que tiene encima con su madre, sigue creyendo en la magia.

Antes de que pueda decir nada más escuchamos unos pasos seguidos de unas carcajadas en las que reconozco las de mi hija. ¿Victoria riendo? Desde que hemos llegado al pueblo no he escuchado ese sonido y me resulta hasta extraño.

—Siento mucho que se te haya mojado el libro, Victoria.

Al escuchar la voz de Luka me separo de Marcos, le sujeto con fuerza de la mano y tiro de él para escondernos tras los setos que separan las fincas.

—No pasa nada. —Victoria no suena convincente—. Bueno, no es verdad. Sí que pasa. Este libro es de mi abuelo y es uno de mis favoritos. Además, creo que era de una edición limitada.

—Puede que si lo dejamos secar bien y entre las páginas metemos papel absorbente, lo salvemos. —Luka es muy amable.

—Seguro que mi madre sabe cómo hacerlo. Al fin y al cabo se dedica a los libros. —Mi hija lo dice de una forma que no sé cómo tomármelo.

—¿Es escritora? —Luka parece sorprendido.

—No. Ella es editora y elige los libros. Nunca ha escrito nada. —Ahora sí que lo dice algo decepcionada.

Siento la mirada de Marcos clavada en mí y niego con la cabeza asegurándole que no me duelen esas palabras o la forma en que se han dicho.

Al rato, cuando Luka se ha despedido de mis hijos en la puerta de casa, Marcos me acompaña por el camino.

—Qué complicada la maternidad. —Es lo primero que dice Marcos desde que nos hemos estado a punto de besar.

—No te imaginas cuánto. Cuando crees que haces una cosa bien, te aseguran que has hecho mil mal. —Respiro hondo—. Y te diría lo típico de que a pesar de todo merece la pena. Y no es que no la merezca, pero es complicado hacerlo ahora sola.

—No quiero que me malinterpretes ni te enfades por lo que te voy a decir, pero llevas haciéndolo sola muchos años, Greta. Lo que pasa es que ni siquiera te dabas cuenta. —Marcos parece querer seguir hablando, pero niega con la cabeza mandándose callar—. Ahora no estás sola. Toda tu familia está aquí para ayudarte. Y tus amigos también. Aquí no estarás sola nunca.

No sé si es una promesa o qué, pero después de decirlo, me da un beso en la mejilla y se aleja de casa corriendo porque comienza a llover de nuevo.

La piel se me eriza cada vez que me toca, me recorren escalofríos a pesar del calor, de la humedad y necesito subir a la habitación para darme una ducha de agua fría antes de que mis sentimientos… digo, pensamientos salgan disparados por cada poro de mi piel.

24. L’AMOUR DE MA VIE

Greta

Aún le queda media hora al sol para salir por el horizonte y la casa está en completo silencio, por lo que aprovecho para salir al jardín y hacer algún ejercicio de estiramiento que mi espalda agradecerá.

—Estás cargando con demasiado y eso es lo que hace que la espalda te mate.

La voz de mi tía Lili llega desde la ventana de la cocina que tiene abierta mientras parece que hace el desayuno. Y no porque sea vidente, sino porque me llega olor a café recién hecho y tostadas.

—Estoy tratando de aprender a desprenderme, tía.

—Aprende más rápido o te vas a perder por el camino demasiadas cosas interesantes.

No dice nada más y el tintineo de unas tazas a los minutos me aseguran de que mi sesión de estiramientos ha terminado. No me pide que me siente con ella con palabras, pero los cafés y los platos con tostadas me invitan a ello.

Me siento frente a ella y la observo unos segundos. Apenas son las siete de la mañana y ella ya lleva el pelo perfectamente recogido en un moño, se ha duchado con su jabón de lavanda, se ha puesto uno de esos vestidos de mil colores tan suyos y hasta se ha pintado la raya del ojo.

Yo, en cambio, estoy sudada, con el pelo como si me hubiese peleado con dos gorilas y con la ropa de deporte que le he robado a mi hermana que me queda demasiado pequeña.

—¿Cómo te está tratando el pueblo, Greta?

Sé que esta pregunta aparentemente inofensiva va a conllevar una charla de las de la tía Lili, por lo que trato de cortar con una

respuesta que no le de pie a hacerlo.

—Es bueno volver a casa.

Sonrío no por la respuesta, si no por creer que con esto doy por zanjada la conversación.

—Entonces, ¿por qué no has vuelto antes?

Se desvanece mi sonrisa y da paso a una de mis cejas levantadas, los ojos entrecerrados y un suspiro de resignación.

—A veces la vida no nos da un respiro y… —trato de buscar las palabras, pero es que ni yo me creo lo que digo.

—No sueltes mierdas de ese tipo, Greta. No eres así. O al menos no lo eras antes. La vida no espera, Greta. La vida corre más de lo que nos imaginamos y cuando menos lo imagines, estarás pensando en el pasado, en lo que no has hecho y en lo que te hubiese gustado hacer. Aún estás a tiempo. —Mi tía no contenta con esto, continúa—. Más cerca de lo que imaginas tienes a un tío que bebe los vientos por ti.

—¿Marcos? —Abro mucho los ojos—. Solo somos amigos.

—Hija, si tú te sientes cómoda mintiéndote, tú misma.

—Además, no estoy separada oficialmente y sería…

—Mira, como me digas que eso sería como engañar a tu marido… —Tía Lili se levanta de la mesa y se acerca a mí—. Ese imbécil lo menos que se merece es que le peguen una gonorrea, le dé tos y diarrea. Para que cuanto más tosa, más cague y se le ponga el rabo tan rojo como la lava del infierno.

Me sale una carcajada tan grande que me temo que despertará a toda la casa. Sale de dentro, de las entrañas, como si hubiese estado oculta durante mucho tiempo y hubiese necesitado las palabras exactas para reventar su jaula y salir por mi garganta.

Lloro, lloro de la risa, aunque creo que en estas lágrimas hay dolor que también dejo que salga.

—Hija, has vuelto a casa, solo tienes que darte cuenta que este es tu hogar y que nunca ha dejado de serlo.

—A veces me siento aquella niña con miedos, antes de que Unai me hiciese mierda y decidiese cambiar, dejando a la Greta salvaje salir. —Respiro hondo y suelto lo que más me está costando admitir —. Pero me dejé hacer por Manuel lo mismo: empezó diciéndome

que cuando quería venir al pueblo teníamos una cena muy importante, me consiguió el trabajo de mis sueños y me sentí en deuda. Luego llegaron los niños, el trabajo, sus vidas y yo me… —Elevo los hombros.

—Ese cabrón sabe tus puntos débiles y jamás ha sentido pudor en presionarlos para hacer contigo lo que quería. —Mi tía me sujeta de la mano—. Has tenido la mala suerte de enamorarte de una idea ficticia que tenías de él como si fuese un príncipe azul, pero es el demonio. Y no sabes lo que me alegro que hayas decidido divorciarte de él a pesar de que creas que te has quedado sin nada.

—Más o menos.

—Greta, cariño, tienes a tus hijos que te adoran aunque creas que están enfadados por haberlos traído aquí.

—Lo están, me lo han dicho varias veces. —Rectifico a mi tía.

—¿Recuerdas lo enfadada que estabas con tus padres cuando no te dejaban hacer lo que querías? ¿Y lo alto que decías que los odiabas? ¿Acaso era verdad?

Sé de lo que habla.

Cuando eres adolescente y no te dejan hacer lo que quieres lo primero que sueltas es un *te odio, mamá*, porque siempre solemos atacar a las madres. Pero no es verdad. Aunque cuando te lo dicen tus hijos suena mucho peor y lo sientes como si fuese una de las mayores traiciones.

—Necesitan adaptarse y creo que deberías hablar con ellos sobre todo lo que está pasando. El otro día los escuche en la habitación, que no es que yo estuviese limpiando el polvo para cotillear… —Se le iluminan los ojos por la travesura realizada—. No sé cuál de los tres estáis más perdidos.

—No sé ni cómo empezar la conversación, tía. No sé si con un *siento haberos decepcionado*, con un *siento no haber estado a la altura* o con un *siento no ser lo que esperabais* o… —no termino la frase y siento un pellizco de mi tía en el brazo—. Ay.

—No has decepcionado a nadie, has estado más que a la altura y eres más de lo que nadie esperaba, Greta Samaniego. Tú no eres así, joder, eres salvaje, eres valiente y fuerte. —Resopla y su enfado

aumenta—. ¿Qué cojones ha hecho ese tío contigo? ¿Cómo no hemos visto lo tóxico que era para ti en estos años?

—Porque ambos lo hemos ocultado muy bien. Yo por no querer verlo antes y él porque es un maestro. —No sé cómo, pero mi tía está sacando más mierda de mi interior en unos minutos, que la terapeuta en dos años.

—Lo principal y más importante es que te has alejado de él, que los niños están bien y que sepan toda la historia.

—Hay partes para las que no están preparados, Lili.

—Tú tampoco lo estabas y las enfrentaste. Confía más en ellos porque son tus hijos, tienen tu fuerza y sabrán afrontarlo todo. Puede que les cueste, pero lo harán. —Lili sonríe y coge una pequeña petaca que saca del vestido—. Con nosotros no puede ningún mierda que solo sabe hacer pequeños a los demás para él parecer grande. —Vierte el líquido transparente en las tazas—. Eres una Samaniego y eso es algo que él jamás podrá ser.

—Yo también necesito tiempo para volver a creer en mí y recuperarme. —Alzo la taza.

—Primero cúrate a ti y después podrás con todo.

—Estoy en ello, tía. —La abrazo por la cintura.

—Solo recuerda una cosa —me sujeta de la barbilla para que la escuche bien—: tú eres el amor de tu vida.

VERANO 2005 (23 AÑOS)

Greta

Hace apenas unas semanas que nos hemos casado y todavía me sorprendo diciendo *mi marido* en voz alta, como si repetirlo fuera una forma de creerme del todo esta nueva vida. Manuel dice que soy una exagerada, pero yo creo que hay palabras que necesitan decirse muchas veces para asentarse.

Estamos en agosto. El calor se pega a la piel desde primera hora de la mañana y Manuel ha elegido el hotel para nuestra luna de miel. Dice que era mejor así, que él entiende de estas cosas, que no tenía sentido perder tiempo comparando sitios. Yo he asentido. Siempre me ha parecido una virtud saber decidir rápido.

El hotel es bonito. Demasiado. Es uno de esos lugares donde todo parece pensado para que no desentones, y al mismo tiempo donde resulta fácil sentir que no encajas del todo. Camino despacio por la habitación, con cuidado, como si algo pudiera romperse si no mido bien los pasos.

Me pongo un vestido que no me habría comprado yo sola. Lo elegimos antes de venir, aunque en realidad fue Manuel quien insistió. Yo decía que no me veía, que era demasiado ajustado, que prefería algo más cómodo. Él sonrió y dijo que ya no tenía que pensar solo en mí, que ahora éramos una familia, que él sabía lo que era mejor para mí.

En el espejo del baño me observo con atención. Me reconozco, pero también me noto distinta. No sé si es el vestido o el peso invisible que llevo dentro desde hace días. Manuel aparece a mi espalda y me rodea la cintura.

—Estás guapísima —dice—. Pero tal vez deberíamos haber cogido el de Chanel.

Me quedo quieta.

—¿No te gusta? —pregunto nerviosa.

—Sí, claro que me gusta —responde enseguida—. Solo digo que aquí la gente es muy… particular. No quiero que luego te sientas fuera de lugar.

Asiento. Me aliso el vestido con las manos, casi sin darme cuenta, como si quisiera mantener mis curvas bajo control.

—Si prefieres, me cambio.

—No —dice—. Estás bien.

El restaurante está lleno de parejas que parecen saber exactamente quiénes son y qué hacen allí. Manuel pide vino sin preguntarme. Pide también por mí la cena. No me molesta. Él sabe lo que me gusta, o eso creo.

Durante la cena habla casi todo el rato con una pareja que se sienta en la mesa de al lado. Cuenta cómo nos conocimos, cómo soy y lo despistada que puedo llegar a ser. Lo hace con gracia y la gente se ríe. Yo también. Cuando intento matizar algo, su mano aparece bajo la mesa y me aprieta en el muslo con los dedos. No fuerte. Lo justo para hacerme callar.

—Greta exagera siempre un poco —dice—. Es parte de su encanto.

Sonrío y bajo la mirada.

—Es verdad —añado—. A veces exagero.

Manuel me mira satisfecho, como si hubiera hecho algo bien.

El camarero nos felicita por la boda cuando trae el postre. Manuel responde por los dos. Yo apenas hablo. Me noto cansada de repente, con una presión rara en el pecho que no sé explicar. Culpo al calor, al viaje y a los nervios.

Subimos a la habitación y me quito los zapatos nada más entrar. Me siento en la cama y apoyo las manos en el vientre. Es un gesto inconsciente, pero me tranquiliza.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Manuel.

—Sí —respondo—. Solo estoy un poco cansada.

Me ducho despacio. El agua caliente me relaja, pero también me da vueltas la cabeza. Respiro hondo varias veces antes de salir. Cuando me tumbo en la cama, Manuel apaga la luz y se coloca a mi lado.

—Manuel… —empiezo a hablar llena de dudas.

—Dime.

Me incorporo un poco. Me cuesta encontrar las palabras, como si fueran demasiado grandes para decirlas así, sin más.

—Creo que estoy embarazada.

El silencio se alarga. Demasiado.

—¿Crees? —dice—. ¿Cómo que crees?

—He hecho otro test antes de venir —explico—. Ha salido positivo.

Se incorpora y enciende la luz de la mesilla. Me mira fijamente, como si estuviera intentando calcular algo.

—¿Y no me lo dices hasta ahora?

—No sabía cómo —respondo—. Quería estar segura. Me hice uno la mañana de nuestra boda, pero entre la gente, la fiesta y demás… Pensé que este viaje…

—Greta, estas cosas no se piensan solas. —Suspira.

—No lo he pensado sola —digo enseguida—. Solo… necesitaba un momento.

Se pasa la mano por la cara.

—Ya sabes que estas cosas hay que hacerlas bien. Con cabeza.

—Claro —asiento—. Por eso te lo digo.

Se levanta y empieza a caminar por la habitación.

—Habrá que ver médicos, horarios, gastos, colegios…

—Lo sé.

—Y tendrás que cuidarte más —añade—. No puedes ir haciendo lo que te dé la gana, comiendo de más...

—Nunca hago lo que me da la gana —contesto, casi en un susurro—. Desde que me hice el primer test no he bebido nada que no fuese agua.

Se gira hacia mí.

—Solo quiero que entiendas que ahora hay responsabilidades. No es solo tu cuerpo.

Asiento otra vez. Me llevo la mano al vientre.

—Me hace ilusión —digo—. Mucha.

Manuel se acerca y se sienta a mi lado. Me besa la frente.

—Claro que te hace ilusión —dice—. Pero hay que ser realistas. Debes empezar a cuidarte mucho más.

Apaga la luz y se vuelve a tumbar sin decir nada más. Yo me quedo despierta, mirando al techo.

Pienso que es normal, que está nervioso y que es mucho de golpe. Pienso que el matrimonio es aprender a ceder, a adaptarse. Que nadie es perfecto. Que yo tampoco.

Me digo que mañana lo veremos todo más claro y se alegrará tanto como yo. Tiene que hacerlo. Que esto es solo el principio. Que lo estamos haciendo bien.

Cierro los ojos convencida de que, si confío lo suficiente, todo encajará.

25. EVERY BREATHE YOU TAKE

Marcos

No he podido dormir bien esta noche. De hecho, llevo sin poder hacerlo desde que Greta ha llegado al pueblo. No sé si son los nervios por volver a verla, por los sentimientos que se me remueven cada vez que la tengo cerca, que me roza sin querer o la forma tan absurda de temblar con el que mi cuerpo responde. Y, joder, yo intento ser el que era con ella, pero poco queda de aquel Marcos ahora mismo.

O tal vez queda demasiado.

Estoy centrado revisando el plano que he rehecho más de diez veces del arco que mi hermana y Carolina quieren para la boda y cada vez que trato de empezar a hacerlo, algo falla. O bien las medidas, el ángulo del arco o cualquier mierda.

Y esto es solo debido a la presencia de Greta.

Que llevo media vida trabajando con la madera, con cualquier tipo de ese material y es la primera vez en mi vida que me ocurre.

No sé qué es, pero algo falla.

Algo muy importante está mal entre todas estas líneas.

—*Muchísimas gracias, mi niña*. —El sonido de la voz de mi madre me llega muy clara y me sorprende. La acabo de ver sola en el salón.

Al levantar la cabeza veo que mi madre está sonriendo en la cocina y Greta está justo a su lado con cara de no saber por qué la llama así.

—La tía te manda estos retales que ha encontrado, porque cree que podéis sacar algo del vestido de novia de mi madre, para colocarlo en los manteles de la mesa principal.

Mi madre se queda unos segundos mirando las telas y sé que se acaba de perder en un recuerdo. Soy capaz de verlo en su mirada. Es algo que le ocurría de vez en cuando, pero desde hace unos meses es mucho más habitual de lo que me gustaría.

—Tu boda fue preciosa, mi niña. —Mi madre la está confundiendo con su madre.

—Lo fue, Carmen. —Responde ella con una sonrisa tan tranquila que no sé si me alivia o me mata.

Siento cómo algo se me desgarra en el pecho y espero para tranquilizarme y entrar sin asustar a mi madre.

Los minutos pasan y yo sigo apoyado en el marco de la puerta mientras ellas charlan.

Mi madre habla de cuando *los niños eran pequeños* y de cómo *Antonio* solía traerle flores del campo.

Y Greta sigue ahí sin corregirla, sin apartarse.

Y entonces mi madre le acaricia la mejilla.

—Qué suerte tengo de tenerte como amiga, mi niña.

—¡Mamá! —Mi voz suena más fuerte de lo que quiero.

Las dos me miran asustadas. Greta respira hondo y me dirige una mirada extraña. Mi madre, como si acabara de despertarse de un sueño.

—Antonio, querido. Has llegado demasiado pronto y vas a ver la sorpresa de la boda. —Mi madre oculta los retales como si de su vestido de novia se tratase.

—Mamá… Soy yo. —Me acerco, dejo los papeles sobre la mesa y le cojo las manos—. Marcos. ¿Te acuerdas?

Ella me observa y durante un segundo que me parece eterno no dice nada. Hasta que al final, susurra:

—Claro que sí, hijo. Sé que eres tú. —Me acaricia la mejilla—. Mi niño.

Y se va al jardín, tarareando una canción que ya no recuerda.

Cuando la puerta se cierra tras ella, me giro. Greta sigue sin moverse con los ojos clavados en mí.

—No tienes que hacerlo solo, Marcos —dice.

Su tono es tan suave que me cabrea más.

—¿Y qué coño sabes tú de lo que tengo que hacer?

Su ceja se alza y el tono de mi voz no le hace retroceder ni un solo paso.

—No lo sé —responde sin levantar la voz—. Pero sé que no tienes que hacerlo solo.

Y entonces estallo.

—¡Claro que sí! ¡Porque esto es lo que hago! ¡Porque llevo años haciéndolo! ¡Porque nadie más va a hacerlo, joder! ¡Ni tú, ni Álex, ni nadie! ¡Porque si no lo hago yo… todo se va a la mierda! ¡Todo!

El pecho me sube y baja a toda velocidad.

Greta no dice nada, pero no se asusta por mis gritos.

No se mueve. No me mira como los demás cuando se enteran que mi madre está enferma. No lo hace con lástima.

—¿Y quién te dijo que tenías que hacerlo todo tú?

Me trago las lágrimas que amenazan con salir.

—Porque si yo no lo hago… ¿quién va a hacerlo? —le susurro, con la garganta rota.

Greta se acerca un paso más hasta quedarnos frente a frente.

—Tal vez… —dice, tan cerca que siento su respiración—. Tal vez, si soltaras un poco, te sorprenderías de lo que pasa.

Levanta la mano y me la apoya en el pecho. No me abraza. No me obliga a nada. Solo está aquí.

Y por primera vez en mucho tiempo, cedo. Siento el peso de todo lo que llevo años cargando y no la aparto. La dejo quedarse.

Ojalá fuera para siempre. Pero nuestra historia, como este verano, ya tiene los días contados.

26. BORN WITH A BROKEN HEART

Greta

No he vuelto a ver a Marcos en tres días. No porque esté enfadada. No porque no quiera verlo. Solo porque he comprendido que Marcos necesitaba hacer algo con las manos para no romperse aún más por dentro delante de su hermana y de su madre.

Ambos necesitábamos este espacio.

Así que en estos días me he limitado a observar desde la distancia. Desde la plaza cuando él pasaba en la furgoneta mientras yo desayunaba con mis hijos en el bar. Desde la tienda de flores cuando Marcos cruzaba la calle cargando tablones con cara de cabreo. Desde la ventana de mi habitación cuando trabajaba en el jardín.

Siempre solo.

Siempre empeñado en sujetar todas las piezas antes de que se caigan. Sin nadie a su lado que lo ayude, que lo sostenga.

Y, sin querer, me acordé de otro verano: el de antes de mi boda.

Ambos teníamos veintidós años y muchos sueños por delante.

Y, como ahora, estaba en la finca construyendo algo: una estantería en el jardín para mi madre.

Recuerdo mirarlo desde la sombra, con la excusa de estar ayudando a Carolina a recoger unas flores.

Clavaba, lijaba, desmontaba y volvía a empezar.

Como si el mundo dependiera de que ese mueble quedase perfecto.

Recuerdo haber pensado: *Marcos no sabe hacer las cosas a medias.*

Y también recuerdo haber querido acercarme para decirle algo, porque desde que supo que me casaba, las cosas entre nosotros se habían vuelto un tanto raras.

Gracias.

Qué bien te queda el nuevo corte de pelo.

Ojalá no me casara.

Pero no lo hice.

Vuelvo a mirarlo y sigue igual.

El mismo Marcos.

La misma forma de cargar con todo.

La misma maldita manía de no dejar que nadie le sujete nada.

Y quizá… quizá este verano sea nuestro verano.

Mañana volveré a la finca.

Y esta vez no voy a apartar la vista mientras intenta mantener todo solo.

Ambos necesitamos soltar mierda para poder continuar.

Y quién sabe si seré capaz de decirle lo que aquel verano callé.

27. SOLO TIENES QUE AVISAR

Marcos

Llevo midiendo y desmontando el maldito arco más de lo que me gustaría.

—Es solo para probar —repito—. Un montaje provisional.

Pero cada vez que me escucho decirlo, me suena más a excusa. Cada vez que ajusto un tornillo o repaso el nivel, me doy cuenta de que no estoy buscando hacer una prueba.

Busco que, por una vez, algo se mantenga en pie sin romperse.

Greta se acerca a media tarde sin hacer ruido.

La oigo apoyarse en la verja que chirría más de la cuenta: tengo que echarle grasa.

—¿No te parece… un poco grande? —pregunta, con esa voz suya, mitad broma, mitad en serio.

Levanto la cabeza por encima del hombro y la miro con la ceja alzada.

Pongo la cara.

Sé que pongo la cara de la que siempre me habla mi hermana, la de *no necesito opiniones sobre mi trabajo.*

—Es un arco. Tiene que ser grande.

—¿Tanto como para que parezca una portería?

Me muerdo la lengua y gruño. Sé que lo hago y Greta lo toma como una forma de decirle que se vaya.

Lo hace porque escucho el sonido de las piedras bajo sus pies.

Al rato, cuando ella se ha marchado, me bajo de la escalera en la que estoy subido, me alejo unos metros…

Y sí.

Mierda.

Tiene razón.

La segunda tarde que intento probar algo es peor. Cuelgo una tela blanca, una de las que las novias quieren usar, y en menos de un minuto el viento la mueve como si fuera la vela de un barco.

—¿Siempre sopla así? —Escucho la voz de Greta su justo detrás.

—¿El viento? —No me giro—. Sí. En esta esquina siempre hace corriente. ¿No lo recuerdas?

—Hay muchas cosas que parece que he olvidado. —Hace una pausa—. Pues igual a las novias no les hace tanta gracia salir volando el día de su boda.

Respiro hondo y la miro de reojo.

Me devuelve la mirada… y sonrío.

No porque me esté haciendo gracia su juego de preguntas.

Creo que es porque vuelvo a ver en ella el descaro que parece que había dejado enterrado bajo demasiada corrección.

No contesto.

Y ella tampoco añade nada.

Pero esa sonrisa suya que se le dibuja al alejarse del jardín, me obliga a sonreír.

La tercera tarde lo monto todo. Los listones, el travesaño reforzado y las uniones están en su sitio. Está perfecto.

Me cruzo de brazos, observándolo, esperando sentir… algo.

Entonces oigo su voz otra vez.

—¿Sabes qué parece?

—¿Qué? —pregunto sin apartar la vista del arco.

—Un stand de feria.

Me giro arrugando el ceño.

—¿Un *stand de feria*?

—Los mismos que monta la editorial para las Ferias del libro.

Abro la boca para contestar pero la veo sonriendo, encogiéndose de hombros y suspiro.

—¿Qué sugieres?

—No sé. —Se agacha, recoge una rama seca del suelo—. Tal vez un poco menos de perfección.

Me la tiende y el roce de nuestras manos es electrizante.

—¿Quieres que me ponga a barrer para evitar el mal de ojo o algo así?

—No, idiota.

Vuelve a tendérmela y la cojo para ir colocándola en diferentes puntos, mientras escucho pequeños gruñidos saliendo de la boca de Greta, hasta que algo similar a un sonido de satisfacción me dice que este es el lugar.

La ato.

Doy un paso atrás y…

Joder.

Funciona.

Greta me mira y sonríe.

Y yo… ni puedo ni quiero evitar devolverle la sonrisa.

Pero al ver que entrecierra los ojos sé que hay algo más.

—¿Y ahora qué?

El sonido de la tela resbalando y cayendo sobre mí me asegura que lo estoy haciendo todo mal.

He escondido ganchos en la parte trasera del arco para sujetarla sin que se vieran. Una idea que me pareció genial, pero no ha funcionado.

Greta la sujeta justo a tiempo de que no llegue al suelo.

Observa a su alrededor y coge algo de una caja.

—¿Y si usas cuerda? —dice, sujetando el extremo de una.

—Los ganchos son más discretos.

—Pero la cuerda funciona.

Nos quedamos mirándonos unos segundos.

Cojo la cuerda y de nuevo nuestras manos se rozan, provocando en mí sensaciones que creía mantener a raya. Pero es que es muy complicado con Greta, joder.

Tomo aire, cojo la cuerda y la coloco.

Funciona.

Funciona como cada cosa que me ha dicho Greta.

Cuando termino de montar el arco de prueba me siento en el suelo, al lado de Greta.

No decimos nada durante un buen rato.

Yo miro el arco.

Ella me mira a mí.

Lo sé porque siento sus ojos clavados en mí.

Hasta que dice, en voz baja:

—Por muy buenos que sean tus planos… a veces hace falta una mirada de fuera para darte cuenta de lo que falla.

Me giro para mirarla y durante un segundo, todo el ruido de estos días, el pueblo, mi madre, su vuelta, la boda, el miedo… se silencia.

Ella no me mira como quien ve a alguien que se está rompiendo.

Ni como quien espera algo a cambio.

Solo me mira.

Entonces comprendo, sin decirlo en voz alta, que quizá no es el arco lo que necesitaba una ayuda.

Quizá… el que necesitaba un par de manos era yo.

28. LA SALVACIÓN

Greta

La vida no se soluciona con una pequeña conversación en la que pareces volver a ser la de hace muchos años ni desayunando antes de que toda la casa se despierte. Ni siquiera paseando por los lugares que te hicieron feliz aunque en aquel momento no lo supieses.

El problema llega cuando te crees a salvo, cuando piensas que no va a llegar tu presente, feroz y jodido, para reventarte la burbuja en la que parece que te has metido para que el dolor no te siga consumiendo.

Y la cuestión no es que necesites que nadie venga a salvarte. Lo que de verdad necesitas, lo que tienes que hacer es tratar de sanar, curarte poco a poco las heridas y ser tu propia salvadora.

Pero, joder, lo que cuesta cuando tus hijos te miran como si no te conociesen.

Por lo que un mes después de llegar al pueblo, viéndolos perder el miedo o las pocas ganas de vivir un verano aquí, decides llevártelos al bar a desayunar churros con chocolate, a pesar de los veinticinco grados que marca el termómetro de la farmacia a las diez de la mañana.

A Álvaro casi lo he tenido que sacar arrastras de la cama y Victoria se ha quejado de que no es el desayuno más sano del mundo.

Llegamos al bar de la plaza. El de siempre, el que tiene las mesas metálicas rojas, estampadas con el logo descolorido de una marca de cerveza que lleva más años que yo en el pueblo.

Nos sentamos fuera, bajo la sombrilla a medio deshilachar, y ni siquiera miro la carta de desayunos. Cuando el camarero sale le pido chocolate con churros para los tres.

Así, sin remordimientos.

Cuando el camarero deja la bandeja sobre la mesa, los niños me miran como si acabaran de descubrir que su madre es, en realidad, una impostora.

Victoria frunce el ceño.

Álvaro, que lleva media vida diciéndome que soy la típica madre que desayuna tostadas de centeno con aguacate y semillas de cosas impronunciables, me observa como si esperara que de un momento a otro me creciera un cuerno.

Yo mojo un churro en el chocolate, lo muerdo y ni parpadeo.

—¿Qué? —pregunto, mirando a los dos—. También sé vivir al límite.

—Uy, sí, pedirse churros grasientos para desayunar es vivir al límite. —Parece que Victoria no se ha levantado demasiado contenta hoy.

—Sé que no está siendo fácil todo este cambio, pero podemos disfrutar de las cosas pequeñas y así, a lo mejor, este verano no es tan complicado.

Ninguno de los dos dice nada mientras juegan con la cucharilla removiendo el chocolate. Es Álvaro el primero que coge un churro, lo mira como si le fuese a decir que está bien comerse uno de vez en cuando, y se lo lleva a la boca.

Yo ataco uno nuevo y es un sabor que me transporta a los domingos de invierno cuando el abuelo llegaba a casa con la bolsa de la churrería llena de estas delicias.

—Porque tengo hambre y no parece que haya nada mejor en la carta. —Victoria al final se une a nuestra degustación.

Me sacudo levemente las yemas de los dedos impregnadas de grasa y azúcar antes de buscar un papel.

Las servilletas, de esas que no limpian nada porque están hechas de un papel fino y resbaladizo, llevan impresa la frase *Hoy es un buen día para empezar.*

Parece perfecta para la charla que quiero tener con los chicos, pero cuando se empapa con la grasa de mis dedos se rompe.

Pienso en coger otra, pero me da miedo que la siguiente sea un *Si quieres puedes*, o peor, *Si puedes imaginarlo, puedes hacerlo*.

Así que prefiero seguir comiendo churros y ya me llevaré una frase motivacional de regalo cuando los termine.

Álvaro arruga la nariz mientras arrastra el churro por el chocolate.

—¿Y papá? —pregunta, sin levantar la vista.

Victoria le da una patada por debajo de la mesa.

O todo lo sutil que puede ser una patada de mi hija enfadada.

—¿Qué pasa con papá? —pregunto, apoyando los codos en la mesa.

Álvaro se encoge de hombros.

—Que si va a venir algún día. Que si… no sé. Que si no nos va a llamar más. Que si os vais a divorciar.

Victoria deja el churro a medio comer.

Cruza los brazos y me mira.

Ahí está.

El dúo dinámico.

El comité familiar improvisado.

Respiro hondo.

Cojo una de las servilletas motivadoras, leo el mensaje de turno *La actitud lo cambia todo* y me río por dentro.

Luego, la arrugo despacio.

—¿Sabéis? —digo, sin apartar la vista de ellos—. Hay gente que está mejor junta… y otra que está mejor separada. Y hay veces… —hago una pausa, porque no quiero decirlo mal— hay veces que intentarlo una y otra vez solo significa hacerse daño.

Victoria baja la mirada.

Álvaro aprieta los labios.

—Papá y yo fuimos buenos juntos al principio.

—¿Y después? —pregunta Álvaro, con la voz más baja.

—Después… dejamos de serlo.

—¿Porque os dejasteis de querer? —dice Victoria, con la frialdad calculada de quien ya ha pensado eso muchas veces.

Le sostengo la mirada.

Mis hijos se merecen la verdad, pero lo que no quiero es contarles los innumerables cuernos, los engaños, las formas en que me ha tratado mal, porque es su padre. Cuando crezcan más y puedan entender cómo funciona mejor la vida, tendremos esa conversación. Al fin y al cabo es su padre, y no pretendo que tomen partido en una guerra que solo les puede hacer daño.

—No. —Doy un sorbo al chocolate y lo dejo sobre el platillo con cuidado—. Porque nos dejamos de cuidar. Que es peor.

Álvaro me observa un segundo. Creo que él ve más cosas de las que me imagino.

—Tú jamás nos has dejado de cuidar, mamá. —Estira su mano en la mesa y me la sujeta—. Has estado en cada uno de mis partidos y en las aburridas actuaciones de Victoria. —Mete una broma en medio de lo que parece una conversación que va a ser dura—. No has dejado de cuidarnos desde que nacimos, mamá. Y me fastidia decir esto, pero papá no ha estado a la altura.

Me sorprende que mi hijo diga esto. Él, que adora a su padre y todo lo que le rodea.

—No pongas esa cara, mamá. ¿Crees que por tener diecinueve años no soy capaz de ver cómo te trata cuando cree que no lo vemos?

—Joder, Álvaro.

—Mamá, esa boca —me reprende Victoria con una sonrisa—. Sé que cuando nos dijiste que nos perdíamos nuestro verano te lo pusimos difícil, pero es que no éramos conscientes de todo lo que tú estabas sacrificando por nosotros.

—¿A qué viene esto? ¿Os han cambiado y sois clones? —Sujeto las manos de los dos encima de la mesa.

—Puede que la tía Lili nos haya contado algunas cosas o, tal vez, solo tal vez, te hayamos escuchado llorando en la habitación y hablando con la tía Carol.

—Lo siento mucho, chicos. De verdad.

—No tienes que pedirnos perdón, mamá. Sé que muchas veces hacemos cosas que te ponen de los nervios, que te llevamos al límite y que muchas otras veces no nos entendemos, pero te queremos,

mamá. Más de lo que crees, porque sin ti no seríamos los que somos.

Se me encoge el pecho y una maraña de sentimientos se me queda en la garganta, amenazando con salir en forma de lágrimas.

Pero me las trago, como otras tantas veces he hecho.

—No siempre tienes que ser fuerte por nosotros. Está bien llorar, gritar e incluso maldecir.

Álvaro me está dejando sin palabras.

Siempre ha sido muy maduro para su edad, pero ahora mismo se está superando.

—A veces ser fuerte es lo único que creo que hago bien.

—Haces muchas más cosas bien, mamá, pero estás tan centrada en llegar a todo, que no lo ves. —Victoria aprieta mi mano y sonríe levemente.

—Si papá no te hace bien, es mejor que os divorciéis de una vez —sentencia Álvaro—. Él es nuestro padre, pero tú eres refugio, mamá. —Toma aire y aprieta con fuerza su mano contra la mía—. Hogar siempre será donde estemos los tres juntos. Aquí, en Madrid o en China.

Lucho porque las lágrimas no salgan, pero es imposible.

Ver a mis hijos y escucharlos siendo más sinceros que nunca, demostrándome las grandes personas en las que se están convirtiendo, me llena de orgullo.

Parece que no lo estoy haciendo tan mal.

Victoria hace un gesto raro, una mezcla de enfado y alivio, y vuelve a coger su churro.

—¿Y tú? —pregunta ella, mientras lo muerde—. ¿A ti quién te cuida ahora?

La miro y por un segundo, pienso en decir algo ingenioso, algo que nos saque un poco de esta incómoda conversación.

Pero solo sale la verdad.

—Yo.

Victoria niega como si no le valiera.

—Somos familia, por lo que nos cuidamos los tres. Ahora y siempre.

Álvaro sonríe por la respuesta de su hermana y pasan a discutir por el último churro. Mientras los miro con una sonrisa me doy cuenta de que tal vez esto también es cuidarse.

Saber cuándo decir la verdad.

Y cuándo dejar que la vida siga.

—Mira, mamá, ahí está el jardinero triste.

Me giro hacia la dirección donde Álvaro señala, pero antes de que le diga que se quede quieto, tiene el brazo en alto y suelta el nombre de Marcos con un grito.

—Álvaro —regaño a mi hijo.

—¿Seguimos fingiendo que no nos gusta? —dice mi hijo con una sonrisa.

29. HARÉ LO QUE PUEDA

Marcos

Al escuchar la voz de Álvaro levanto la mano para devolver el saludo y seguir mi camino, pero al volver a llamarme, me sabe mal no acercarme.

Llego a la mesa cuando están terminando el chocolate. Álvaro al verme alza la barbilla.

—Ey, ¿qué tal te va, Marcos?

Me lo pregunta como si nos cruzásemos cada mañana y compartiésemos datos sobre el tiempo o la liga de fútbol.

—Pues bien, creo —respondo, sin sentarme—. Montando cosas, desmontando otras. Lo de siempre.

Victoria gira la cabeza hacia mí y apoya la barbilla en su mano.

—¿Y eso es tu trabajo o tu vida en general?

—Victoria… —Greta la reprende con los ojos en blanco.

—¿Qué? Si es una charla con nuestro vecino, al que casi no conocemos y forma parte de tu vida en el pueblo, tendremos que hacer preguntas, ¿no?

—Por saber más de él —añade Álvaro, muy serio.

—Una mezcla de las dos —respondo—. Aunque el sueldo por desmontar cosas es peor.

Victoria asiente, como si estuviera interesada en mi vida laboral.

—¿Y siempre tienes esa cara mustia de estar pensando demasiado o viene de serie?

—Pues… —me paso la mano por la nuca antes de responder.

—Tiene pinta de venir con el pack de jardinero triste. —Álvaro sonríe mirando a su hermana.

—Eso explica lo del arco. —Victoria no deja de mirarme fijamente.

—¿El arco? —pregunto.

—Sí. —Victoria se encoge de hombros—. Construirlo, desmontarlo, tocarlo, mirarlo tan de cerca como si fueras a declararle tu amor…

Greta se tapa la cara con la mano.

—¿Os podéis callar? —dice entre dientes.

—Pareces buen tío, Marcos —suelta Álvaro, tan tranquilo.

—Pero estamos vigilándote —añade Victoria levantando una ceja.

—Todo el rato —completa Álvaro.

—Vigilancia ligera —aclara Victoria—. Que tampoco somos psicópatas que nos obsesionamos con una persona y no dejamos de cruzarnos con ella a posta para, ya sabes, poder entablar conversaciones que de otra manera no haríamos.

Yo me río porque es la primera vez que tengo que enfrentarme a dos adolescentes.

—Vaya. Y yo sin darme cuenta de que me vigilan.

—Es el protocolo estándar cuando alguien se acerca tanto a mamá. —Álvaro choca su puño con el de su hermana.

—La buena noticia —dice Victoria— es que de momento apruebas. —Se encoge de hombros.

—Me alegra saber que vivo rodeada de personal de seguridad que no he contratado. —Greta resopla mientras los mira negando con la cabeza.

—De nada —responden los dos a la vez.

Victoria se pone en pie, coge el monedero de la mesa y dice:

—Vamos a por otra ronda de churros. Que se ha quedado una buena mañana para meternos calorías vacías en el cuerpo.

Álvaro la sigue sin discutir.

—Sí, a ver si con la boca llena sois capaces de no decir tantas tonterías.

Se marchan entre risas, cruzando la plaza hacia el bar, sin responder a Greta que se lleva una mano a la cara aparentemente avergonzada, mientras con la otra remueve el chocolate con la cucharilla.

—Parecen tus guardaespaldas —comento.

—Más bien mis fiscales —responde sin levantar la vista—. Pero al menos no han sacado la artillería pesada.

—¿Y cuál sería?

—Que pidan referencias tuyas. Por escrito.

Eso sí que me saca una sonrisa.

—Tranquila. Tengo buena letra.

Greta suelta una risa breve y deja la cucharilla en el plato.

Entonces me mira.

—No les hagas caso. No sé si ha sido por la conversación sobre su padre o porque quieren tocarme las narices… Se ponen así cuando sienten que alguien se acerca demasiado. —Hace un gesto vago con la mano.

—¿Y si ese alguien no piensa alejarse? —pregunto, sin pensarlo demasiado.

Me mira.

No sonríe.

Pero tampoco aparta los ojos.

—Entonces… más vale que te gusten los churros.

Y ahí está.

La sonrisa.

La suya.

La de verdad.

La que no sé si me tranquiliza o me desarma.

Veo a los chicos volver cargados con un plato que parece tener más churros que el anterior.

Victoria lo deja en la mesa como si estuviera cerrando un trato.

—Por si te quieres ganar puntos con mamá, que parece que ahora come churros y ha dejado de ser una obsesionada con el aguacate —dice, mirándome de reojo.

—Nunca me gustó, pero se supone que es bueno y a veces hacemos cosas que creemos que son buenas, aunque no nos gusten. —Greta cierra los ojos sabiendo que esto no lo quería decir en alto.

—Yo es que soy muy básico. La verdad es que nunca le he cogido el gusto al aguacate. Me parece que le han dado una

importancia que realmente no tiene. —Cojo un churro y me lo llevo a la boca—. Me gustan los churros.

Victoria hace un gesto exagerado de aprobación.

—Primer paso superado.

Greta niega con la cabeza, pero sonríe.

—Sois insoportables.

Álvaro señala el plato.

—Pero prácticos.

Greta me lanza una mirada rápida avisándome de que es el momento de que huya, pero justo cuando está a punto de decir algo, Victoria suelta, con la boca llena:

—¿Veis? Si al final esto va a ser un desayuno en familia. Porque como sois amigos desde siempre… —me advierte Álvaro.

—Somos familia. —Finaliza Victoria con una sonrisa pícara.

Greta resopla y se lleva la taza a los labios.

—Que Dios nos pille confesados —murmura.

A pesar de la conversación algo incómoda y las miradas inquisidoras de los dos hijos de Greta, acabo de darme cuenta de que no me importaría volver a sentarme en esta mesa mañana.

30. LA MUJER DE VERDE

Greta

Volvemos a casa despacio, como si nadie tuviera demasiada prisa por llegar. Parece que nos estamos acostumbrando todos a la vida en el pueblo: pausada, libre y algo salvaje.

Álvaro va delante, pegando patadas a una piedra que lleva medio camino siendo suya.

Victoria camina a mi lado, jugando con la goma del pelo que siempre lleva en su muñeca y Marcos va a mi otro lado.

Ninguno hablamos.

Tampoco hace falta después de todo lo que se ha dicho en el desayuno.

Y entonces ocurre.

Nuestras manos se rozan.

Una vez.

Piel contra piel, un roce seco, apenas un gesto sin querer…

Pero lo siento como una caricia lenta, sin prisa, recorriéndome entera con ganas de descubrir cada rincón.

No digo nada.

Él tampoco.

Seguimos caminando.

Un metro más.

Dos.

Y vuelve a pasar.

Esta vez no es un roce.

Es el dorso de su mano deslizándose contra la mía, lento, como si lo hiciera a propósito… pero sin llegar a sujetarla.

No sé si apartarme o dejarla donde está.

Sigo andando, concentrada en mirar al frente, en respirar normal, en no tropezar con mis propios pies y dejarme los dientes contra el suelo.

Y cuando, una tercera vez, sus dedos rozan suavemente los míos, siento cómo se me acelera el corazón.

Es solo un roce.

Pero me desarma más que cualquier beso que me hayan dado en la vida.

Al llegar a casa, Marcos se detiene en el camino de entrada.

—Voy al jardín —dice, señalando hacia el sendero—. A ver si el arco ha aguantado.

Yo asiento, sin saber si quiero que se quede… o que vuelva a rozarme la mano.

—Gracias por quedarte y no salir corriendo cuando parecía lo más fácil. —Pido perdón por el interrogatorio del desayuno.

Marcos me sostiene la mirada.

—No pienso salir corriendo.

Se marcha con ese paso suyo, lento, seguro, como si no tuviese miedo de lo que hay.

Mientras lo veo alejarse, solo puedo pensar en que, si no se hubiera apartado, no habría hecho nada por impedirlo.

Nada en absoluto.

Camino hacia la entrada abriendo mucho los ojos y estirando las manos sin creerme lo que me ha provocado Marcos. Me siento en las escaleras del porche tratando de recuperar una respiración normal.

Victoria sale un rato después para sentarse a mi lado.

—¿Mamá?

—Dime.

—No sé qué es lo que pasará con nuestra vida… —Habla sin mirarme, jugando con la goma de su muñeca—. Pero hace mucho que no te veía sonreír así.

No sé qué responder.

—Y me gusta —añade.

Entonces apoya su cabeza en mi hombro, como cuando era pequeña y las dos creíamos que eso lo arreglaba todo.

Me sale una sonrisa floja.

—Gracias, Vic.

No decimos nada más en varios minutos y todo parece mucho más liviano, los problemas más pequeños y lejanos.

Desearía quedarme en este momento mucho más tiempo, pero al cabo de un rato suena el móvil de Álvaro. Por lo que escuchamos es Luka que está invitando a los chicos a comer paella a su casa y a pasar el día en la piscina de su urbanización.

Victoria se remueve nerviosa a mi lado.

—Mamá, Luka quiere hablar contigo —Álvaro lo dice tendiéndome el móvil en la cara.

—Hola, Luka.

—Hola, señ…

—Ni se te ocurra llamarme señora Samaniego —le corto antes de que me duela esa maldita palabra.

—Hola, Greta. Es raro que llame a la madre de mis amigos por su nombre sin casi conocernos.

—A mi hija la llamas por su diminutivo y casi no la conoces.

—Mamá —me recrimina Victoria.

—Le he dicho a Álvaro que mis padres van a hacer paella y quería invitarlos. Van a venir unos amigos y mis padres estarán, aunque no necesitamos vigilancia. Que no vamos a volvernos locos o a beber. —Me da tantas explicaciones que me hace sonreír.

—No sé si mi hija tendrá que hacer alguna otra cosa.

Mientras hablo con Luka, mi hija me tira del vestido, me pega pequeños pellizcos cuando cree que no la voy a dejar ir y la escucho resoplar.

—Me dice que estará encantada de ir.

—Gracias, seño… —corrige a tiempo—. Gracias, Greta. En un rato me paso a recogerlos con la bici.

—Hasta luego, Luka. —Le devuelvo el teléfono a mi hijo y miro a los dos durante unos segundos.

Hace dos días eran unos renacuajos que corrían alrededor de mis piernas queriendo pegarse con cualquier cosa que encontraban en casa. Ahora los estoy viendo cómo suben las escaleras corriendo para preparar las bolsas de la piscina y bajan diez minutos después riendo.

—Gracias, mamá.

Ambos me abrazan y a mí se me pone el corazón blandito, muy blandito.

—Pasadlo muy bien y tened cuidado.

—Yo cuido de Vic, mamá —dice Álvaro al abrazarme.

Los veo recoger mi bici y la de mi hermana de cuando éramos más pequeñas. Camino con ellos hasta la entrada de la casa y veo cómo van en busca de Luka que aparece por la curva del final del camino.

—Vas a tener que acostumbrarte a soltar, cariño.

Mi padre aparece a mi lado con tres copas y una botella recién descorchada.

—Es complicado. —Respiro hondo.

—Luka es un buen chico y su grupo de amigos es como el vuestro: son una familia. —Mi padre pone una mano en mi espalda y me empuja hacia la mesa de madera que descansa bajo una tela entre varios árboles.

Mi madre riega las hortensias mientras les canta una canción de Abba.

—Papá, me voy a divorciar de Manuel.

No dice nada.

Sirve vino en las copas, me acerca la mía y espera a que mi madre se quite el sombrero, se siente en una silla y se sacuda la tierra de las manos.

Ambos se miran.

Sé que están hablando sin palabras. Es algo que han hecho siempre y que, la verdad, me sacaba bastante de quicio.

—Hija, ya te ha costado decírnoslo —dice mi madre al fin.

—¿Ya lo sabíais? —No sé de qué me extraño, la verdad.

—Tu vuelta, las primeras noches llorando en tu habitación, las malas caras, las ojeras…

—¿Y por qué no me habéis dicho nada? —Juego con la copa de vino en mis manos.

—Siempre has necesitado tiempo para contar las cosas, cariño —responde mi padre mirándome. No lo hace con pena. Para nada. Me

mira igual que lo hacía cuando era pequeña y le contaba alguno de mis logros en natación o en el colegio.

—Siento no haber sido sincera, papá. Mamá, perdóname por no habéroslo contado antes de tener que huir de Madrid. Antes de que toda esta mierda me comiese. —Le doy un trago al vino decidida a no dejarme nada dentro—. ¿Cómo he sido tan tonta de seguir creyendo que el final de cuento de hadas estaba hecho para mí?

Los dos se miran y no dicen nada.

—Dejad de hacer eso, por favor. De pequeña me ponía muy nerviosa, pero ya soy mayorcita para escuchar lo que pensáis. Por favor.

—Ese cabrón fue poco a poco. Empezó llevándote de viaje sorpresa cuando ibais a venir al pueblo, le salían cenas muy importantes en fechas señaladas… Luego que si los niños no deberían hacer tantos kilómetros para tan poco tiempo… —Mi madre levanta la mano en el aire como si necesitase unos segundos—. Te separó de nosotros y fue haciéndote suya, de su maldita propiedad.

—Yo se lo permití, mamá, y me mata no haberlo visto.

—No, no, no. —Mi padre entra en acción—. Eso sí que no, Greta. Tú no tienes la culpa porque ese maníaco te tenía donde quería. Es un manipulador y esa clase de personas hacen todo lo que está en sus manos para que sus víctimas no lo vean.

Se hace el silencio en cuanto se oye la palabra *víctima*.

Se me eriza toda la piel y los recuerdos me golpean directamente.

—No tienes que demostrarle nada a nadie —añade mi madre sin dejar de mirarme.

Mi padre asiente.

—Pero si necesitas que te lo recordemos, aquí estamos —añade mi padre.

—Después de todo lo que has pasado… sigues en pie. Y eso ya es mucho. —La voz de mi madre suena más baja cuando lo dice.

Sus palabras se me quedan dando vueltas después de hablar con ellos durante dos botellas de vino.

Me dejan sola en la mesa y acaricio la madera veteada del centro.

No sé si es el vino o mencionar la palabra víctima la que hace que los recuerdos me golpeen uno tras otro.

Hoy no voy a pensar en Madrid.

Ni en Manuel o Unai.

Ni en los años que perdí.

Aunque sé que, tarde o temprano…

Voy a tener que verlos de nuevo.

Y cuando lo haga…

Más me vale estar preparada.

Porque hay historias que no se entierran con solo querer olvidarlas.

VERANO 1999 (17 AÑOS)

Greta

Este verano todo parece distinto. Es como si me hubiera quitado un poco de encima los complejos y los miedos para dejarme llevar por un chico que me mira como si no fuera la Greta de siempre.

No la empollona.

No la que acompaña a las amigas para que no vuelvan solas.

No la que sirve para rellenar silencios.

Unai me mira como si de verdad me viera.

Cuando se acerca solo a mí, cuando me habla en voz baja, cuando sonríe como si compartiéramos un secreto, sé que esta vez sí. Cada vez que me llama preciosa sin que nadie más lo oiga. Cada vez que dice que le gusta que sea distinta. Que soy lista. Que no soy como las demás.

Me lo creo.

Me lo creo cuando me manda un mensaje solo para decir que le gusta cómo me quedan las camisetas anchas.

Me lo creo cuando pasa de las otras chicas para quedarse conmigo.

Me lo creo cuando me coge de la mano en la plaza y no la suelta.

Quiere saber qué quiero hacer cuando sea mayor.

Por qué leo tanto.

Por qué me callo cuando me sacan de la cuadrilla.

—No tienes ni idea de lo que vales, ¿no? —me dice una noche, tan de repente que me deja sin palabras.

Me apoyo en la barandilla de la plaza, lejos del ruido de la orquesta.

—¿Perdona?

—Que eres distinta —insiste—. Y no lo ves.

Me mira como si tuviera razón. Como si yo estuviera perdiéndome algo evidente.

Me río nerviosa.

Me gusta que me mire así.

Cuando se acerca demasiado, cuando sus manos tratan de adentrarse dentro de mi ropa, cuando noto que el ambiente cambia y ya no sé bien cómo moverme, algo dentro de mí se tensa. Intento decir que no, bajito, sin hacer ruido. No quiero que piense que soy rara. No quiero que se vaya.

Él se aparta. Sonríe. Dice que sigamos de fiesta.

Pero su sonrisa ya no es la misma.

Antes de volver con sus amigos, suelta mi mano. Yo digo que voy a comprar refrescos y necesito unos minutos para respirar. Camino hasta la barra, espero mi turno y pago con las manos temblorosas.

Y entonces ocurre.

Al caminar hacia el banco donde está con sus amigos es cuando oigo mi nombre.

—La Greta… menudo plan.

Las risas me atraviesan antes que las palabras.

—¿Te vas a liar con ella o qué?

Me quedo quieta. No me ven. Nunca me ven.

La voz de Unai suena baja, pero clara.

—Está hecha. Se cree todo lo que le digo.

Más risas.

—Va de especial porque lee y es lista —dice otro—. Pero es lo de siempre.

—Si aprieto un poco más, cae —responde Unai—. Está loca por mí.

Las carcajadas me hunden el estómago.

No escucho todo. No puedo.

Es suficiente.

Entiendo algo que no había sabido poner en palabras nunca: no es solo miedo a no gustar. Es miedo a que se rían. A que me miren como si fuera especial solo para hacerme sentir imbécil después.

Me obligo a moverme. Tiro los refrescos en un contenedor y me alejo sin mirar atrás. Camino rápido, con las zapatillas llenas de polvo y las manos heladas.

La música de la plaza llega apagada, como si ya no fuera conmigo.

Cuando giro la esquina del camino, lo veo.

Marcos está apoyado en la tapia de su casa, con los brazos cruzados y la cabeza gacha. Se rasca la nuca como siempre que piensa demasiado. Al oírme, levanta la vista.

Nuestros ojos se cruzan.

Y durante un segundo quiero contárselo todo. Decirle que me duele. Que me siento pequeña. Que tengo vergüenza. Que esta noche algo se ha roto.

Pero no lo hago.

Hago lo de siempre.

Me quedo callada para no molestar.

—¿Se acaba la noche? —pregunta en voz baja.

—Sí.

No dice nada más.

Solo me mira.

Como si supiera que, si habla, me rompo.

—Buenas noches, Greta.

—Buenas noches, Marcos.

No me giro al despedirme.

Mientras recorro el camino hacia casa, entiendo que hay cosas que prefiero no contar. Porque si no las digo, es como si no hubieran pasado. Porque no quiero volver a creerme especial para acabar sintiéndome así.

Esta noche aprendo a callar.

Y no lo sé todavía, pero me va a costar años desaprenderlo.

31. RUN THE WORLD (GIRLS)

Greta

Es increíble lo que libera soltar lastre… y lo poco que nos atrevemos a hacerlo. Supongo que, la mayoría de las veces es por miedo. Miedo a que nos juzguen, a admitir que hemos fallado o a reconocer que nos hemos equivocado.

Aunque, siendo justa, tendría que haber sabido que con mi familia eso nunca iba a pasar. La verdad —la que no me había atrevido a decir en voz alta— es que no quería contarles nada porque habría sido aceptar que me he pasado años en una relación que, en el fondo, siempre supe que no llevaba a ninguna parte.

Dicen que nunca es tarde para reconocerlo, ¿no?

Estoy tumbada en una hamaca con mi hermana mientras me cuenta la idea que tienen para la luna de miel.

—Álex no quiere irse lejos y la entiendo. Carmen está teniendo episodios mucho más fuertes y estar a miles de kilómetros no la va a hacer disfrutar. —Carolina aprieta los labios—. Es una enfermedad de mierda. Te hace olvidarte de quienes te quieren, de tus recuerdos y deja a tus familiares muertos de miedo.

—Os merecéis la luna de miel de vuestros sueños. ¿Álex no quería recorrer las Highlands en furgoneta?

—Sí, pero lleva años posponiendo sus sueños. —Mi hermana se pone la mano en los ojos—. Por eso la boda ha sido tan rápida. Quiere que su madre esté lo más presente posible, que participe en todo aunque luego se le olvide.

Las dos nos quedamos unos minutos en silencio con las manos entrelazadas sobre la hamaca hasta que el sonido de mi móvil me hace levantarme.

Veo un número que no reconozco y, aunque tengo la tentación de pasar de la llamada para no tener que decirle mil veces no a una chica que me quiere rebajar el precio de la luz, descuelgo porque siento un pequeño escalofrío.

—¿Sí?

—Greta, soy Antón, el hermano mayor de Luka. Deberías venir a casa. Ha pasado algo.

No pregunto el qué, solo hecho a correr hacia la cocina para coger las llaves de mi coche, pero recuerdo que se lo ha llevado mi padre porque el suyo está en el taller y mi hermana le ha dejado la furgo a Álex que tenía que ir a por un pedido.

—Marcos.

Es lo único que digo y mi hermana corre a mi lado para ir a su casa. Lo encontramos sacudiéndose las manos de serrín.

—Marcos, necesito que me dejes la furgoneta. Tengo que ir a casa de Luka porque ha pasado algo. Y no sé qué es, pero no es bueno.

Marcos deja todo lo que tiene en las manos, entra corriendo en casa y sale a los segundos con las llaves en la mano.

—Vamos.

No me opongo.

Solamente empujo a mi hermana dentro de la furgoneta y me subo mientras Marcos arranca.

No son más de cinco minutos los que tardamos en llegar, pero por mi cabeza ya se han pasado los mil vídeos que al algoritmo de Tik Tok le gusta mostrarme de desastres en fiestas. Personas sin manos por la explosión de petardos, comas etílicos con cabezas abiertas contra el bordillo de la piscina, agua llena de sangre con un cuerpo boca abajo…

Tal vez viese demasiadas películas de terror en mi adolescencia. En mi defensa he de decir que *Scream* y *Sé lo que hicisteis el último verano* son lo mejor de aquella época.

Al llegar, Antón nos guía hasta la piscina de la urbanización donde me encuentro a dos grupos de chavales separados por unos chicos más mayores.

Los miro uno a uno y compruebo que a uno le sangra la nariz, tiene arañazos en un hombro y sus manos están puestas en sus partes íntimas.

Al otro lado veo a Álvaro que se queja de los nudillos, Luka al verme agacha la mirada y mi hija mantiene la cabeza levantada como si estuviese impidiendo que se le caiga la corona. Y la cabrona tiene cara de satisfacción.

—¿Qué coño ha pasado?

32. LOS PERROS

Marcos

No logro entender qué demonios ha pasado aquí. Greta se acerca a toda prisa hacia Victoria, que sonríe con una mezcla de satisfacción y descaro, mientras Álvaro niega con la cabeza… aunque se le acaba escapando una carcajada.

—Pero… ¿Qué…? —A Greta se le atragantan las palabras—. ¿Se puede saber qué ha pasado?

—Que un imbécil se ha querido pasar de listo y ha recibido lo que se merecía. —Victoria da un paso adelante, como si aún no hubiera terminado con el asunto.

—¿Quién? —Greta pregunta, girándose para revisar a los chavales uno a uno.

Y entonces lo ve.

El chaval que está al fondo, sujetándose la cara, rojo de rabia y dolor. Al que, si hay suerte, solo le quedará un ojo morado.

Y si no, probablemente haya que operarle la nariz.

—Tenía que ser una Samaniego la que viniera al pueblo a jodernos. —Una voz llega desde el fondo, cargada de burla.

Greta gira la cabeza y ve a Unai apoyado en la valla, con esa sonrisa suya que nunca fue de verdad, los brazos cruzados y la mirada fija en ella.

—¿Qué demonios haces aquí? —Greta se acerca enfurecida a él y creo que hay más detrás de ese enfado, porque Carolina la sigue de cerca.

—Puedes irte a tomar por el culo, Unai. —Carolina se une a su hermana.

—Joder, la bollera y la gorda. Esto es el inicio de un mal chiste —responde Unai buscando una risa general.

El chaval del ojo morado, que casualmente es el sobrino de Unai, responde:

—Ella ha tenido la culpa. —Señala a Victoria que se remueve cabreada.

—Porque eres un bocazas asqueroso y tras intentar meterme mano, has pasado a llamarme gorda y has terminado con un *eres igual de guarra que tu madre*.

Todos miramos a Victoria sin poder creer que un chaval de quince años haya tenido las narices de soltar eso y encima a una chica más mayor que él. En nuestra época ni se nos ocurría hacer eso.

Unai sigue sonriendo como si todo esto fuera su espectáculo personal.

—Si la madre era una estrecha… —suelta, subiendo un poco más la voz— es normal que la hija también lo sea.

Greta se queda inmóvil y respira despacio, pero sus puños se aprietan.

—Unai —digo, alzando la voz—. Será mejor que cierres la boca.

Él me mira, con esa media sonrisa que siempre dan ganas de partirle.

—¿Me vas a obligar tú? Claro, que eras y sigues siendo el perrito faldero de Greta Samaniego —se ríe—. ¿O es que sigues dolido porque nunca te la llevaste a la cama? Ni la gorda te quiso.

Victoria resopla incrédula ante lo que está escuchando.

Álvaro da un paso al lado de su madre.

Y entonces Unai abre la boca una vez más.

—Aunque claro, si la hija sale a la madre, tampoco es que valga mucho.

No llega a terminar la frase porque Greta se le echa encima y le cruza la cara. Pero no con un manotazo. Lo hace con un puñetazo limpio y directo a la mandíbula.

Unai se tambalea y choca de espaldas contra el muro.

El grupo se queda en silencio.

—Ni se te ocurra volver a nombrar a mi hija —amenaza Greta, con la voz tan baja que asusta.

Unai se incorpora mientras se frota la cara y avanza un paso enfurecido hacia Greta. Le saca a ella casi dos cabezas y al menos diez kilos, pero ella no se mueve.

—Eras un mierdas y lo sigues siendo —dice Greta, firme, sin apartar la mirada.

Unai tuerce la boca, sin dejar de sonreír.

—Más te vale cerrar esa puta boca o…

—¿O qué? —lo corta Greta, avanzando otro paso.

—Normal que tu marido te haya engañado. Al fin y al cabo… la que es una zorra, lo sigue siendo toda la vida. —La sonrisa de Unai se afila.

Greta respira despacio, muy despacio.

—Cuidado con las zorras, Unai… —la voz de Greta suena baja—. Porque suelen saber dónde morder.

Unai se ríe, pero su mirada vacila un segundo cuando ve a Victoria y Álvaro que se colocan al lado de su madre. Greta extiende una mano y los para sin apartar los ojos de Unai.

—Si tienes algo que decirme —prosigue—, dilo. Pero ten huevos de hacerlo sin esconderte detrás de un crío para atacar a mi hija.

—No me escondo de nadie. —Unai se tensa.

—Atacas a los que crees más débiles porque eras y sigues siendo un maldito cobarde.

Unai la mira y da un paso atrás para alejarse, pero entonces mira a Greta.

—Esto no ha terminado, Samaniego.

—No —responde ella con la voz firme—. Para ti acaba de empezar.

Greta da un paso hacia Unai, pero unos brazos la cogen de la cintura y la apartan de él.

—¿Qué está pasando aquí?

Eneko mira a Greta mientras la deja junto a sus hijos y pasa a observar todo.

—Joder, Samaniego.

—¿Qué? —preguntan al unísono Greta, Victoria, Álvaro y Carolina.

Todos comienzan a contar parte de su versión, mientras en el otro lado Unai y su sobrino hacen lo mismo.

—¡Basta ya! —Grita Eneko mientras se oye un aviso en la radio del coche patrulla—. ¿Alguien quiere interponer una denuncia? Si es así, que vaya a comisaria ahora mismo y dé todos sus datos, junto a los de los implicados.

Mira a Unai, porque sabe que no sería capaz de hacerlo, ya que su orgullo quedaría muy tocado.

—Vámonos, Iván. Esta gente no es buena compañía.

Tira de su sobrino y Victoria le lanza un mordisco al aire, mientras Unai le echa la bronca al crío por dejarse ganar por una chica.

—Ha vuelto la Greta salvaje, Marcos —dice Eneko justo cuando todos empiezan a dispersarse.

Joder si ha vuelto.

Y joder lo que me gusta.

33. DOLOR Y GLORIA

Eneko

Unai se va arrastrando al sobrino insultándolo entre susurros, como si fuera culpa del chaval haberse llevado el golpe y no suya por ser el imbécil de siempre.

Lo veo alejarse y, por un segundo, me tienta llamarle la atención. Pero ¿para qué? Los cobardes siempre saben a quién echarle la culpa para salir impunes.

Victoria suelta un resoplido.

Álvaro sacude la cabeza.

Carolina todavía está tensa, como si no acabara de creerse que se ha metido en una pelea con su hermana y sus sobrinos.

Greta está quieta con los puños aún apretados y esa cara que no le había visto en años.

No de cabreo.

Más bien de haber soltado algo que llevaba demasiado tiempo dentro.

Me acerco a ella y le digo:

—¿Sabes que si le hubieras roto la nariz a cualquier otro, ahora mismo te estaría llevando al cuartelillo de la mano?

Ella gira la cabeza y levanta una ceja.

—¿Y me lo dice el poli que ha tardado en intervenir más tiempo del necesario?

—Es que quería asegurarme de no perderme el mejor capítulo de la telenovela —sonrío—. Y, para qué engañarnos, nunca he visto un karma tan bien llevado.

Ella intenta aguantar la seriedad, pero los labios le tiemblan.

—¿Entonces qué? ¿Vas a multarme o me llevas a tomar una cerveza al acabar el turno?

—Estaba pensando en hacer ambas cosas. Aunque si pagas tú, me ahorro el papeleo.

Se ríe y aparece la carcajada de la Greta de antes.

—Hablando en serio —bajo un poco la voz—. Sabes que esto con Unai… Hace años que sé que tú y ese cabrón tenéis algo pendiente. Y porque lo que se comentaba en el pueblo, él se ha pasado de la raya contigo más de una vez.

Greta no responde.

—¿No vas a contarme lo que pasó entonces? ¿O me tengo que quedar con lo que me llegaron a decir por ahí? Porque, si la mitad es verdad… te quedaste callada demasiado tiempo.

—No —me corta, alzando un dedo y mirándome de frente—. Hoy no toca que me dé por pensar en todo lo que ese capullo me hizo. Ni en lo que yo permití que me hiciera.

La observo durante un segundo. La Greta que tengo delante es fuerte, valiente y una maldita salvaje.

Joder… Qué orgullo me da verla así.

—¿Sabes? —le digo—. Da gusto ver que la Greta que no se calla ha vuelto.

Ella se ríe y antes de irse con sus hijos dice:

—Cuidado, Eneko, que como me sigas provocando, te pido matrimonio.

—¡Por favor! —exclamo, llevándome la mano al pecho—. No le hagas eso al pobre Marcos.

Entonces me giro hacia él.

Está a unos metros, apoyado en la farola con los brazos cruzados y muy serio. No ha dejado de mirar a Greta ni un segundo. Me acerco despacio a él.

—Oye —le digo, en tono bajo, sin apartar la vista de Greta, que ya se ríe con Carolina y los chicos—. ¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?

Marcos apenas se mueve.

—Ilumíname.

—Que ella ha vuelto a ser la que siempre fue. Y, tú sigues ahí, mirando como si fueras un espectador de su vida. Si sigues así igual la pierdes.

Marcos me fulmina con la mirada.

—Sabes que no es tan sencillo.

Le doy una palmada en el hombro.

—Claro que no. Nada que merezca la pena lo es. —Me detengo antes de irme y le suelto, bajito—: Solo digo una cosa. Cuando me enteré de lo que le hizo Unai o de lo que supuestamente ocurrió… Quería partirle la cara.

Marcos aprieta la mandíbula y veo en sus ojos que se da cuenta de que aquel verano de 1999 fue justo cuando Greta se puso una coraza y dejó de ser ella misma.

—¿Y tú sabes lo que de verdad me jode? —le digo, ya a punto de girarme—. Que si tú no vas… Puede que lo haga otro. Y os quiero demasiado a los dos como para veros separados durante el resto de vuestras vidas.

Y me marcho sin mirar atrás.

—¡Eneko! —grita Greta desde la esquina—. ¿Te quitas ya ese traje o vas a cumplir una de mis fantasías?

Me provoca una gran carcajada que me hace recordar todas las veces que Greta conseguía sacármelas de adolescentes, cuando mi vida se complicó tanto.

—¡Tus deseos son órdenes para mí! —respondo, dándome media vuelta y metiendo mis dedos en el chaleco mostrando la mercancía.

Cuando la veo rodeada de los suyos, riendo como si no acabase de meterse en una pelea, luchando por su hija, viva…

Sé que sí.

Que la Greta que todos habíamos perdido ha vuelto.

Y que, si Marcos no espabila, la va a perder otra vez.

34. DE LAS DUDAS INFINITAS

Marcos

Eneko se despide no sin antes decir sus últimas palabras.

—Me voy, que mi turno acaba en unos minutos y espero que nadie se meta de nuevo en una pelea y me dejen irme a casa a seguir viendo mi serie con una buena pizza.

—¿No prefieres quedarte? Siempre animas el ambiente. —Veo cómo Greta lo abraza sonriendo.

Eneko ladea la cabeza hacia mí.

—Prefiero dejarte con quien lleva media vida mirándote y no se atreve a dar el paso.

Eneko se ríe y me da un toque en el hombro antes de irse.

Victoria y Álvaro se apartan unos metros con Greta.

Los tres se abrazan.

Ella les habla bajito, demasiado como para que la escuchemos, pero por cómo Victoria le rodea la cintura y Álvaro asiente serio, sé que están sellando algo solo suyo.

Carolina y yo nos quedamos uno al lado de otro en silencio. Ella cruza los brazos, observa la escena y suelta:

—¿Sabes? He visto a mucha gente dar la cara por su familia, pero ninguna como a tu chica.

—No es mi chica —respondo, sin pensarlo demasiado.

—Ah, ¿no? —Arquea las cejas.

—Es… —Me lo pienso—. Es Greta, mi amiga.

Carolina me mira de lado, como si supiera mucho más de lo que dice.

—Pues si no piensas hacer nada con eso tendrás que acostumbrarte a verla vivir su nueva vida desde la grada.

No me da tiempo a responder porque en ese momento Greta vuelve. Camina entre Victoria y Álvaro, con los brazos pasados por las cinturas de ambos. Los tres llegan riendo, como si lo de antes hubiera sido solo un calentamiento.

Greta me mira al llegar, sorprendida por mi cara, y la sonrisa que me dedica me pone nervioso.

—¿Nos hemos perdido algo? —pregunta, soltando a sus hijos.

—Tu hermana estaba dándome un sermón sobre la vida.

—Mentira. Solo le decía que no se le da mal mirar.

—Pues mirar no basta. A veces hay que actuar —dice Victoria cruzándose de brazos.

Álvaro resopla.

—¿Ahora vais a hacerle una intervención al pobre Marcos o nos vamos al bar y pedimos una ronda?

Greta se ríe y me lanza otra mirada.

Una de las que te desmontan.

—¿Y tú, Marcos? ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte mirando o actuar? —Greta lo dice como broma, pero su mirada no tiene nada de broma.

—Depende —respondo, sin apartarme de ella—. ¿Vas a seguir dejando que solo mire o prefieres que haga algo más?

Por un segundo, todo alrededor desaparece.

Ella no aparta la vista.

Yo no doy un paso atrás.

Y es ella quien se acerca primero.

Muy despacio.

Su mano roza la mía al pasar.

Nada evidente.

Pero suficiente para que toda la piel me arda.

—¿Y si prefiero las dos cosas? —susurra.

Le devuelvo la mirada y la sonrisa.

—Entonces prepárate.

Victoria suelta un *uy* que rompe la tensión.

Carolina ríe.

Álvaro rueda los ojos.
Greta no se aparta.
Nos quedamos demasiado cerca para hacer algo.
Demasiado lejos para poder hacerlo.
Y cuando ella baja la voz y dice:
—A ver cuánto aguantas sin quemarte, Ochoa.
Solo puedo pensar en una cosa.
Que quiero arder.
Y que si es con ella…
Voy a disfrutar cada segundo.

35. UN MILLÓN DE VECES MÁS

Greta

Jamás me imaginé que volviendo al pueblo podría reencontrarme con la vieja Greta y menos que lo haría de una forma tan rápida. No es que me haya olvidado de las traiciones o del dolor que me traje en la maleta de Madrid, pero estar con tus amigos, con tu familia y sentir que tienes el control de las cosas, hace que todo pese un poco menos.

Que no digo que lo tenga todo superado y no tenga que trabajar en recuperarme, pero mientras veo cómo mis hijos juegan a lanzarse globos de agua, cómo ríen y caminan descalzos por el jardín, hacen nuevos amigos o no permiten que los maltraten, siento que las cosas pueden funcionar a pesar del dolor que llevamos a cuestas.

No sé muy bien en qué momento empiezo a acostumbrarme a que Marcos esté aquí. O tal vez es que siempre ha estado y no me había fijado.

Todo empezó con el arco. Ese maldito arco que, según Álex, *tenía que ser sencillo, bonito y especial*. Que traducido en nuestro idioma significa: *échale una mano y hazlo tú, Greta, pero sin que se note que lo has hecho*.

Una mañana, tras la pelea de Victoria y nuestra casi detención, me acerco con la intención de ayudar.

O al menos de fingir que ayudo.

Marcos tiene la lija en la mano, una camiseta vieja y se ha puesto una goma estrecha en el pelo de esas que llevan los futbolistas, para apartarlo de la cara.

—¿Te sobra algo de trabajo? —pregunto, sin pensarlo demasiado.

Levanta la mirada, la fija en mí como si intentara adivinar si voy en serio o vengo a molestar.

—¿Sabes usar esto? —me mira, enseñándome la lija.

—¿Hace falta un título oficial para ello?

La sombra de una sonrisa aparece en sus labios.

—Si te cargas una tabla, la pagas.

—¿Me vas a cobrar por cada tabla que rompa o por cada vez que te saque de quicio? —le devuelvo, cogiendo la lija.

Y entonces sí, sonríe.

Solo un poco.

Pero suficiente para que la tensión desaparezca.

No hablamos mucho.

El ruido de la sierra, el sonido de la lija, los trozos de madera cayendo al suelo o la melodía de la máquina de coser de Carmen son la banda sonora de nuestro día.

Nuestras voces solo son para cosas esenciales.

—Sujétame esto.

—¿Puedes traer el martillo?

—Eso no está recto.

Un par de días después, cuando la rutina se ha instalado en nuestras vidas: a primera hora salgo a dar un paseo antes de que salga el sol por completo. Paso por la panadería y vuelvo a casa para dejarles a los niños el pan del desayuno, para luego ir a casa de Marcos y dejar en la mesa que ya está preparada para nosotros dos. Marcos sale con dos tazas de café recién hecho y las coloca delante de cada plato.

—Como sigas trayéndome bollos, no voy a entrar en el traje de la boda —dice Marcos mientras le arranca un cuerno a su cruasán.

—Si prefieres dejo de hacerlo.

Levanta una ceja y me mira fijamente, como si pensase que lo digo en serio.

—Me encanta desayunar contigo y no decir nada. Disfrutar de la paz de esta hora cuando todos duermen y solo estamos tú y yo. —

Toma aire y ladea la cabeza—. No dejes de hacerlo nunca, Greta.

Y la rutina me parece más perfecta y bonita de lo que jamás me habría imaginado.

Otro día, mientras estamos organizando las cajas donde las novias quieren meter recuerdos bajo el porche, la radio vieja que Marcos enchufa a ratos suelta una canción que me hace sonreír.

Un Millón De Veces Más, de Los Aslándticos.

Victoria la tiene en bucle desde hace semanas.

Empiezo a tararear sin darme cuenta. Marcos me mira por encima del hombro.

—¿Qué? —pregunto.

—Solo que… —Hace un gesto con la mano—. Hace mucho que no te oía cantar.

—¿Tan mal lo hago? —No dejo de mirarlo ni un segundo.

—Para nada.

—Hay muchas cosas que no se me dan nada mal, cuando la gente me deja hacerlas.

Marcos sostiene la mirada un segundo más.

Luego vuelve a su trabajo.

Pero veo cómo sonríe.

Unos días después, Carmen aparece con limonada casera y un comentario en la boca que suelta a su hija al alejarse de nosotras como quien no quiere la cosa.

—Mira cómo se entienden estos dos sin decirse nada.

Yo hago como que no la oigo.

Marcos se limpia las manos en la camiseta y se encoge de hombros.

—Son buenos juntos, pero son tan cabezones que aún no han querido decirlo en alto.

Carmen se ríe, le da un beso en la mejilla a su hija y luego me mira a mí.

—Tal vez siempre ha sido más sencillo ocultar lo mucho que se quieren para no salir heridos. —Carmen coge a su hija de la mano y se alejan, pero no lo suficiente como para que no escuchemos

perfectamente lo que dice—. Aunque a veces la vida hace que te olvides del amor que sientes y te lleva por caminos que jamás deberías haber pisado.

—Todos los caminos traen a casa, mamá. —Álex ya no sé si habla de ella, de nosotros o de Carmen.

—Siempre, aunque se nos olvide cómo volver.

Por la noche, cuando estoy en casa y me quito el polvo de las manos, pienso que tal vez Carmen lleva razón a pesar de las malas pasadas que le juega su enfermedad.

El último día del mes de julio, uno de los más calurosos, estamos recogiendo herramientas cuando se me engancha la camiseta en un clavo y al tirar, se rasga.

—Genial —murmuro, soltando un bufido.

Marcos se acerca, sin decir nada, y se agacha para soltar el tejido con cuidado. Lo hace con las dos manos, despacio, con la mirada fija en lo que está haciendo. Sus dedos hacen contacto con mi piel y me hacen estremecer.

—Tienes un talento especial para meterte en líos, ¿eh?

—Solo estaba tratando de terminar de recoger —respondo, sin moverme.

—Podrías pedir ayuda para llevarlo todo.

—¿Y perder la oportunidad de hacer el ridículo? Ni loca.

Cuando consigue soltar la tela, sus ojos se clavan en los míos.

—Tú siempre tan dispuesta a hacerlo todo sola.

No sé por qué, pero me deja sin respuesta.

No es un reproche.

Ni siquiera una broma.

Es la verdad.

Hablamos poco.

Pero cuando lo hacemos ya no pesa.

De vez en cuando, nos rozamos al pasar.

Cuando sujetamos la misma tabla.

Cuando nos agachamos a la vez.

Cuando me da el martillo y sus dedos rozan los míos.

No dice nada.

Yo tampoco.

Pero cada uno de esos roces cuenta.

Y son peligrosos.

Un día, mientras recogemos, sin pensarlo demasiado, le digo:

—¿Siempre fuiste tan de guardártelo todo?

Marcos ni se inmuta.

—¿Y tú? ¿Siempre fuiste tan buena esquivando?

Nos miramos.

Y, por primera vez, nos reímos al mismo tiempo.

Sin esfuerzo.

Y lo entiendo: hay cosas que ni el tiempo, ni la vida, ni el dolor consiguen borrar del todo.

Como nosotros.

Y, por primera vez, esto no me da miedo.

Porque cuando Marcos me mira y me sonríe sin prisas, lo entiendo todo: no era que no fuera para mí… es que yo aún no estaba preparada para quedarme.

VERANO 1994 (12 AÑOS)

Greta

El calor de agosto cae a plomo. Hasta las piedras parecen a punto de derretirse. La plaza huele a una mezcla de los bocatas de chorizo que Berta y yo nos estamos comiendo, la crema solar que sigue en nuestra piel y la colonia de las chicas mayores que parece que hoy salen de fiesta.

Estamos sentadas en el bordillo frente al bar, con las piernas llenas de polvo y la piel pegajosa de sudor, observándolas.

Se han refugiado en la terraza con las amigas de siempre.

Ellas tienen pinta de saber lo que hacen.

De ser mayores de verdad.

Llevan camisetas cortas, el pelo recogido en moños altos y esa forma de reírse a carcajadas de cosas que, para mí, no tienen ninguna gracia.

—¿Por qué se ríen tanto? —le pregunto a Berta, que ya se ha acabado el bocata y ahora mastica una piruleta como si fuera un chicle.

—Porque son idiotas —responde ella, encogiéndose de hombros.

Yo la miro.

Berta tiene solo unos meses más que yo, pero a veces parece tener diez años más.

—¿Y por qué llevan ese pintalabios rojo?

—Para que los tontos del pueblo les miren el morro en vez de la cara. —Berta se ríe.

Miro a las mayores mientras hablan y ríen como si la vida les fuese en esa conversación.

—¿Crees que nosotras seremos así? —le pregunto.

—Espero que no. —Berta escupe el palito de la piruleta.

Marcos pasa por delante del bar con Koldo y Eneko.

Van con las bicicletas, tienen las camisetas manchadas de barro y las caras rojas del calor. Marcos lleva la gorra hacia atrás y empuja la bici como si el mundo le diera igual.

—Mira, el soso —dice Berta, señalándolo con la cabeza.

—¿Por qué le dices soso?

—Porque nunca dice nada. Solo te mira como si fueras una piedra o un mueble.

Cuando Marcos pasa por nuestro lado me mira a mí un segundo y sonríe. Es un gesto pequeño, nada que nadie más note, pero yo lo hago.

Y en ese momento, con las piernas llenas de polvo, *Agua* de Jarabe de palo y las risas de las mayores de fondo, siento algo que no entiendo.

Algo que, tal vez, no quiero entender.

Todavía.

No con Marcos.

36. EL AMOR

Carolina

Acabo de dejar a Álex en casa tras cenar con ella y Marcos, mientras Carmen estaba en casa con mis padres. Hace unos días tuvo una revisión en la que los médicos nos han confirmado que la enfermedad va demasiado rápido, por lo que teníamos que hablar de lo que va a suceder ahora, porque Marcos sigue empeñado en que nos vayamos de luna de miel lejos, pero Álex tiembla solo de pensarlo.

Encuentro a Greta en la cocina mirando una taza vacía como si escondiera todas las respuestas que no parece querer encontrar y un sobre marrón encima de la mesa.

La beso en la cabeza y me siento frente a ella.

No digo nada.

A veces, dejar espacio es lo único que hace falta.

Aunque tras pasar varios minutos en silencio, decido hablar.

—No tienes que decir nada —rompo el silencio—. Pero igual te hace bien.

Ella levanta la vista y compruebo que tiene los ojos demasiado brillantes, pero no de llorar. Es del peso que sigue cargando.

—No es el momento —susurra.

—¿No? —pregunto—. ¿Cuándo va a serlo, Greta? ¿Cuando Manuel vuelva a hacerte sentir pequeña? ¿O cuando decidas que es más fácil seguir huyendo?

Sus labios tiemblan, pero no habla. Podría decirle que lo entiendo, que la entiendo. Pero todas las excusas del mundo para no abrir este sobre ya se las ha puesto ella.

—Son solo papeles, Greta. No muerden.

—¿Seguro? —pregunta con un hilo de voz.

—Lo que te mata es seguir siendo la mujer que llevas años evitando ver.

—Yo… —balbucea—. No sé si estoy preparada.

Me echo hacia atrás, cruzo los brazos y la miro fijamente.

—¿Hace cuánto que no amas a Manuel?

—Tal vez nunca lo he hecho—susurra—. Tal vez solo me acostumbré.

—Eso no es amor, Greta. Eso es castigo. —Me mata verla así.

—No quería fallar. —Cierra los ojos.

—¿A ti o al mundo?—pregunto.

Sus dedos tiemblan cuando acaricia el borde del sobre.

—No quería ser la que se va.

Me inclino hacia ella.

—Y resulta que eres la que se queda. Pero contigo. Por fin.

Entonces, alza la vista. Tiene esa mirada que solo he visto en ella cuando se rompe por dentro.

—¿Y si no soy capaz?

—Greta… Eres capaz. Lo has sido siempre. —La rodeo con los brazos y siento cómo tiembla.

—¿Sabes qué eres? —pregunto, bajando la voz—. La mujer que va a dejar de cargar con la culpa de todos. Incluso con la de no haber amado a quien nunca te quiso bien. —Me separo, solo un poco.

Ella asiente.

No sonríe.

Pero ya no se encoge.

Por fin Greta ha empezado a elegirse.

37. LA FE

Greta

Álvaro y Victoria llegan sobre las once de la noche a casa. Han estado cenando con sus amigos, algo que ni se imaginaban que podría suceder este verano. Parece que todos estamos haciendo cosas que no nos imaginábamos hacer hace unos meses.

Miro a mi hermana y respiro hondo.

Nunca hemos necesitado decirnos las cosas para saber lo que estoy a punto de hacer.

—Estaré en mi habitación si me necesitas. —Aprieta con cariño mi hombro y besa a sus sobrinos antes de desaparecer escaleras arriba.

—Chicos, ¿podemos hablar un momento?

Ambos se miran sorprendidos y por sus caras creo que preocupados.

—No hemos bebido ni fumado ni nada de eso, mamá.

Es Álvaro el que toma la iniciativa y el que deja claro que siempre protegerá a su hermana. Pase lo que pase. Y esto me hace sentirme mejor.

—No habéis hecho nada malo, pero os tengo que contar algo.

Salimos al porche y mientras se sientan, doy paseos cortos intentando saber cómo empezar todo esto.

Los dos están sentados como si esperaran que fuera a leerles la cartilla por alguna de sus peleas tontas.

Álvaro juega con sus dedos sobre la silla. Victoria, en cambio, se ha cruzado de brazos y no aparta la mirada.

La conozco.

Esa postura es su *no me pienso poner a llorar, pase lo que pase.*

Yo respiro.

Una.

Dos veces.

Y dejo el sobre encima de la mesa baja.

—Quiero hablar con vosotros —empiezo, intentando que la voz no me tiemble—. Y no, esto no es un castigo. Ni una bronca.

Victoria alza las cejas.

Álvaro se encoge un poco.

—Es algo que hace tiempo debería haberos contado. Algo que me debía a mí y que os debía a vosotros.

—¿Qué? —pregunta Álvaro, bajito.

—He hablado con una abogada y voy a pedir el divorcio.

El silencio solo se ve roto por un grillo que se esconde en el jardín.

—¿Es definitivo? —pregunta Ávaro.

—Es lo que tenía que haber pasado hace tiempo. Y sí. Es definitivo.

Victoria se inclina hacia delante.

—¿Por qué ahora?

La miro.

—Porque me cansé de aguantar, de esperar a que algo cambiara. Y porque vosotros merecéis una madre que deje de mentirse y de mentiros.

La frase me sale antes de pensarla.

Pero es la verdad.

Álvaro abre la boca.

La vuelve a cerrar.

—¿Es por Marcos? —pregunta enfadado.

—No. —Respondo sin pensarlo—. Esto es por mí. Por entender que seguir en una relación que me hace daño no me hace ni mejor madre, ni mejor persona. Y jamás querría que vosotros tuvieseis que vivir una situación así.

—Pero… ¿tú quieres a papá? —pregunta Victoria.

Me quedo quieta.

—No de la forma que os gustaría —respondo.

—Entonces… ¿todo era mentira? —pregunta Victoria.

—No. —Niego—. Nada fue mentira. He querido a vuestro padre por darme a los mejores hijos que jamás habría podido desear, pero querer a alguien a veces no es suficiente.

Me callo muchas cosas porque ni son horas y no creo que necesiten saber todo lo que ha hecho su padre. Al menos no por ahora.

—Yo pensé que si seguía, si me esforzaba un poco más todo encajaría. Que si trabajaba más, si cedía, si aguantaba solo un poco más… las cosas serían como debían.

—¿Y qué ha pasado entonces? —susurra Álvaro.

Victoria baja la mirada.

Álvaro la imita.

—Manuel es vuestro padre. Siempre lo será. Y eso no va a cambiar. Ni quiero que seáis vosotros quienes carguéis con lo que es nuestro.

Victoria traga saliva.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—Saber que no es culpa vuestra. A veces, simplemente… las cosas no salen bien

Álvaro me mira y veo en su cara algo que me encoge un poco.

—¿Estás bien? —pregunta.

No puedo evitar sonreírle.

—Sí. Estoy bien o en el camino de estarlo. Por primera vez en mucho tiempo.

Victoria cruza aún más los brazos.

—¿Y si papá se enfada? ¿Si empieza a decir cosas o a hacerlas?

—Entonces será su problema. Yo no voy a pelearme con nadie. No voy a entrar en reproches.

Victoria me mira con el gesto firme.

—¿Y si nos pregunta la gente?

—Le diréis la verdad. Que papá y yo hemos decidido seguir caminos distintos.

La noto tragar saliva.

—¿Y si dice que fue por ti?

—Vosotros no le debéis explicaciones a nadie.

Álvaro se reclina hacia atrás.

Victoria asiente, despacio.

Y entonces, llega la pregunta que no espero.

—¿Hace cuánto que no quieres a papá? —pregunta ella, sin apartar la mirada.

El corazón me late fuerte.

—Hace demasiado —respondo. La voz me sale baja—. Hace tanto que me cuesta recordarlo. Creo que nunca lo quise como se debe querer.

Victoria baja la mirada.

—Entonces… ¿Por qué seguiste con él? —Me mira directamente a los ojos.

—Me acostumbré. A la idea. Al miedo. A no fallar.

Álvaro se remueve.

—¿Y ahora?

—Ahora me estoy dando una oportunidad.

Victoria me mira.

—¿Sabes qué es lo que más me jode? —dice ella, al fin.

—¿El qué?

Victoria suelta un suspiro y clava los ojos en los míos.

—Que hayas tardado tanto en quererte como te queremos nosotros.

VERANO 2012 (30 AÑOS)

Greta

Hoy es la fiesta de fin de curso. Llevan días hablándome de ella, de la canción, del momento exacto en el que saludan y de que no me olvide de mirar cuando levanten la mano.

Yo les prometo llegar.

—La reunión será corta y estaré allí para veros, os lo prometo.

—Gracias, mami —Álvaro me abraza y Victoria me sonríe mientras se come las últimas galletas.

La mañana va demasiado rápido. Antes de terminar de desayunar, Victoria derrama un poco de leche que mancha unos documentos de su padre. Manuel levanta la voz al instante.

—¡Greta, deberías tener más cuidado! Estos papeles son importantes. —Como siempre, yo soy la culpable hasta del cambio climático o la bajada empicada de la Bolsa.

Victoria se queda quieta, asustada. Me acerco enseguida al desastre con un trapo.

—No pasa nada, ahora lo limpiamos, Manuel.

Le sonrío. Este gesto parece molestarlo aún más.

—Llegaré tarde a una reunión importante. Le diré a mi secretaria que saque más copias, pero me habéis retrasado demasiado.

Lanza los papeles a la basura y vuelve a su vestidor refunfuñando porque dos gotas de leche han manchado su camisa.

Miro el reloj varias veces. Yo también tengo una reunión importante, de las que no se mueven ni empiezan más tarde si tus hijos te retrasan. Limpio la leche como puedo, termino de vestir a los niños y dejo que mi suegra —con demasiado perfume caro y vestida como para la entrega de unos premios— los lleve al colegio.

—Llegaré —les digo cuando van a salir.

Álvaro me da un beso antes de marcharse. Victoria me sonríe al meterse en el ascensor. Manuel pasa sin mirarme y, cuando los niños se acercan a él, se aparta como si llevasen las manos manchadas de chocolate y fueran a estropearle el traje de marca.

Me repito que llegaré frente al espejo, mientras me cambio de ropa porque la leche también me ha manchado.

Me lo repito mientras la reunión se alarga más de la cuenta.

Miro el reloj demasiadas veces: sé que ya llego tarde.

Cuando la reunión termina y salgo corriendo del edificio de la editorial, lo sé con certeza: no llego. Hay un atasco terrible por una tubería que ha decidido reventar hoy. Los coches no se mueven. Es impensable cruzar Madrid para llegar.

Varias horas después vuelvo a casa con el estómago encogido.

Ensayo disculpas en el coche con frases que no suenen a excusa.

Al entrar, la casa está completamente en calma.

Los niños ya están en pijama, sentados en el sofá.

Pero no son ni las siete de la tarde.

Al oírme entrar no saltan como otras veces.

—Hola, chicos —digo, forzando una sonrisa—. ¿Qué tal ha ido?

No se mueven. Asumo que es porque están embobados con la película de dibujos.

—Bien —dice Manuel desde la cocina—. Muy bien, en realidad. Entiendo que la reunión era importante. De verdad. Sé que no siempre se puede elegir.

Me sorprende verlo en casa tan temprano, ya que casi todos los días llega después de que los niños y yo hayamos cenado. Parece que hoy ha hecho lo imposible por llegar antes que yo.

—Se ha alargado demasiado, luego ha habido una tubería rota y… —Respiro hondo, derrotada.

—Yo he llegado —continúa—. Tenía cosas del trabajo, pero era importante estar allí con los niños. Mi trabajo sostiene esto, Greta —añade, abriendo un poco los brazos—. El tuyo… ayuda. Yo he podido aplazar la reunión por ellos. Al menos uno de los dos no ha fallado.

Siento una punzada seca en la boca del estómago.

—Lo he intentado, Manuel.

—Les he dicho que llegarías más tarde a la función —dice—. Porque habías prometido llegar.

Miro a los niños. Álvaro me sostiene la mirada unos segundos y después la clava en el suelo.

—Han esperado —añade—. Hasta que no quedaba nadie.

El mareo llega de golpe. Me agarro al respaldo de la silla sin darme cuenta.

—Mamá —dice Victoria de pronto—. La abuela no sabía nuestra canción… pero creo que te la ha grabado.

No me mira cuando lo dice. Lo suelta y se calla.

Algo se me parte por dentro.

—Habías prometido llegar. —Álvaro lo dice casi en un susurro.

Solo una frase limpia que duele más que mil reproches.

El mareo vuelve, más fuerte. Las manos se me enfrían. Tardo un segundo en poder hablar.

—Lo siento —digo—. De verdad.

Manuel asiente, como si estuviera siendo razonable.

—Solo digo que hay que tener cuidado con lo que se promete —dice, sereno.

Álvaro me mira un segundo más y vuelve la vista a los dibujos.

—Lo siento —le repito a Manuel.

—Nadie duda de que los quieres.

Hace una pausa. La mide.

—Pero querer no siempre es suficiente —continúa—. A veces hay que estar.

Estar.

Una palabra que ahora mismo suena devastadora.

—No quiero que piensen que pueden contar contigo y luego no —dice—. Es confuso para ellos.

—Intento hacerlo todo —murmuro—. El trabajo, ellos…

—Y ahí está el problema —responde—. No se puede todo.

Me mira como si me estuviera ayudando.

—Yo elijo —añade—. Y por eso, cuando estoy, estoy.

Álvaro se levanta del sofá y camina por el pasillo sin decir nada. Victoria lo sigue.

—Buenas noches —les digo, con la voz rota.

Cuando desaparecen, me quedo sola frente a Manuel.

—Mañana puedo llevarlos a algún sitio —propongo—. Hacer algo especial.

Sonríe un poco.

—No se compensa así —dice—. No es cuestión de planes. Es de presencia.

Esa noche me meto en la cama rígida. Repaso cada frase. Cada silencio. No me ha gritado. No me ha insultado. No ha levantado la voz.

Y aun así, me siento pequeña. Como si algo en mí siempre fallara a mis hijos.

Comprendo que no hace falta levantar la voz para romper a alguien. Basta con explicarle, muy despacio, que nunca es suficiente.

38. EL GRITO

Marcos

Mi madre está sentada con las novias ultimando los detalles de unos manteles. Por un momento creo que está bien, que nos reconoce y que las cosas son como siempre debieron ser.

En las escaleras del porche Greta está con sus hijos. Hace varios días que sé que tuvieron una conversación y, aunque no sé de qué hablaron, sé que las cosas han mejorado entre ellos. Victoria no se separa de su madre cuando pasean por el pueblo o van a hacer compras, y Álvaro, que no ha sido especialmente cariñoso desde que llegó, ahora mismo está rodeando los hombros de su madre con el brazo a modo de protección.

De repente me mira.

Sabe que los estoy observando y, tras dar un beso a su madre, se acerca a la barbacoa donde las brasas chisporrotean por la grasa de las hamburguesas.

Se planta junto a mí con las manos en los bolsillos de su bermuda y la mirada fija en las brasas como si estuviera pensando en todo menos en la cena.

—¿Todo bien? —le pregunto, girándome solo un poco.

—Bien. —Hace una pausa de varios segundos—.Tenemos que hablar.

Ahora mismo diría algo mínimamente gracioso para cortar el hielo, pero no lo hago.

—Por supuesto. Dime.

Álvaro mira el fuego un segundo más antes de hablar.

—Sé que sois amigos.

—Sí. —Asiento.

—Y sé que tú… —hace una pausa—. Vamos, que siempre estás aquí, tratando de ayudar con las cosas de la boda, haciendo el arco, lo de las mesas y demás… —Mueve un poco la cabeza como si estuviese buscando las palabras exactas—. Que os lleváis bien.

Me mantengo en silencio.

—Pero quiero que tengas algo claro.

Clava los ojos en mí.

No se le mueve un músculo.

—Mi madre ha pasado por muchas más cosas de las que parece. Y aunque no te lo diga, no lo muestre o lo oculte con sonrisas, ha estado jodida. Mucho.

Trago saliva.

Asiento despacio.

—Lo sé.

—Más te vale. —Da un paso acercándose a mí y pasa a susurrar a modo de advertencia—. Porque si solo has venido para divertirte un poco… —Se calla un segundo—. Prefiero que lo dejes ahora.

Lo dice sin elevar la voz.

Sin rabia.

—No estoy aquí para divertirme —respondo.

—Eso espero. —Baja un poco la mirada, luego la vuelve a clavar en mí—. Porque mi madre se ha partido la cara por nosotros y sé que cuando esos papeles vuelvan a casa, las cosas se pondrán feas. Y no pienso permitir que nadie más vuelva a tratarla mal.

—Jamás haría daño a tu madre.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

Y entonces, sin dejar de mirarme, suelta:

—Solo quería que lo supieras.

—Lo sé. Y lo respeto.

Su expresión se relaja, pero antes de irse, lanza:

—No se la juegues, Marcos. No seré el único que vaya a por ti.

Se va hacia su madre, se coloca a su lado, y la forma en que la rodea con el brazo lo dice todo.

Y yo, mientras vuelvo a mirar las brasas, solo pienso en una cosa. Que si algún día me gano el respeto de Álvaro, será porque primero he sabido estar a la altura de su madre.

39. ASKE MAITTE

Carolina

La idea de adelantar la boda nos ronda la cabeza desde hace días. Lo hemos hablado, pero Álex dice que no va a ser perfecto, que las cosas no estarán listas y que tenemos tiempo. Pero viendo a Carmen que ha tenido que empezar a usar un bastón desde la última visita al médico, no quiero esperar.

Me acerco a la mesa, donde están Álex, Greta, Marcos y Eneko junto a mis padres y tomo aire antes de empezar a hablar.

Hasta Victoria y Álvaro andan por ahí, medio atentos, medio pasando.

—Tenemos que hablar.

Todos me miran y Álex alza las cejas.

—¿Va a ser una de tus charlas motivadoras o de las que acaban en bronca? —Me mira sin saber muy bien a qué viene esto.

—Es algo importante —respondo.

Espero a que todos me presten atención.

Hasta veo cómo Carmen se gira dejando de mirar las flores, como si supiera que esto le toca de cerca.

—La boda se adelanta.

—¿Perdona? —pregunta Álex—. Ya lo hablamos y no puede ser.

Me acerco a ella, cruzo los brazos y me planto delante.

—La boda se adelanta. Porque quiero que Carmen esté. Porque quiero que la disfrute. Porque quiero que, cuando mire atrás y tenga esos momentos de lucidez que le dan vida, tenga este recuerdo con nosotras vestidas de blanco caminando hacia un altar que haya hecho tu hermano, si es que termina de hacerlo algún día. —No

puedo evitar meterme con mi futuro cuñado para rebajar las tensiones.

Carmen sonríe.

Y no sé si me está bendiciendo o llamando loca.

Álex traga saliva.

—Pero…

—Álex. —La corto, bajando la voz—. Me da igual si no todo está perfecto. Si las flores no son las que quería o si la tarta la hace la del horno de la plaza. Lo que quiero es que estemos todas. Y que estemos bien.

Los ojos de Álex brillan.

Pero se resiste.

—Es que…

—Es que nada. —Me acerco un poco más a ella—. Lo que quiero es esto: sujetarte cada día de la mano, disfrutar de los buenos momentos, llorar en los malos y hacerlo todo contigo. Te quiero. Nos quiero.

—Carolina… —Suelta una risa ahogada.

—Sí, venga. Haz como que te sorprende. —Sonrío feliz aunque las cosas no sean fáciles—. Lo que nos quiero, joder. A ti, a Carmen, a nuestras familias. Y quiero que esto pase mientras podamos disfrutarlo, sin esperar a que sea perfecto.

Álex me mira negando con la cabeza tratando de no llorar. La tía dura no lo es cuando demuestras sentimientos en público.

—Tú y tus discursos… —murmura.

—Y tú y tu manía de hacer las cosas perfectas. —Le aprieto la mano—. A veces basta con hacerlas.

Todos nos miran.

Y yo, por una vez, no me importa que me escuchen.

Porque la quiero. Porque quiero esto. Y porque sí, joder…

Porque nunca nada me había importado tanto como ella.

Porque los cuentos con finales felices siempre tienen piedras, pero sería capaz de recogerlas y colocarlas una a una para construirle un maldito castillo.

Y ella se lo merece.

Nos lo merecemos.

—Bueno… —Marcos levanta la mano, como si esto fuera una asamblea—. ¿Exactamente la fecha cuándo sería? Porque tengo unos materiales encargados y no llegan hasta finales de agosto.

—Pues tendrás que buscarte la vida —respondo sin pestañear—. Porque la boda será en quince días.

—Vale… —dice Marcos.

Su cara es un poema.

Se pasa la mano por la boca y tiene la mirada perdida.

Si esto fuera un cómic, sobre su cabeza habría fórmulas matemáticas flotando en un bocadillo, todas mal resueltas.

—Tendré que ir a Santander —suelta al fin—. A ver si adelanto las cosas o encuentro algo que sirva.

—Perfecto.

Me giro hacia Greta, que intenta disimular su cara de *esto no puede estar pasando*.

—Mi hermana puede acompañarte. Así, de paso, termináis de recordar el pasado o de disfrutar el presente.

—O de dibujar un futuro —añade Álex, sin apartar la vista de su hermano.

Marcos y Greta se miran.

Esa clase de mirada que grita *¿nos están vacilando?*.

Y sí.

Un poco sí.

—¿Entonces? —pregunto.

Marcos inspira despacio.

—De acuerdo. ¿Estás preparada para volverte loca buscando las mil cosas que aún hacen falta? —Mira a mi hermana esperando una respuesta irónica.

Greta levanta la cabeza, con esa mirada suya que solo saca cuando va de *esto no me impresiona*.

—He lidiado toda mi vida con problemas del tamaño del Titanic. Esto será un paseo en barca en un día soleado y con el mar en calma.

Nos quedamos todos en silencio.

Y entonces suelto:

—¿Sabes qué es lo bueno de que todo pueda salir mal?

Todos me miran.

Hasta Carmen alza una ceja.

Greta se cruza de brazos, mira a mi hermano a los ojos y responde, tranquila:

—Que si sale bien lo vamos a recordar toda la vida.

Y sonrío orgullosa pensando que mi hermana, comienza a caminar de nuevo sin pedir permiso.

40. LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Greta

El taller es un caos ordenado: hay montones de tablones apilados contra las paredes, herramientas colgando y el polvo flotando en la luz se cuela a través de las ventanas altas.

Miro las vetas de las tablas. El color dorado, las grietas y las texturas que parecen contar historias que nadie ha escrito.

Y yo estoy aquí de pie, en medio de todo, sin saber muy bien cómo he llegado hasta este punto.

No al taller.

No al polígono perdido a las afueras de Santander.

A esto.

A estar aquí con Marcos buscando madera para un arco que aún no sé si vamos a ser capaces de montar, porque a él no le gustaba el que ya habíamos hecho, y varias cosas más de las que Marcos me ha hablado en el viaje.

El olor a madera es tan intenso que podría morderlo. Corteza, serrín, humedad y ese perfume espeso que se queda pegado a la piel y a la garganta. El aire también huele a calor y a verano.

Y a él.

A Marcos.

Está frente a uno de los montones de tablas, revisando una pieza, con la camiseta blanca pegada al cuerpo, que lleva remangada hasta el bíceps, mientras los vaqueros gastados se manchan de serrín...

Cuando alza los brazos para señalar algo al dueño del taller, la camiseta se le sube apenas unos centímetros y la línea de piel marcada que se dibuja sobre la cintura me hace perderme en ella y en los músculos que se marcan al moverse.

El calor me golpea detrás de las costillas.

No el del taller.

El otro.

Ese que te sube despacio por las piernas y se te instala justo en el interior de ellas.

Marcos se gira.

—Greta —me llama.

Pero su voz me llega como si viniera de lejos.

Porque estoy demasiado ocupada mirándolo.

Joder, creo que podría hacer arder el taller solo con tocarme.

—Greta.

—¿Eh? —parpadeo.

Marcos me mira, ladea la cabeza y se acerca.

—¿Estás bien?

—Sí… solo…

Y entonces lo hace.

Apoya la mano en mi brazo, un toque suave, solo un roce, pero lo suficiente para que me llegue el calor de su piel.

—¿Seguro?

—Claro. —Me obligo a tragar saliva—. Es el calor.

Marcos sonríe.

—En dos días nos lo preparan. Lo recogeremos todo entonces.

Asiento, intentando recomponerme.

—¿Y ahora? —pregunto mientras empezamos a caminar hacia la puerta.

La mano de Marcos se apoya en mi espalda.

Abierta.

Natural.

Demasiado natural.

—¿Ahora qué quieres hacer? Porque volver al pueblo para tener que volver otra vez en dos días… No sé si es muy lógico.

Tiene razón.

Y, la verdad, es que lo sé desde que salimos esta mañana del pueblo.

—Podemos quedarnos en el apartamento de mis tíos —digo, más rápido de lo que debería—. Está en Somo. Es pequeño, pero…

—¿Ah, sí? —Marcos arquea una ceja divertido—. Vaya, parece que lo tenías todo planeado.

Me sale sin filtro.

—Sí, como si fuese una orgía.

El silencio es inmediato.

Marcos se me queda mirando.

—¿Una qué?

Abro los ojos como platos.

—¡Nada! ¡Nada! Quería decir… ¡La logística! ¡Que lo tenía todo previsto, la logística!

Marcos se echa a reír.

Se lleva la mano a la cara.

—Dios… —murmura—. Me acabas de arreglar el día.

Me tapo la cara con las manos.

—Voy a salir corriendo.

—¿Vas a salir corriendo antes o después de la orgía? —suelta muerto de risa.

—¡No vuelvas a decirlo!

—¡Pero si lo has dicho tú!

Me cruzo de brazos, medio riendo, medio queriendo morirme.

—Eres idiota, Ochoa.

—¿Lo ves? Me llamas por mi apellido. Esto va en serio.

Nos miramos.

Y ahí está otra vez.

Eso que me hace temblar cada vez que ocurre entre los dos.

Marcos baja la voz.

—Entonces ¿nos quedamos?

Trago saliva.

—Sí. Nos quedamos.

No tardamos más de media hora en llegar. El apartamento huele a cerrado y a humedad. No es demasiado grande. Salón, cocina

americana, un dormitorio y un baño donde cabe una persona si no respira demasiado.

Abro la ventana del salón y dejo que entre el aire del mar. Las cortinas se hinchan un poco.

—Bueno… —digo, sin girarme—. Aquí estamos.

Marcos entra detrás de mí. Lleva una mochila al hombro y recorre con la mirada todo el espacio con esa calma suya que a veces me da la impresión de que solo es fachada.

—No está mal —dice—. Me esperaba algo más pequeño.

—¿Más pequeño que esto? —me río, dejando las llaves en la mesa.

—Bueno… —se encoge de hombros—. Al menos tiene una cama.

Una cama.

Se hace un silencio.

Algo incómodo por lo que Marcos responde:

—Podemos apañarnos. Duermo en el sofá.

—¿Has visto el sofá? Es ridículo. Si acaso, para un niño pequeño, no para un tío tan grande como tú.

—Vale. No es una buena opción. —Marcos deja la mochila junto a la puerta—. Puedo dormir en la cama —añade—. Y tú también.

—Los dos. —Apenas me sale la voz.

—Los dos.

Y aquí estamos.

De pie.

A un metro el uno del otro.

Como si estos meses hubieran sido el camino hasta este instante.

Marcos me mira.

No sonríe.

No hace ninguna broma.

Solo me mira.

Y siento que si dice una palabra más me voy a lanzar contra su boca.

—Voy a abrir la ventana del cuarto —dice al fin, como si el aire hiciera falta solo ahí dentro.

—Vale —respondo.

Lo sigo con la mirada cuando pasa a mi lado.

Y me roza sin querer o tal vez sí lo hace queriendo.

Un roce.

Nada más.

Nada menos.

Me giro hacia la ventana.

Y salgo al pequeño balcón a tomar una gran bocanada de aire pensando que si seguimos así, entre bromas, frases hechas y meteduras de pata de mi cerebro, estos dos días van a ser una jodida revolución.

41. MI REALIDAD

Greta

No sé si ha sido idea suya o mía, pero un rato después de comer en una terraza cercana al apartamento, estamos en una tienda de surf cerca de la playa.

El tipo que nos atiende tiene la sonrisa de quien está acostumbrado a vender bañadores a guiris y a mirar por encima de las gafas de sol a gente como nosotros.

Marcos coge un bañador negro y una camiseta sin mangas.

Ni se lo prueba.

—Ya está —dice como si esto fuera lo más normal del mundo.

—¿Eso es todo? —le pregunto incrédula.

—Es un bañador, Greta. No estoy eligiendo un traje para la gala de los Óscar.

Yo resoplo.

Y empiezo a mirar.

A pasar perchas con tallas de bikini demasiado pequeñas.

Al final cojo tres que creo que me van a tapar algo.

La primera pieza no me sube de las caderas.

La segunda no me tapa ni los pezones.

La tercera…

—Joder —mascullo dentro del probador.

—¿Todo bien? —pregunta Marcos desde fuera.

—Si consideras bien que me haya metido en la boca del lobo, entonces sí.

—No te entiendo —dice con la voz tranquila.

—Que tengo más pecho que paciencia. Y ninguno de estos bikinis está diseñado para alguien que no sea un palo de escoba.

—Seguro que estás mejor de lo que piensas.

Cierro los ojos.

Me muerdo el labio.

—Lo dices porque no me ves.

—Lo digo porque siempre te he visto.

Creo que no está hablando solo del bikini.

Acabo saliendo de la tienda con un dos piezas negro básico que me coloco bajo el vestido.

Cuando llegamos a la playa, la brisa arrastra el olor a sal y las voces de los que juegan en la orilla.

Marcos está de pie, dejando su camiseta y sus gafas sobre la arena.

Extiendo la toalla, me quito las sandalias y respiro hondo.

Me toca, pero tardo más de la cuenta en desnudarme.

—¿Te vas a meter vestida al agua o cómo va esto? —pregunta sonriendo.

—No, no es la mejor idea aunque no la descarto, la verdad, Marcos. —Trago saliva.

Deslizo los tirantes del vestido, lo bajo por las caderas, me aseguro que la parte de abajo del bikini no se haya movido y que mis tetas sigan dentro de esta tela que sigue sin cubrir demasiado.

Cuando levanto la vista veo a Marcos mirándome.

No de esa forma descarada de quien se fija en un cuerpo. Su mirada recorre cada línea que deja al descubierto este pequeño trozo de tela, desde los hombros, pasando por la curva de mi pecho, mi cintura…

Sus ojos bajan despacio, sin prisa.

Y luego suben.

Cuando se clavan en los míos, siento un leve mareo.

—¿Todo bien? —pregunto intentando disimular.

—Sí —responde con la voz un poco más grave—. Perfecto.

Nos quedamos así un segundo más.

Y siento que si doy un paso o si lo da él, esto no va a acabar en un baño.

42. ATARAXIA

Marcos

El sol cae a plomo, la brisa se cuela entre las sombrillas, y el mundo entero parece haberse empeñado en convertirse en un maldito decorado.

Porque todo desaparece cuando ella se quita el vestido.

El bikini negro no deja mucho a la imaginación.

La parte de arriba sujeta sus pechos —aunque, si me preguntan, lo justo para cumplir la función— y la parte de abajo le marca la cintura y las caderas como si lo hubieran diseñado solo para ella.

No sé cuánto rato la miro.

Solo sé que cuando Greta alza los ojos y me pilla, ni siquiera me molesto en apartar la vista.

—¿Todo bien? —pregunta alzando una ceja.

—Sí. Perfecto. —Respondo sin pensarlo.

Porque lo es.

Porque joder… ¿Cómo no va a serlo?

Nos metemos en el agua.

Ella delante, yo detrás.

Las olas son suaves, el agua está fría y su risa se mezcla con el sonido del agua cuando se lanza de cabeza.

Sale empapada con el pelo pegado a la piel.

—¡Está helada! —grita, riendo.

—¿Salimos?

—Ni loca.

Hay algo en ella que no estaba antes.

La manera en que me lanza agua sin moverse apenas.

La forma en que no me esquiva.

Y justo entonces una ola más fuerte llega.

Ella no la ve venir.

El agua la envuelve.

El bikini… no.

Greta sale a la superficie, jadeando, y sus manos van directas a sujetarse el pecho.

—¡Mierda! —susurra.

Y yo no lo pienso.

Nado hasta ella en dos brazadas.

Cuando llego, le rodeo la espalda con la mano y cuando uno de mis dedos roza la parte lateral de su pecho, siento cómo tiembla.

—Tranquila —le digo, pero la voz me sale más grave de lo que debería—. Ya está. —Le enseño la parte de arriba del bikini que la ola quería llevarse y que yo he cazado en la superficie.

Ella se queda quieta.

Demasiado quieta.

—Gracias… —susurra.

No nos movemos.

Las olas nos mecen.

Su piel húmeda se pega a la mía.

Su aliento golpea contra mi boca.

Si me acerco un poco más…

Si ella no se aparta…

Esto no será solo un baño.

Pero no lo hago.

No todavía.

Solo mantengo la mano en su espalda.

Solo siento su piel.

No la beso no por falta de ganas.

Porque sé que si lo hago ahora no podré parar.

43. CON LAS GANAS

Marcos

La tarde en la playa es una mentira perfecta. El tipo de mentira que uno querría vivir para siempre. El sol, la brisa, la sal pegada a la piel, Greta riéndose como si nada le hubiera hecho daño nunca y yo contestándole como si tampoco llevara años encerrado en mí mismo.

Si alguien nos viera pensaría que somos de esos que llevan juntos toda la vida, de los que se conocen las manías, las risas y los silencios.

Nadie pensaría que estamos medio rotos por dentro.

Que ella ha aprendido a sonreír por fuera mientras se tambalea por dentro.

Que yo he pasado media vida evitando mis sentimientos.

Nadie lo sabría.

Porque esta tarde… somos otra cosa.

Volvemos al apartamento cuando el sol empieza a bajar.

La piel me tira, la sal se me seca en los brazos, y ella camina a mi lado con esa manera suya de andar.

Greta mete en la nevera un par de cosas que hemos comprado en un supermercado cercano y me ofrece una cerveza fría, que acepto justo antes de meterme en el baño.

—Disfruta de la ducha —dice justo al chocar el cuello de su botella con la mía.

Entro en el baño, me quito la camiseta y al mirarme en el espejo veo el rastro que el sol ha dejado en mi piel. Compruebo que no he dejado de sonreír desde esta mañana y suspiro antes de encender el grifo, pero se me resiste.

—Gira al revés —grita Greta antes de entrar en el baño conmigo —. Si lo haces al derecho… te quedas sin agua.

—¿No se han planteado en arreglarlo?

—Mi tío dice que tiene su encanto.

Rodamos los ojos al mismo tiempo.

Greta se ríe.

Y justo cuando va a salir…

No lo pienso ni un segundo.

Le rodeo la muñeca y tiro suavemente.

Ella gira sobre sí misma y queda frente a mí.

La empujo despacio contra la pared, pegando mi cuerpo al suyo.

Mi mano sube, posándose en su cuello, abierta, sin apretar.

Solo sintiendo su piel, notando cómo le late el corazón justo bajo mis dedos. Su boca apenas se abre. Sus ojos me buscan.

Y…

La beso.

La beso como nunca he besado a nadie más, como si la hubiese estado esperando toda mi vida. Lo hago con ganas, pero sin prisa.

La beso como si necesitara saber exactamente cómo se siente besarla por primera vez, para recordarlo siempre.

Ella se entrega al beso sin pensarlo, como si el cuerpo respondiera antes que la cabeza.

Su piel vibra.

Su pecho sube y baja.

Sabe a mar, a sal, a calor y a algo que me enciende desde dentro.

Me separo un segundo.

Respiro.

Mi cerebro frena la situación.

—Lo siento —susurro.

Ella me mira con la respiración entrecortada.

—No lo sientas —dice con la voz ronca—. Es lo que quiero.

Y no me da tiempo a reaccionar.

Sus manos buscan el borde de su vestido, que se quita despacio, sin apartar los ojos de los míos.

No hay prisa en el gesto.

Ni miedo porque vea más de la cuenta.

—Greta…

Ella sonríe.

—No lo hagas, no me pidas que paremos.

La siento más viva y más ella que nunca.

Está ante mí sin vestido, el pelo le cae sobre los hombros ondulado por la sal y su respiración es errática.

—Bésame como si fuera la última vez —susurra.

La rodeo por la cintura notando el calor de su piel bajo mis manos y cuando la pego contra mí, escucho ese leve suspiro que se le escapa de la boca.

Ese sonido que me hace sacar mis instintos más primarios y gruñir.

Su cuerpo se apoya en el mío, como si siempre hubiera estado hecho para encajar. Siento sus manos en mi espalda y sus dedos aferrándose a ella.

Y algo dentro de mí, algo que llevaba años en silencio estalla.

La alzo un poco, solo un poco, lo suficiente como para que sus pies se despeguen del suelo y sin apartar la boca de la suya, la llevo hacia la cama. Sus piernas se tensan alrededor de mi cintura al instante. Su risa contra mi boca, me golpea el pecho como una descarga.

La dejo caer suavemente sobre el colchón.

Ella se acomoda sin apartar la mirada.

Yo me quedo un segundo quieto observándola

—Marcos… —susurra.

Me inclino sobre ella.

Apoyo una mano a cada lado de su cuerpo.

—Greta. —Mi voz vuelve a ser más grave de lo habitual.

Y entonces la beso otra vez.

Porque no quiero olvidarme jamás de cómo se siente tener su cuerpo pegado al mío, de cómo saben sus labios y de cómo su piel arde bajo mis manos.

Porque esta noche no quiero quedarme con las ganas de nada ni olvidar ni un solo segundo.

44. ZUREKIN BATERA

Marcos

El colchón cede bajo su peso y el mío. Las sábanas se arrugan entre sus dedos, mientras sus piernas siguen alrededor de mi cintura y su cuerpo encaja con el mí.

La beso otra vez.

Siento su respiración mezclándose con la mía y su boca abriéndose buscando mis labios.

Mis manos se aferran a su cintura, la rodean y la recorren con las ganas que llevo guardándome demasiado tiempo.

Su piel está caliente, suave y cuando la acaricio, tiembla.

Ella sube las manos por mi espalda, las desliza por mi cuello y hunde los dedos en mi pelo.

—No pares —susurra contra mi boca.

—No pienso hacerlo.

La beso en la mandíbula, en el cuello, mientras ella echa la cabeza hacia atrás, dejándome sitio. Mis labios recorren la línea de su clavícula mientras mi mano sube despacio.

La parte de arriba del bikini, cede con facilidad bajo mis dedos.

La dejo caer a un lado.

Greta me mira a los ojos sin miedo, sin esconderse.

Yo la miro como si fuera la primera vez que veo a una mujer de verdad.

Preciosa.

Valiente.

Salvaje.

—Joder, Greta… —susurro mientras le acaricio con la yema de los dedos el pecho, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Ella se muerde el labio.

Y ahí, en ese gesto, lo sé.

Sé que nunca he deseado a nadie así.

Sé que no se trata solo de su cuerpo.

Ni de su risa.

Ni de su boca.

Es ella.

Toda ella.

La forma en que me mira, me hace sentir el tío más afortunado del puto mundo.

Mis labios descienden por su pecho, saboreando cada centímetro de piel como si pudiera quedarme a vivir aquí el resto de mi vida, haciendo exactamente esto. La siento temblar bajo mi boca y su respiración cada vez es más rápida mientras su cuerpo se arquea para buscar el mío.

La acaricio despacio, siguiendo el contorno de su piel, deslizándome hasta la curva suave de su cintura.

La otra mano sube a su nuca, se enreda en su cabello y la atraigo hacia mí justo cuando me acerco para volver a besarla.

Esta vez no hay nada suave.

No hay nada contenido.

La beso como quien se lanza al vacío sin mirar abajo.

Ella responde de la misma manera.

Su boca es calor, deseo, todo lo que no pensé que iba a tener nunca con ella.

La forma en que su cuerpo se estremece me hace sentir que no quiero estar en ningún otro lugar.

Ella susurra mi nombre, es casi un gemido.

Su piel tiembla bajo mis manos.

Siento que esto no es solo deseo.

No es solo follar.

Es todo lo que no sabía que estaba buscando.

La beso otra vez, más profundo, mientras mis dedos descienden por su cintura, rozo su vientre y siento el escalofrío que le recorre la piel cuando mi mano se desliza sobre la línea de su pelvis.

Su voz se quiebra en mi boca.

—Marcos…

Mi nombre ahora suena distinto en sus labios.

Suena a *no te detengas*.

A *quiero más*.

Deslizo los dedos sobre la lazada del bikini.

Me detengo un segundo solo para mirarla.

Para darle una salida.

Para que me diga que esto es una mala idea.

Pero ella no aparta la vista.

—Hazlo, Marcos —susurra.

Joder, ya no me quedan dudas.

Desato el nudo con calma y dejo caer la prenda hasta el suelo.

La contemplo desnuda y por un momento creo que intenta taparse con las manos, por lo que las atrapo.

—Jamás te avergüences. Eres lo más bonito que he visto en mi vida, Greta.

La beso de nuevo sabiendo que nunca he querido tanto tener a alguien tan cerca.

Y, mientras me deslizo dentro de ella, mientras la noto estremecerse bajo mi cuerpo, solo pienso en una cosa: en que si esta noche el mundo se acaba, será lo mejor que me haya pasado en la puta vida.

45. COPENHAGUE

Greta

Me mira como si yo fuera la única persona en el mundo. Y, por primera vez, me lo creo. No me engaña para follar, no me está contando películas como me ha pasado con otros tíos.

Lo sé.

Lo siento.

No hay prisa en sus manos.

Hay algo más.

Cuando sus dedos rozan la tira de mi bikini, me detengo.

Por sus palabras cree que es porque me da vergüenza o porque dudo, pero no es así.

Es porque quiero quedarme con este momento grabado en la mente para siempre.

—Hazlo —le susurro.

Y entonces lo hace.

Siento cómo sus manos desatan el lazo, cómo la tela resbala por mi piel. Cómo su mirada recorre mi cuerpo sin pudor, sin prisa.

No me mira como si estuviera desnudándome. Me mira como si por fin estuviera viéndome. No aparto los ojos. No me cubro. Porque él nunca me ha mirado como si necesitara que me escondiera.

Cuando se inclina sobre mí, cuando sus labios recorren mi cuello, la clavícula, mi cuerpo busca el suyo.

El calor sube despacio, como si empezara en la base del vientre y me atravesara la piel.

Sus manos me rodean, me atrapan.

—Greta… —susurra contra mi piel.

—No pares —respondo apenas sin aire.

Y no lo hace.

Se tumba sobre mí y sentir su peso contra mi cuerpo es placentero. El roce de su boca en la curva de mi pecho me hace enloquecer.

Su aliento.

Sus manos.

Su *todo* me empieza a volver loca.

Y entonces, cuando siento que me pierdo, cuando todo el mundo desaparece sus ojos me buscan y le sonrío.

Porque esta vez no tengo miedo.

Esta vez no pienso dejar que el miedo me robe esto.

Porque esta vez lo quiero.

A él.

Esto.

Todo.

Cuando su boca baja por mi piel, cuando sus manos recorren mi cintura, mi vientre o mis caderas, el mundo se queda en silencio.

Ya no hay miedos.

Ni dudas.

Ni las voces que me gritaban por dentro que siempre hacía todo mal.

Solo su aliento.

Su piel.

Su forma de buscarme como si nunca hubiera querido otra cosa.

Cuando su cuerpo se acomoda sobre el mío y noto su calor envolviéndome, me muerdo el labio y cierro los ojos.

No por vergüenza.

Es porque esta vez soy yo la que elige.

Y sienta jodidamente bien.

Su mano se desliza por mi muslo, sujeta mi pierna y la rodea con la suya.

Cuando siento cómo me llena, cómo se mueve despacio pegado a mí, el aire se me queda atrapado en la garganta.

No cierro los ojos.

No quiero perderme ni un segundo.

—Greta… —susurra ronco contra mi cuello.

—No pares —le digo, mi voz apenas es un susurro—. No te detengas, por favor.

Me dejo llevar.

Me dejo querer.

Cierro los ojos un segundo porque estoy viviendo por primera vez lo que es que te deseen, que te elijan, que te…

Abro los ojos.

Él me mira.

Y cuando sonríe, joder, esa sonrisa torcida, cansada, tan suya… lo comprendo todo.

Nunca nadie me ha mirado así.

Jamás me han tocado así.

Nunca nadie me ha querido así.

Porque esta noche…

No es solo sexo.

No es un calentón adolescente o de dos adultos que intentan quitarse una espinita de la juventud.

No es un capricho.

Es todo.

Todo lo que soy.

Todo lo que él es.

Todo lo que nunca tuve el valor de pedir y por fin me estoy dando.

Cuando el orgasmo me rompe en mil pedazos y me recompone al mismo tiempo, susurro su nombre.

—Marcos.

Y en su boca…

Entre sus brazos…

Por fin me siento en casa.

46. UN DÍA DE ESTOS

Greta

El fin de semana pasa volando. Bueno, más bien se nos escapa entre las manos y la cama se convierte en el centro de todo.

Los segundos los pasamos desnudos, enredados entre sábanas arrugadas, con la respiración a medias y besos infinitos que me parecen la mejor medicina para cualquier mierda que se nos pueda poner en medio.

Porque sí, mi cerebro funciona así: cuando algo me va bien, cuando estoy tan a gusto como ahora mismo con Marcos en este universo que nos hemos montado, siento que un meteorito va a llegar para arrasarlo todo.

Pero decido poner a mi yo más catastrofista una cinta en la boca, la meto en una caja y tiro la llave muy lejos.

Cuando salgamos de aquí ya nos enfrentaremos al mundo.

A veces bajamos a por algo de comer.

Un bocadillo, unas cervezas, una pizza que se nos termina quemando en el horno, cualquier excusa para vestirnos solo lo justo y volver corriendo al apartamento.

Y siempre, siempre, volvemos a caer.

No es solo sexo.

Es algo que ni siquiera sé explicar.

Como si lleváramos años esperando esto sin querer decirlo en voz alta.

Una mañana —o tal vez sea la tarde, he perdido la noción del tiempo— estoy tumbada boca abajo en la cama con la cara apoyada en su pecho, escuchando cómo le late el corazón.

Marcos me acaricia la espalda, despacio, dibujando líneas invisibles.

—¿Sabes cuántas veces te miré sin decir nada? —pregunta sin apartar sus dedos de mi piel.

—Pocas —respondo.

—Demasiadas. Y yo… yo pensaba que nunca te fijarías en mí. Que jamás me verías más que como un amigo. —Sonríe con un poco de pena—. Greta, no hubo un solo verano en el que no me fijara en ti.

Levanto la cabeza.

—¿Y por qué nunca dijiste nada?

Él se apoya en un codo mientras sus dedos recorren mi cintura.

—Porque tú eras la chica que parecía tener claro lo que quería.

—Pues no. —Me río sin fuerza—. Me pasé media vida pensando que era invisible.

Marcos me mira.

—Para mí nunca lo fuiste.

Trago saliva.

Mientras suena *Un día de estos* en uno de nuestros móviles siento que hemos hecho las cosas mal, muy mal.

—A veces pienso que si te hubiera hecho caso cuando me dijiste que no me casara… —susurro—. Quizá me habría ahorrado media vida con Manuel.

Marcos se acerca, roza su nariz con la mía.

—Tal vez si yo hubiese tenido huevos de haberte contado lo que sentía, no estaríamos aquí ahora mismo.

—Y ahora ya es tarde.

Él niega.

—No, Greta, tenemos todo el tiempo que nos debemos.

Y, por primera vez en mucho tiempo, creo que la vida me está regalando al hombre que me merezco.

Nos quedamos unos segundos en silencio, observándonos y diciendo tanto sin palabras, que necesito desviar la conversación a algo mucho menos tenso.

—¿Y tú? —le pregunto, sonriendo—. ¿Has tenido muchas novias?

—¿Novias? —Se ríe, echándose hacia atrás en la cama—. Alguna. Ninguna como tú.

Rodamos entre las sábanas.

Me tumbo sobre él, tengo su pecho bajo mis manos y su boca cerca de la mía.

—Me da miedo —le confieso—. Miedo de que esto se acabe en cuanto pisemos el pueblo.

Marcos entrelaza sus manos con las mías.

—Greta, lo nuestro no se queda aquí.

Lo dice como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

Y quizá lo sea.

Nos besamos como si estuviéramos sellando un pacto.

Cuando cae la noche, volvemos a la cama tras comer algo en la pequeña terraza disfrutando de las olas del mar que se escuchan de fondo.

No se trata solo de tocarnos.

Ni siquiera de besarnos.

Marcos me rodea con sus brazos y mientras sus labios rozan mi hombro, cierro los ojos.

No hay promesas.

Ni palabras grandilocuentes.

Solo su respiración tranquila detrás de mí, su mano acariciando mi cintura como si no tuviera intención de soltarme nunca.

Y entonces lo pienso.

Lo admito.

Lo siento por primera vez.

El miedo no es a perderle.

El miedo es no haberlo vivido antes.

A haber dejado pasar años pensando que la vida era otra cosa.

A haberme creído invisible.

A haber pensado que no era suficiente.

Pero ya no hay lugar para nada de eso.

Porque él está aquí conmigo, tocándome como si fuese a desaparecer, haciéndome sentir especial, única; besándome como si

no hubiésemos perdido el tiempo, como si la vida se hubiese pausado en esta habitación.

Y yo sonrío, creo que casi con ganas de llorar de felicidad, porque por fin estoy viviendo lo que tantos años no había sentido.

Algo que no se si me atrevo a decir.

47. TU MEJOR VERSIÓN

Marcos

El miércoles recogemos todos los materiales. Si cuando digo que hemos perdido contacto con la realidad, lo digo en serio.

El viaje de vuelta es más corto de lo que me gustaría. O quizá solo me lo parece porque Greta va al volante y yo la miro más de lo que debería.

No hablamos demasiado.

Pero tampoco hace falta.

A veces le rozo la mano sobre la palanca de cambios, otras ella me lanza una sonrisa rápida cuando cambia la canción en la radio.

Si nos vieran ahora, dirían que somos una pareja de las que vuelven a casa después de un fin de semana normal.

Y joder…

Ojalá fuésemos esa versión.

Ojalá esto fuera normal.

Ojalá no llevara años sintiendo que las cosas buenas no me duran lo suficiente.

Antes de meterse en el camino de tierra que nos lleva a casa, el gesto de Greta cambia. Se le oscurece la mirada y creo que hasta el corazón le da un vuelco. Comienza a respirar raro y en el momento en que mete la furgoneta en la finca sé que algo no va bien ya que su mirada cambia por completo.

Justo cuando empezaba a creerme que, por una vez todo iba a salir bien, lo veo apoyado en su coche, con las gafas de sol puestas y esa maldita sonrisa que siempre me ha parecido terrorífica.

Greta lo ve al mismo tiempo que yo.

Lo sé porque aprieta las manos alrededor del volante hasta que los nudillo se vuelven blancos.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto en voz baja.

Ella niega asustada.

—No lo sé.

Manuel se acerca a nosotros negando con la cabeza con paso firme y las manos en los bolsillos. Tiene esa clase de seguridad de quien está acostumbrado a entrar en un sitio como si fuera suyo.

Yo bajo primero de la furgoneta y Greta lo hace después.

—Por fin te dignas a aparecer —saluda Manuel, mirando primero a Greta y luego a mí.

Su mirada se desliza por ella como si fuera una prenda suya olvidada en un armario.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Greta sin moverse de mi lado.

—Ya se ha acabado esta tontería que te ha dado. He venido a llevarte a casa. —Lo dice tranquilo. Como si fuese normal que la reclame como un objeto perdido o un cachorro que se ha extraviado.

—¿A qué casa exactamente te refieres?

Manuel sonríe, como si estuviera a punto de contarle un secreto.

—La nuestra.

Meto mis manos en los bolsillos porque comienzan a temblarme demasiado. Me dan ganas de decirle lo asqueroso que es cómo la trata, pero no me muevo.

Porque esto le toca a ella.

—Sé que estabas confundida y que este verano se te ha ido un poco de las manos. Pero no pasa nada. Te perdono. Además, los dos sabemos que siempre acabas volviendo conmigo.

—¿Que me perdonas? —Greta se cruza de brazos.

—Cariño. —Intenta tocarle el brazo—. Mandarme los papeles de divorcio ha sido un tonto berrinche de los tuyos. Sabes que no puedes vivir sin mí y aunque te hayas follado a este tío que no te llega a la suela de los zapatos, lo olvidarás, como siempre has hecho. Te has equivocado y te perdono.

—No me lo puedo creer. —Greta se lleva los dedos al puente de su nariz y niega con la cabeza mientras sonríe incrédula—. Pero…

—Cariño. —Esta vez sí que atrapa la mano de Greta—. He movido los hilos y he conseguido que te devuelvan tu puesto en la editorial. Otro se va a comer el marrón por ti, porque aunque la hayas cagado tantas veces, soy tu marido. El que siempre ha estado a tu lado.

—¿Qué…? ¿Cómo has…?

—Cariño. —Tira de ella.

—Que no me llames así, joder —lo dice mucho más alto y más enfurecida de lo que le gustaría—. No necesito que me salves.

—Greta, los dos sabemos que tú siempre has necesitado que alguien venga a recoger los pedazos. Vamos a casa. —Tira de ella con más fuerza y Greta se tambalea.

—Si no me sueltas te juro que te denuncio. Tú puedes tener mucho poder e influencias en Madrid, pero esta es mi casa, mi hogar y te juro que como no salgas ahora mismo de aquí y me dejes en paz, voy a hacer que acabes en un maldito calabozo en el que no sabrás si es de día o de noche.

Lo dice tan rápido y seguido que tiene que tomar una gran bocanada de aire justo cuando se zafa de la mano de Manuel.

—Ojalá jamás te hubiese conocido —Greta suelta como puñalada final.

—Volverás rota y arrastrándote. No eres más que la chica gorda que nadie quiso y que yo recogí para convertirte en la mujer que eres. ¿Crees que sin mí podrás seguir llevando la vida que tenías en Madrid?

—Espero que no porque no la quiero. Todo tuyo: el trabajo, las amigas que te follabas cuando pensabas que no lo sabía, las fiestas de mierda a las que tenía que ir metiendo tripa dentro de una faja que no me dejaba pensar porque mis michelines no entraban en los vestidos de marca y en tu familia. —Levanta una ceja y se ríe con sarcasmo—. Métetelo todo por el culo.

—Este es tu final. —La amenaza dando un paso hacia ella.

—No. Es nuestro final y mi principio.

—Papá.

Ninguno nos habíamos dado cuenta de que los hijos de Greta se estaban acercando por el camino y espero que no hayan escuchado

las perlas de su padre.

—Estás acabada, Greta Samaniego. —Le pone la mano abierta muy cerca de la cara, pero controla muy bien su impulso.

—No te tengo miedo, Manuel Aguilar Osoria. Ya no. Mis hijos son mi prioridad ahora mismo y si piensas que te voy a dar alguna oportunidad cuando los uses como estrategia en nuestro divorcio, voy a acabar contigo. —Le da un manotazo al brazo de Manuel y hace que se aleje de su cara.

Ambos se miran los segundos que sus hijos tardan en entrar en casa sorprendidos por ver a su padre en la finca.

—Ojalá jamás los hubiésemos tenido. Sois mi peor error.

—Papá. —Victoria lo mira con lágrimas en los ojos.

—Yo no soy el culpable de esto. La zorra de vuestra madre se ha follado a este tío mientras estamos casados, así que a quien tenéis que pedirle explicaciones de por qué esta familia se ha roto, no es a mí. Al fin y al cabo, no sé ni si soy vuestro padre.

Todo lo que suelta Manuel por la boca me parece mezquino, porque lo está haciendo solo para hacer daño a Greta, pero lo que no sabe y que creo que ni se lo imagina o tal vez sí porque es un cabrón, es que estas palabras van a permanecer en las cabezas de sus hijos muchos años.

—Ojalá firmes los papeles del divorcio, porque si hubiese una opción me añadiría a esa firma de mamá. —Álvaro se pone al lado de su madre.

—No eres más que un niño de mamá que volverá corriendo a mí para recuperar la vida que tu madre jamás podrá darte. Se acabaron las fiestas, los veranos en la playa y todo lo que tanto te gusta. —El ataque de Manuel es bestial—. Con ella no seréis nada.

—Yo pensaba que lo necesitaba, que tenía que estar siempre a la altura de tus expectativas. Escoger la carrera que tú querías, seguir tus pasos y tratar de que estuvieses orgulloso de mí. —Álvaro sujeta la mano de Greta con fuerza—. Tienes razón con que mi madre jamás podrá darnos la vida que tú nos has dado. Entiendo que tú solo querías unos hijos que no molestasen demasiado. Este verano he comprendido que cuando te quieren en un sitio por lo que eres y no por lo que tienes, eres feliz con poco o nada.

—¿Álvaro Aguilar sin privilegios? —Manuel se ríe de su hijo.

—Samaniego, papá. Álvaro Samaniego. Es algo de lo que me voy a encargar en cuanto sepa cómo borrar tu apellido de nuestras vidas.

Esto sí que deja *KO* a Manuel.

Niega con la cabeza.

Se pasa la mano por la boca.

Camina hasta su coche y Victoria lo sigue llorando.

—Papá… —Victoria trata de sujetar la mano de su padre.

No le permite terminar de hablar y la mira con el mismo odio que mira a Greta.

—Eres una puta copia de tu madre. Jamás vuelvas a llamarme así. Olvídate de mí para siempre. —Los mira como si fuesen basura de la que se acaba de desprender—. Ojalá la vida os dé lo que os merecéis.

Manuel cree que lo lanza como una maldición, pero acaba de darles la mayor bendición que se podría imaginar.

48. NOTHING BREAKS LIKE A HEART

Victoria

Salgo corriendo sin pensarlo, con la cara llena de lágrimas. No aviso. Solo corro lo más rápido que puedo, sin saber siquiera dónde esconderme.

Las palabras de mi padre siguen rebotando en mi cabeza como un eco sucio: *Eres una puta copia de tu madre.*

Y no sé si me duelen más por lo que ha dicho… o porque llevo años con miedo de que alguien me lo escupa a la cara.

Cuando me doy cuenta, estoy delante de la casa de Luka.

No sé cómo he llegado.

Llamo una vez.

No contesta.

Insisto de nuevo.

Abre la puerta despeinado, con una camiseta vieja y la mirada llena de sueño.

—¿Victoria? ¿Qué…?

No le dejo acabar y me lanzo a sus brazos.

—¿Puedo…? —susurro.

—Claro. —Me abraza sin preguntar nada más.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta al cabo de un rato.

Y entonces se lo cuento todo.

Cómo empezó el verano. Por qué vinimos al pueblo.

El miedo.

La tristeza.

La rabia.

Cómo mi padre acaba de soltar tantas cosas horribles que duelen.

Luka no me interrumpe. Solo me escucha.

—¿Sabes qué es lo peor? —le digo—. Que me daba miedo parecerme a ella… a mi madre.

—¿Y eso es malo? —me mira como si de verdad no lo entendiera.

—Siempre pensé que sí.

Nos quedamos callados.

Y entonces, cuando menos me lo espero, Luka me roza la mejilla.

Y antes de pensarlo, antes de esperarlo…

Nos besamos.

Es un beso torpe, un poco rápido, pero siento que está bien.

Mis amigas ya se han besado con chicos. Este es mi primer beso.

Con Luka ha sido fácil y ha sido de verdad.

Y justo antes de separarnos, escucho una voz:

—¿Victoria?

Me separo de Luka de golpe.

Mi madre está delante de nosotros, con los ojos abiertos por la sorpresa, pero no siento que me esté juzgando.

—Mamá…

—Has salido corriendo y no sabía dónde estabas, pero mi instinto me dijo que vendrías aquí. Siento mucho que hayáis escuchado a vuestro padre soltando todo eso. No es algo de lo que me sienta orgullosa. Y no quería que os involucrara en su *vendetta* contra mí.

Cuando me fijo en su cara, veo que toda la tristeza y todo el dolor que ha escondido durante demasiados años se le escapan en forma de lágrimas.

—Ese señor no es mi padre. Me lo ha dejado muy claro. Y no pienso volver a llamarlo así.

—No, Vic, yo… —Mi madre no sabe qué decir. Y la abrazo.

—Lo siento mucho, mamá. Siento habértelo puesto tan complicado porque no entendía qué estaba pasando. Sé que hay cosas que no me has contado, que no nos has contado… y ojalá me

hubiese dado cuenta antes. Ojalá hubiese sido valiente para ver cómo papá te maltrataba. —Me muerdo el labio.

Ella me abraza como si no quisiera soltarme nunca.

—¿Sabes una cosa? —le digo en voz baja, sin despegarme de ella.

—¿Qué? —susurra.

—Si me parezco a ti aunque sea en una sola cosa… seré feliz. Feliz de ser tan valiente.

La noto respirar hondo. Su abrazo se aprieta un poco más.

—Victoria… —me susurra al oído—. Tú ya lo eres. Eres la persona más valiente que conozco.

Nunca me había sentido tan orgullosa de ser Victoria Samaniego.

49. CONTRA LAS CUERDAS

Greta

Victoria y yo volvemos a casa caminando despacio. Ella no suelta mi mano. Yo me prometo no hacerlo jamás. El silencio entre nosotras pesa… pero es un peso bueno. Como el de una manta que te envuelve cuando más lo necesitas.

Cuando cruzamos la verja de casa, veo a Marcos apoyado en la barandilla del porche, con la mirada perdida y el ceño fruncido.

Victoria me aprieta la mano.

—Ve a hablar con él —me susurra.

La miro.

—Estoy bien, mamá. De verdad.

Sonríe. Y aunque me encantaría creerla, sé que no está bien.

—Luego tendremos tiempo de hablar, mamá, pero ahora te toca la charla con el chico que te mira tan bonito.

—¿Cómo? —Me sorprende que mi hija diga eso.

—Crees que llevo todo el verano con la nariz metida en los libros, pero os he visto. Cuando habéis trabajado en los detalles de la boda, mientras tomabais algo con tus amigos, incluso cuando aquel idiota apareció con su sobrino. —Victoria toma una gran bocanada de aire, como si le pesara lo que está a punto de decir—. Si el amor es lo que… —la palabra *papá* se le atraganta en la garganta y no la deja salir—. Si lo que has tenido hasta ahora es el amor, no es lo que quiero para ti. Pero si es eso… —al decirlo señala con la cabeza a Marcos—. Que te miren como si fueras la persona más importante del planeta, que te escuchen incluso cuando están enfadados y no digan ni una sola mala palabra… Mamá, te mereces eso. Y mucho más.

La abrazo fuerte.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Victoria se mete en casa. Yo me quedo mirándola unos segundos.

Marcos me ve y camina hasta mí.

—¿Todo bien? —pregunta con una voz un poco más grave de lo habitual.

—Sí. Victoria… solo necesitaba aire.

Él respira hondo y se acerca un poco más.

—Greta…

—¿Sí?

—Si necesitas tiempo… Si crees que esto va demasiado rápido… —se pasa una mano por la nuca—. Si quieres que frenemos, lo entenderé.

Lo dice en serio. Sin dramatismo. Sin manipulación. Algo a lo que no estoy acostumbrada.

—Y si decides que tienes que volver a Madrid… también lo entenderé.

Mi corazón se encoge.

—¿Aunque te duela? —le pregunto en voz baja.

Marcos se ríe un poco.

—Aunque me joda.

Levanta la vista.

—Porque no quiero que te quedes aquí por mí. Quiero que lo hagas porque, por primera vez, eliges quedarte contigo.

Siento que se me corta el aire.

—¿Sabes qué es lo único de todo lo que echaré de menos de Madrid? —pregunto.

—¿El tráfico? —intenta bromear.

Niego con la cabeza.

—La moldura de la puerta del pasillo.

Él ladea la cabeza, sin entender.

—¿Por qué?

Respiro hondo.

—Desde que nacieron los niños, cada año marcaba su altura con un rotulador. Y al lado escribía algo que me recordara ese momento. Una frase. Un dibujo.

Marcos sonríe.

—Manuel la odiaba —digo, sonriendo de medio lado—. Le parecía fea, sucia, poco estética. Que no pegaba con nada. Probablemente ya no exista. Como tantas otras cosas.

—¿Y por qué seguiste con él si odiaba cada parte de ti y de lo que hacías?

—Porque consiguió que me creyera que yo también desentonaba en cualquier otro sitio que no fuera a su lado.

Marcos niega con la cabeza mientras se acerca más y me rodea la cara con las manos.

—No sabes lo jodidamente bonita que eres, Greta. Por fuera. Por dentro. Por todas partes.

Sigue acariciándome la cara con esos dedos suyos que parecen tener el poder de sanarlo todo. Está tan cerca que podría contarle las pestañas una a una.

—Greta… —susurra—. Hablo en serio. Si un día decides irte…

Levanto la mirada.

—¿Sí?

—No puedo dejar sola a mi madre ahora —añade, con dolor en los ojos—. Pero si te quedas y, en un futuro, decides irte… te buscaría.

Y algo en mí se rompe del todo. Y, por primera vez, no duele.

No porque diga que me buscaría.

Sino porque me dice que puedo irme si eso es lo que necesito.

Me pego aún más a él, si eso es físicamente posible.

—¿Aunque esté a cientos de kilómetros? —trago saliva.

—Aunque estés en el puto fin del mundo.

Me río y apoyo la frente en su pecho.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—No vas a tener que buscarme.

Levanto la cabeza para que vea bien mi cara cuando digo lo que llevo sintiendo varias semanas.

—Porque por fin he encontrado mi lugar en el mundo.

50. POR VERTE SONREÍR

Marcos

No sé en qué momento han pasado los días. Quedan menos de dos para el día de la boda y el jardín parece una mezcla entre un campo de batalla y algo parecido a una ceremonia a medio preparar.

Las cajas de los regalos se amontonan junto al porche. Algunas ya están envueltas, otras a medio llenar, otras llevan lazos que Victoria y sus amigas han puesto de cualquier manera. Mientras Luka asegura que así queda rústico y especial. Vamos, que tienen muy pocas ganas de estar metiendo detalles en pequeñas cajas y preferirían estar en la piscina disfrutando del verano.

Nuestra cuadrilla está colocando mesas y sillas bajo el olivo grande. Carolina reparte instrucciones, Álex mueve centros de mesa y Eneko… Eneko solo se dedica a pasearse con una cerveza y decir *si esto sale bien, se lo podremos contar a nuestros nietos* mientras no deja de poner nerviosas a las novias con comentarios que, según él, sirven para rebajar la tensión.

Mi madre está sentada bajo la pérgola, con las flores en las manos colocándolas en los pequeños jarrones.

Va despacio, pero lo está haciendo a conciencia y asegurándose de que su hija tenga los mejores centros del mundo. Ninguno es igual porque a medida que los va haciendo se le olvida si llevan lavanda o flores de lino, unas que han elegido nuestras hermanas en honor a Greta.

Pero está.

Y eso nos vale.

Ha tenido unos días malos.

De esos que nos encogen el corazón a todos.

Pero hoy…

Hoy quiere estar.

A pesar de sus olvidos, a pesar de que a veces me llama por el nombre de mi padre, quiere estar aquí, vivir el momento y tratar de recordar, aunque sea solo un segundo, la boda de su hija.

No soy nadie para decirle que no.

Me detengo un segundo, al borde del jardín para tomar aire. Miro todo a mi alrededor y sonrío al ver que todo este desmadre de cajas, flores y caos funciona. Porque somos un equipo.

Me acerco a Greta para hablar con ella.

Hace tiempo que quiero decirle algo y siempre acabo callándome. Durante unos segundos, todo parece en calma. Como si esta vez sí fuéramos a terminar esa conversación.

Pero un grito dentro de la casa nos sobresalta.

—¡Pues que no vengan, joder! ¡Nos partimos la cara por la familia siempre y ahora resulta que la mitad no puede venir porque está de vacaciones!

Álex se acerca, la rodea por la cintura y la hace girarse.

—¿Sabes qué? Me da igual si viene uno, dos o ninguno.

Carolina abre la boca para protestar, pero Álex le coge la cara entre las manos.

—Yo solo quiero casarme contigo. Besarte y gritarle al mundo lo feliz que soy de tenerte.

A Carolina se le encoge la cara en ese gesto suyo de *joder, Álex, no me digas eso que me derrito.*

Yo las miro y sonrío.

Eso es lo que quiero.

Un amor que no dependa de quién viene a mirarlo.

Solo de quién se queda a vivirlo.

VERANO 2025 (43 AÑOS)

Greta

La cena de la noche anterior a la boda se alarga porque nadie tiene prisa por cerrar el día. Los platos ya están retirados, las copas siguen sobre la mesa y el jardín huele a verano, a recuerdos compartidos y a risas que vienen de lejos.

Victoria está sentada en el suelo del salón, apoyada en el sofá, con Luka a su lado. Álvaro se ha quedado en la mesa, dando vueltas a un vaso vacío con los dedos. Marcos está cerca de mí, apoyado en la encimera, escuchando más de lo que habla.

—Mañana va a ser raro —dice Victoria—. Pero raro bien.

—Va a ser intenso —corrige Álvaro—. Aunque todo lo importante lo es.

—Eso es verdad —dice Marcos, esbozando una sonrisa.

Hay un silencio cómodo. De los que no pesan.

—Mamá.

—¿Sí? —levanto la vista y veo a Álvaro un poco tenso.

—¿Puedo decir algo sin que nadie piense que estoy defendiendo a nadie?

Victoria suspira.

—Siempre empiezas igual.

—Déjale —digo—. Habla sin miedo, cariño.

Álvaro aprieta los labios un segundo, como si estuviera ordenando en su cabeza lo que va a decir.

—Hoy, mientras colocábamos las mesas, me he acordado de papá.

Las manos de Marcos, que paseaban por mis brazos, se quedan quietas.

—Me he acordado de cuando nos llevaba a comprar helados los viernes —continúa—. No siempre. Pero algunos.

Victoria baja la mirada.

—Eso no borra lo demás —dice ella, rápida.

—Ya lo sé —responde Álvaro—. No estoy diciendo eso.

Me mira.

—Lo que quiero decir es que hubo momentos buenos. Pocos, pero los hubo. Y aunque lo odie por lo que nos ha hecho… no quiero olvidarlos.

El silencio se hace en el salón.

—Porque si los olvido —añade—, siento que borro una parte de mí. Y no quiero hacerlo.

Trago saliva.

—No quiero justificarlo —insiste—. Ni perdonarlo. Solo… no quiero fingir que todo fue horrible. Porque no es verdad.

—No es blanco o negro —dice Marcos, asintiendo despacio—. Nunca lo es.

—Sí —responde Álvaro—. Gracias.

Victoria se levanta y se va hacia el pasillo sin decir nada. Luka va detrás. Nos quedamos los tres en la cocina.

—No quería estropear la noche —comenta Álvaro.

—No lo has hecho —le digo antes de besarle la frente.

Me aprieta la mano y se va a su habitación, pero antes de subir las escaleras se da la vuelta para mirarme.

—Echaré de menos ese marco en el que nos medías —suelta—. Y los dibujos que hacías.

Respira hondo y da dos golpes suaves a la barandilla.

—Supongo que podremos empezar aquí… o donde vivamos nuevas tradiciones —comento con tristeza.

—Buenas noches, mamá. Buenas noches, Marcos —añade, haciendo un pequeño gesto con la cabeza hacia él.

Marcos se aclara la garganta y, tras unos segundos en silencio, escuchamos la puerta de la habitación de mi hijo cerrarse.

—Voy a irme —dice.

Lo miro.

—¿Seguro?

Asiente.

—Sí. Prefiero dejaros espacio hoy. Mañana es un día grande.

Se acerca. Me coge la cara con las manos y me besa despacio. Sin urgencia. Sin promesas.

—Todo va a estar bien —me dice.

—Lo sé —respondo, con una sonrisa nerviosa.

—Y si no lo está —añade—, también.

Sonríe, coge la chaqueta.

—Buenas noches, Greta.

—Buenas noches.

Cierra la puerta con cuidado.

Me quedo sola en la cocina, escuchando la casa respirar. Miro hacia el pasillo de la parte de arriba. Pienso en lo que ha dicho Álvaro. En lo difícil que es aceptar que el amor puede convivir con el daño. Que recordar no siempre es traicionar.

Esta noche me acuesto sola.

Y no pasa nada.

Porque eso, también, es querer bien.

51. EMBORRACHARME

Greta

El día de la boda empieza raro. No porque algo vaya mal. Es que todo va demasiado bien y alguien como yo desconfía de algo así.

Las chicas de la peluquería se han presentado a las nueve.

Álex está tranquila, pero Carolina lleva media hora sin soltar su copa de champán.

Yo llevo desde que ha amanecido mirando el móvil.

Sin notificaciones.

Sin mensajes.

No ha llamado.

No ha escrito.

Anoche, cuando me aseguré de que los niños estaban dormidos, con la casa por fin en silencio, recogí la mesa de la cena y comprobé que mi hermana se había acostado tranquila.

Después hice algo que había dejado de hacer hacía mucho tiempo.

Trepé hasta su ventana.

Me costó mucho más de lo que recordaba.

Y cuando llegué, encontré su cama vacía.

Supuse que estaría terminando algún detalle de la boda. No quise pensar más. Volví a casa y me metí en la cama.

Y aunque quiero confiar… aunque quiero gritarle al mundo que ya no soy esa Greta que se monta películas antes de tiempo…

La voz en mi cabeza repite la misma frase una y otra vez:

Se ha ido.

Porque la gente no se queda.

Porque lo bueno siempre se rompe.

Porque cuando apuestas a lo grande, el golpe duele más.

—Greta —me llama Álex desde el tocador—. ¿Estás bien?

—Sí —fuerzo una sonrisa—. Solo son nervios.

Álex me mira como si no se creyera ni una palabra. No insiste, algo muy raro en ella, y sé que oculta algo. Lo veo en sus ojos cuando aparta la mirada y sonríe levemente.

La maquilladora termina conmigo y me miro al espejo.

Por un momento casi no me reconozco.

Hace unas horas, en un ataque de no sé muy bien qué, le pedí a la peluquera que me cortara el pelo. A la altura de la mandíbula. Que se deshiciera del flequillo recto y lo ondulara con las tenazas.

Poco queda de la Greta de melena larga y oscura, siempre perfectamente peinada, escondida detrás de una línea recta.

Mientras me coloco unas flores de lino en el pelo y recuerdo cómo de pequeña las observaba mientras mi abuela me contaba historias de cuando ella las recogía, escucho el ruido.

El motor de la furgoneta.

Ese sonido viejo que Marcos nunca ha querido arreglar porque, según él, suena a hogar.

Salgo corriendo antes de pensarlo.

Bajo las escaleras de tres en tres, sin miedo a romperme los dientes.

Cuando abro la puerta, lo veo.

Lleva la misma camiseta gastada de ayer, el pelo revuelto y la cara demasiado seria.

Como… como si algo hubiera salido mal.

Y justo cuando se baja de la furgoneta y me ve, sonríe.

Esa sonrisa que no le dedica a nadie más.

—¿Dónde estabas? —le suelto sin pensar.

Cierra la puerta, se rasca la nuca y se ríe a medias.

—Tenía que ir a recoger el regalo de la hermana de la novia.

Abre la parte trasera de la furgoneta.

Y entonces lo veo.

El marco.

El marco de la puerta del piso de Madrid.

El que Manuel odiaba.

El que pensé que había perdido para siempre.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Cómo…?

Marcos se encoge de hombros.

—Pensé que tal vez querrías tenerlo aquí.

No me salen las palabras.

Le cojo la cara entre las manos y digo, sin pensar:

—Te quiero.

Él sonríe, pero baja la mirada, incrédulo, hacia el trozo de madera.

—¿Por esto?

Niego con la cabeza.

—Por esto no. Por ti. Por lo que haces cuando no te mira nadie. Por cómo te quedas cuando algo importa. Por nosotros.

Me rodea la cintura.

—Te quiero, Greta Samaniego —dice—. Y no creo en las casualidades. Solo en llegar cuando toca, aunque sea tarde.

Apoyo la frente en su pecho.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de quedarme.

52. SI TUS PIERNAS

Álex

Si alguien me hubiera dicho que el día de mi boda estaría colocando jarrones en una finca, con las manos llenas de espinas y el pelo hecho un desastre, me habría reído en su cara.

Primero, por decirme que me casaría.

Segundo, por decirme que lo haría vestida de blanco.

Y tercero, lo más importante, por decirme que me casaría con Carolina Samaniego.

La chica más guapa del pueblo.

La que bajaba a la piscina con sus gafas de corazones y el *walkman* siempre en la mano.

La que me enseñó a tirarme de cabeza.

La que tantas veces me ha salvado de mis miedos y de mí misma.

Y, sin embargo… aquí estoy.

Con Carolina a mi lado, sujetando una copa de champán a las once de la mañana, mientras medio pueblo se desvive por terminar de montar las mesas.

Luka y su cuadrilla están levantando la carpa como si no les costara nada.

Las amigas de la tía Lili, que no han perdido ocasión de recordar las veces que me vieron de cría correteando detrás de Carolina, ordenan las sillas blancas.

Eneko y su cuadrilla dan tantas órdenes que ya se han ganado varios *esto no es la academia* y algún *oh, capitán, mi capitán*, mientras organizan la mesa que mi hermano ha hecho para colocar barriles llenos de agua, hielo y mucha cerveza.

Y Carmen.

Mi madre observa todo desde la cocina mientras se toma su café de las mañanas. Sonríe y me saluda cuando me ve, lanzándome un beso. Se lo devuelvo.

Me acaricio la mano y compruebo que sigo llevando el anillo que me dio ayer. El que su madre le regaló cuando se iba a casar. No es de esos que provocan exclamaciones al verlo: es una pieza de plata con una piedra azul en el centro, sencilla, discreta. Pero para mí es el tesoro más valioso del mundo.

Carolina se me acerca y me rodea la cintura.

—¿Sabes? —me susurra—. Si me hubieran dicho hace unos años que acabaríamos aquí…

—Habrías salido corriendo —le sonrío.

—Habría salido corriendo —asiente—, pero detrás de ti.

La beso.

Porque no hay otro lugar donde prefiera estar.

Porque no quiero besar a ninguna otra mujer.

Porque quiero a Carolina y no me importa quién ha venido a celebrarnos y quién no.

Los que no han venido se pueden ir a la mierda.

Quien prefirió mirar a otro lado cuando nos veía juntas.

Quien pensó que lo nuestro era un capricho.

Quien nos dio la espalda cuando más lo necesitábamos.

A todos ellos solo puedo darles las gracias.

Por no estar aquí.

Por no vernos felices.

Por no haber sido parte de esto.

Porque este día es nuestro.

De los que se quedaron.

De los que apostaron.

De los que, como Carolina y yo, se cayeron mil veces… y aun así siguieron adelante.

El *sí, quiero* llega sin tartamudeos de la mano de la mejor maestra de ceremonias que podríamos haber elegido. Greta ha escogido fragmentos de los libros que más le gustan a Carolina y los

ha adaptado a nuestra historia. Aparece alguna lágrima que Carolina intenta disimular sin demasiado éxito.

Después llega el banquete, los brindis, las copas y el primer baile. Pero antes… llegan los discursos.

Y ahí es cuando sé que la voy a liar.

Cojo el micrófono.

—Me han pedido que sea breve.

Las risas se mezclan con algún *claro que sí*.

—A los que nunca nos quisieron juntas… gracias. Porque os habéis perdido el mejor día de nuestras vidas. A los que pensaron que no duraríamos, aquí seguimos. Y a ti, Carolina…

La miro.

—Gracias por no soltarme nunca. Ni cuando me hice la dura. Ni cuando tuve miedo. Ni cuando parecía que esto no iba a ser fácil. Y gracias a todos los que estáis aquí por hacer que este día sea el inicio del resto de nuestra vida.

La beso entre aplausos y alguna lágrima que no es solo mía.

Nuestro primer baile es algo improvisado, porque ninguna de las dos somos especialmente buenas bailarinas. El DJ invita al resto a unirse y entonces nos damos cuenta.

Greta y Marcos están bailando.

Ella con los pies descalzos sobre la hierba.

Él tocándola como si el mundo terminara en sus caderas.

—¿Y todavía dicen que nunca estuvieron juntos? —le susurro a Carolina.

Ella se ríe.

—Siempre lo han estado. Solo que la vida se empeñó en poner cosas de por medio.

Nos quedamos en silencio.

—¿Sabes? —le digo—. A veces pienso que ellos son eso que pasa cuando el amor se queda esperando en alguna otra vida.

Carolina me mira.

—Y por fin les ha tocado en esta.

Justo entonces caen las primeras gotas de lluvia.

El típico agosto traidor.

Todo el mundo empieza a correr. A buscar la carpa, las sombrillas o cualquier cosa para guarecerse de una tormenta que promete durar solo unos minutos.

Todos… menos ella.

Greta se queda en medio del jardín, con los brazos abiertos y la cabeza inclinada hacia el cielo, bailando.

Mi hermano la sigue sin pensárselo. Sin dudar. Sin decir nada. Solo para estar ahí.

Porque cuando amas a alguien como Greta… lo único que puedes hacer es quedarte bajo la lluvia y bailar.

Aprieto la mano de Carolina y tiro de ella para unirnos a esa felicidad contagiosa.

Joder…

Si esto no es lo mejor de la vida, que venga alguien y me lo explique.

53. THE FIRST TIME

Marcos

No sé en qué momento el frío de la lluvia desaparece. Solo siento el calor de sus brazos envolviéndome.

Greta se lanza sobre mí como si el suelo fuera a deshacerse bajo sus pies y yo fuera lo único que puede sujetarla. Se aferra con fuerza, casi con desesperación, como si temiera que esta felicidad pudiera desvanecerse.

Noto su respiración agitada contra mi cuello mientras su rostro se hunde en mi piel. El temblor de sus dedos aferrándose a mi nuca me atraviesa el pecho.

La rodeo primero con un brazo, luego con el otro, hasta dejarla atrapada contra mí.

Mis manos recorren su espalda en un intento torpe de calmarla, pero en realidad soy yo quien se calma al sentirla. Su olor, su calor, su vida. La noto sollozar, pero no hay tristeza esta vez.

Es alivio.

Es esa mezcla brutal de miedo y de amor que no sabes cómo contener.

Cierro los ojos.

Me hundo en este abrazo como si pudiera quedarme aquí para siempre. El vaivén de nuestros cuerpos es casi imperceptible, pero nos mantiene en pie. La escucho murmurar algo contra mi cuello, palabras que con la tormenta no llego a entender, pero no importa.

Solo importa que está aquí.

Que estoy aquí.

Que después de tanto —de todo— estamos los dos.

Mis dedos se enredan en su pelo corto, el mismo que tenía a los quince. Me recuerda a aquella chica de la que me enamoré por primera vez y me encanta.

La siento temblar, pero no la suelto. No la pienso soltar. Su pecho sube y baja contra el mío, como si nuestros latidos buscaran ponerse de acuerdo.

Si me preguntaran qué es la paz, sería esto.

Su cuerpo pegado al mío.

Sus lágrimas mojándome la piel.

Y esa forma suya de aferrarse a mí como si fuera el único lugar seguro en el mundo.

EPÍLOGO

Marcos

Varios Veranos Después

El jardín de la finca está lleno de voces, risas y niños corriendo entre mesas improvisadas. No es una boda ni un bautizo. Es solo una de esas comidas que Greta organiza porque sí y a las que, misteriosamente, acaba viniendo medio pueblo.

Victoria se queja de que Álvaro ha quemado la carne.

Berta ayuda a Carmen a colocarse la chaqueta, mientras Eneko ajusta la pérgola al fondo.

Greta sale de la cocina con el pelo suelto, alborotado por la brisa, un trapo en la mano… y esa misma sonrisa.

La que me desarma.

La que me recuerda la suerte que tengo.

Me acerco, le quito el trapo y le limpio un poco la mejilla.

—¿Vas a hacer esto cada vez que me manche? —susurra, para que nadie más escuche.

—Mientras me dejes.

Se acerca y apoya la frente en mi pecho.

—Te dejo desde hace tiempo, Ochoa. ¿No te has dado cuenta?

—Sí —respiro hondo—. Y no sabes lo que me gusta.

Se separa y me lanza esa mirada suya.

Greta

A lo lejos, Eneko grita que falta hielo.

Ainize le contesta algo que arranca carcajadas.

Carmen se ríe, sentada al sol, con esa expresión de quien ha vivido mucho y aun así sigue disfrutando de lo que queda, aunque muchos días no recuerde su vida.

Yo sigo aquí, con la mano de Marcos sujetándome la cintura como si fuera lo más natural del mundo.

Respiro.

Durante años pensé que tenía que huir para estar a salvo. Que tenía que aguantar para merecer quedarme. Que siempre había algo en mí que no encajaba del todo.

Ahora no.

Miro a Marcos. Me sostiene la mirada sin pedir nada, sin prometer nada, como si siempre hubiera sido así.

Y lo sé.

Este es mi lugar.

Este es mi tiempo.

No necesito demostrar nada.

Ni escapar cuando las cosas se pongan difíciles.

Ni quedarme donde no me ven.

Pienso en la Greta de alguna otra vida y solo le diría una cosa:

Que no tenga miedo.

Que no se conforme con quien la quiere a medias.

Que no permita que nadie intente arreglarla cuando nunca estuvo rota.

Que no deje de bailar bajo la lluvia.

Porque al final, todo se reduce a eso.

A elegirte.

Una y otra vez.

Y a reconocer el amor por la forma en que alguien te mira.

Como Marcos me mira ahora.

Entonces, entiendes que esta era la vida que estabas esperando.

TU RESREÑA ES MUY IMPORTANTE

Tu reseña es muy importante para mí como escritora y para mi visibilidad.

Este **link** te lleva directamente a la página.

No tardarás más de un minuto y te lo agradeceré eternamente.

Gracias por tu apoyo.

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Solo una boda más: un friends to lovers con fake dating.

Love is on air: un enemies to lovers adictivo.

El accidente de mi vida: un ex to lovers con segundas oportunidades.

Magari: un enemies to lovers bajo el mismo techo en la Toscana.

GRACIAS

A mis lectoras Beta porque sin ellas esta novela no sería lo que es. Gracias por daros tantos quebraderos de cabeza.

A Rachel, mi confidente, la que cree más en mí que yo misma.

A Dani, por su esfuerzo, paciencia y ganas de que vuele tan alto como sueño.

A mis Minis por ponerme al límite, por enseñarme tantas cosas que pensé olvidadas y por hacerme sonreír hasta en los días de mierda.

A mis ojalá, que aunque nos veamos o hablemos menos de lo que me gustaría, sé que estáis a un golpe de teléfono.

A mis lectoras, porque sin vosotras nada de esto sería posible y os prometo que algo grande está por venir.

A mi yo soñadora del verano del 90, la que escribía a escondidas en el 95, a la que tuvo que aprender en el 98 que no era como las demás y se escondía, a la que el 2000 le cambió más de lo que le hubiese gustado, a la del 2007 que voló lejos y se trajo un buen regalo; a la que perdió la fe en 2005, a la que sobrevivió a 2017, a la que se levanto en 2025 tras un gran golpe. A todas ellas gracias: sin vosotras no sería la que soy ahora mismo.

Y a ti, la que sueñas, la que escribes a escondidas, la que no eres como las demás, la que sobrevives, la que a veces incomodas, a la que alguna vez han hecho sentir que molesta, que está fuera de lugar o que no encuentra su sitio: esta novela te la dedico a ti.